

GEMMA LIENAS

BILLETE DE IDA Y VUELTA



Annotation

Anorexia y bulimia son dos palabras que ni a Marta ni a sus padres les resultan muy habituales. A Marta porque vive más pendiente de descubrir el amor y el sexo con Ricky, ir al cine con Claudia o reírse con sus hermanos gemelos. A sus padres porque les perturba el fantasma del paro. Sin embargo, en poco tiempo la situación da un vuelco y Marta tiene que ingresar en un hospital con anorexia nerviosa. Un testimonio impresionante de una enfermedad dramática y poco conocida, escrito con sencillez y autenticidad.

- [GEMMA LIENAS](#)
- [Sinopsis](#)
- [Gemma Lienas](#)
- [Billete de ida y vuelta](#)
 -
- [Capítulo 1](#)
 -
- [Capítulo 2](#)
 -
- [Capítulo 3](#)
 -
- [Capítulo 4](#)
 -
- [Capítulo 5](#)
 -
- [Capítulo 6](#)
 -
- [Capítulo 7](#)
 -
- [Capítulo 8](#)
 -
- [Capítulo 9](#)
 -

GEMMA LIENAS

Billete de ida y vuelta

El Aleph

Sinopsis

Anorexia y bulimia son dos palabras que ni a Marta ni a sus padres les resultan muy habituales. A Marta porque vive más pendiente de descubrir el amor y el sexo con Ricky, ir al cine con Claudia o reírse con sus hermanos gemelos. A sus padres porque les perturba el fantasma del paro. Sin embargo, en poco tiempo la situación da un vuelco y Marta tiene que ingresar en un hospital con anorexia nerviosa. Un testimonio impresionante de una enfermedad dramática y poco conocida, escrito con sencillez y autenticidad.

Autor: Lienas, Gemma

©1999, El Aleph

ISBN: 9788476693872

Generado con: QualityEbook v0.72

Gemma Lienas

Billete de ida y vuelta

ANOREXIA y bulimia son dos palabras que ni a Marta ni a sus padres les resultan muy habituales. A Marta porque vive más pendiente de descubrir el amor y el sexo con Ricky, ir al cine con Claudia o reírse con sus hermanos gemelos. A sus padres porque les perturba el fantasma del paro. Sin embargo, en poco tiempo, la situación da un vuelco y Marta tiene que ingresar en un hospital con anorexia nerviosa.

Gemma Lienas, 1999

A Enric, por todo como siempre.

A Anna Maria Casassas, por un malentendido que ha durado treinta años.

A Marta Vilagut, por unos comentarios que hicieron diana.

A Javier López Facal, que me puso de nombre Tusitala.

Capítulo 1

CASETE 5. Cara B. Sesión individual.

Terapeuta: Juan M. Paciente: Marta P.

T. —¿Recuerdas cuál es el trato, Marta?

...

T. —Marta, por favor, mírame... Ya sé que esta situación no te resulta agradable, pero para mí tampoco lo es. Contéstame. ¿Te acuerdas del trato?

P. —Sí.

T. —¿Me lo quieres repetir, por favor?

P. —Pues que si llegaba a pesar menos de cuarenta kilos tendría que ingresar.

T. —¿Y sabes cuánto pesas esta semana?

¿Cómo lo habría podido saber Marta? ¿Qué se creía Juan? ¿Que ella era el oráculo de Delfos? La Vilagut, la de literatura, les explicaba con frecuencia mitología clásica —«no se puede entender la literatura si no se sabe nada de mitología», decía. Y les había contado que en Delfos, en la antigua Grecia, el dios Apolo había matado a la serpiente Pitón para apoderarse del santuario que guardaba la bestia. A partir de aquel momento, la pitia, una doncella, era la encargada de hacer las profecías en nombre del dios. La obligaban a ayunar durante tres días (esto para Marta no habría sido ningún inconveniente; le era fácil), la bañaban en las aguas inspiradoras de la fuente Castalia (Marta no sabía si el agua de su casa era muy inspiradora pero, en cualquier caso, por falta de agua no iba a ser porque, con la manía de los microbios a punto de atacarla por cualquier flanco, se pasaba horas bajo la ducha). Después la sentaban encima de un trípode sagrado, delante de una grieta de la roca por donde salían emanaciones gaseosas, y la pitia soltaba palabras mal articuladas que eran interpretadas por los sacerdotes..., y ya tenían la respuesta que necesitaban. Marta se

veía en la cocina de su casa en un taburete de tres patas, delante de los vapores de olla exprés...

Pero seguro que entonces habrían entrado los gemelos y habrían soltado alguna de sus burradas:

—Mamáaa, ¡Marta se ha vuelto loca! —habría podido decir, por ejemplo, Roberto.

—Más loca, querrás decir —habría remachado Alberto.

Porque Roberto y Alberto eran como Hernández y Fernández de Tintín: hablaban los dos al mismo tiempo para decir lo mismo, o el uno completaba la frase que había dicho el otro. ¡Muy graciosos!

Como hicieron aquella tarde cuando llegaron Marta y sus padres, después de haber tenido la primera sesión con Juan. Y la madre, muy decidida (de hecho, como siempre, porque nunca hacía nada con vacilación), entró en el baño, seguida de Marta y los gemelos, cogió la báscula (la llevaba como si fuese un perro rabioso), que estaba en el suelo entre el bidé y la bañera, salió del baño seguida también por sus hijos (Marta huraña, Roberto y Alberto con ojos como platos), entró en el dormitorio de matrimonio, se subió a una silla y escondió la maldita báscula en la parte alta del armario, bien enterrada entre un montón de mantas y maletas.

No dijo nada. Se sacudió las manos como si diese por zanjado algún asunto. Pero los gemelos sí tenían algo que decir:

—¡Jolín! Y ahora qué va a hacer Marta —uno.

—Pobrecita. Tanto como le gustaba jugar a pesarse —el otro.

—Lo ha dicho el sicólogo y se acabó —soltó la madre. Cuando decía «y se acabó» (y lo decía con frecuencia) todos sabían que más valía no volver a insistir.

Los gemelos parecían compungidos de veras, porque querían a su hermana y se habían dado cuenta de que para ella la báscula era tan importante como para ellos el lego.

Marta continuaba muda y para sorpresa de los gemelos ni siquiera les sacó la lengua, que era lo menos que esperaban de ella.

Aquella fue una de las primeras reglas que dictó Juan y que sería aceptada de mala gana por Marta y con alivio por los padres. Ellos creyeron que toda la retahíla de normas equivalía a empezar a salir del túnel en el que se encontraban. Bueno, el tiempo se encargaría de demostrar que estaban equivocados. La prueba era

que Marta no solo no había mejorado, sino que había continuado perdiendo peso y, por lo tanto, el ingreso en el hospital era ya inevitable.

No, no podía contestar a la pregunta de Juan. Intuía la respuesta, pero no le daba la gana abrir la boca. Era él quien había fulminado la báscula.

T. —Sé que no puedes precisar el peso como si fueses una báscula, pero estoy convencido de que serías capaz de acercarte mucho a la cifra real: 39,6

...

T. —Marta, ¿me has oído?

¡Claro que lo había oído! ¡Que estuviese anoréxica no quería decir que, además, estuviese sorda! Por suerte, la sordera no se contaba entre las muchísimas alteraciones derivadas de la anorexia. Marta se movió inquieta en la silla y miró a Juan con rencor. Sentía una irritación tan intensa hacia él que lo habría arañado, lo habría insultado o, quizá mejor, le habría hecho caso omiso con mucho gusto.

Juan... Tan bien como se había entendido con él en las sesiones anteriores. Juan, de mangas largas y delicadas, de sonrisa tierna y burlona, de cabellos brillantes y ondulados, de un negro absoluto, impropio de un hombre tan mayor como él, al que Marta le echaba unos cuarenta años. Unos cabellos tan parecidos a los de Ricky...

Marta suspiró y movió violentamente la cabeza para apartar el recuerdo. Era lo que le faltaba ahora.

Realmente hoy se habría podido pelear con Juan..., si se hubiese dejado. Pero no se dejaba: no perdía la calma ni ante sus lloros, ni sus silencios huraños, ni sus respuestas airadas. Tenía un carácter a prueba de cabezas de chorlito. O tenía muchas tablas.

Pero y ella ¿qué demonios le pasaba? ¿Estaba perdiendo el control? ¿Se estaba machacando de veras? Le parecía que todo se le escapaba de las manos: la comida, la risa, los amigos, los estudios...

De repente la irritación la abandonó por completo, ¡fiiuuu!, como un globo que se desinflase, y una bocanada de angustia, amarga como la piel de un limón, le vino a la boca.

T. —¡Vaya! Cuanto más tiempo hace que nos conocemos, menos comunicativa estás, Marta. Venga, explícame cómo te sientes.

P. —Mal; muy mal.

T. —¿Estás preocupada porque tienes que ingresar en el hospital?

P. —No, no es eso exactamente, aunque no me divierte nada pensarlo, porque va a ser horrible estar controlada de día y noche y tener que comer lo que decidáis vosotros, y seguir sin poder hacer deporte, e incluso, con un poco de mala suerte, perder el curso. Todo sola...

Suspiró porque, además, echaría de menos a sus padres y a los gemelos y a Atila (a Candy menos, claro. Y a Bes, ¡qué suerte perderla de vista!) y a Claudia.

P. —Pero..., bueno, no es eso lo que más me preocupa.

T. —Entonces, ¿qué es lo que te inquieta? ¿Me lo puedes explicar? Quizá te tranquilices si lo haces...

¿Cómo podía vomitar Marta aquel malestar que tenía en el pecho? ¿Metiendo dos dedos en la garganta, como había hecho tantas veces antes para echar la comida? ¡Aggs! Y fuera el plato de macarrones que acababa de tragarse.

—Marta, ¿te encuentras mal? —le habían preguntado los gemelos la noche que la encontraron con la cabeza casi metida en la taza del váter.

Ella, todavía con unos hilitos pringosos que le colgaban de los labios y se perdían en el fondo de la porcelana blanca, se aturulló:

—Vomito las arañas que tengo en la barriga.

Pero ya no tuvo tiempo de frenarlos.

—Maná, mamá —corrían por el pasillo para informar a la autoridad competente—, Marta debe de tener gusanos en la barriga (habían hecho una interpretación libre de la metáfora de la hermana).

—Está gomitando.

Y la pusieron en guardia, naturalmente; solo le faltaba eso para empezar a no dejarla en paz.

Pero no era tan fácil expulsar las emociones fuera del cuerpo. Ni siquiera las palabras para describirlas. ¿Qué le podía decir?

¿Que tenía miedo? ¿Que estaba cansada? ¿Que no podía respirar de angustia? Se sentía contra las cuerdas. Acorralada (pero ¿por quién?). Por eso no le importaba tener que ingresar en la unidad de psiquiatría. Hasta cierto punto, tenía ganas porque había llegado a una situación en que se debatía como un animal enjaulado: un cercado muy pequeño, y con cuatro zancadas llegaba a los topes. No sabía cómo salir de allí.

¿Le iba a volver a describir la sensación que notaba tan pronto como se despertaba? Una garra que le apretaba el estómago, le comprimía los pulmones hacia arriba y casi le impedía respirar. Era como si todas las mañanas le saludase: «Eh, guapa, ¿qué te creías, que me había ido?». Marta se veía obligada a inspirar profundamente, hacia dentro, hacia dentro, para estar segura de que una corriente de aire le entraba en los pulmones. Pero el efecto de la bocanada le duraba poco. Al cabo de un rato ya volvía a bloquear, medio asfixiada, como si fuese un pez fuera del agua. Otra vez una amplia inspiración. Un cansancio brutal. Terror de acabar ahogándose de verdad.

«No debes tener miedo —le había dicho Juan la primera vez que se lo había contado—, es ansiedad; son las manifestaciones físicas de tu estado emocional. Pero no te matarán te lo aseguro.»

¿Como si sirviese de algo conocer el nombre de aquella emoción! Los efectos no habían disminuido. Marta continuaba destrozada por la ansiedad. Pues entonces, ¡que le encerrasen! Ella ya no sabía qué hacer.

T. —Marta, ¿estás llorando?

P. —Sí, ¡y qué!

T. —Y nada. Ea, toma este pañuelo de papel y suénate.

...

T. —¿Continúas con dolor de cervicales?

P. —Sí.

T. —Sabes que eso es tensión, ¿no?

P. —Mmmm.

T. —¿Has practicado en casa la relajación como te enseñé?

P. —Lo he intentado, pero la verdad es que ha sido un desastre. Cuando estoy contigo es fácil, pero cuando estoy sola, ni siquiera recuerdo lo que tengo que hacer.

T. —Llegar a un estado de relajación profunda y ser capaz de ello sin ayuda exterior requiere mucha práctica. En el hospital tendrás la oportunidad de asistir a sesiones de relajación sola y acompañada de otras chicas.

...

T. —No pongas esa cara. Ya sé que ahora te resulta difícil relacionarte con los demás.

P. —Difícil, no; imposible. Vaya, ¡que no quiero! Solo de pensar en conocer gente nueva, me pongo mala. Si ni siquiera soy capaz de hablar con Claudia. Y eso que es mi mejor amiga...

¡Claudia! Marta se preguntó cuánto tiempo hacía que no mantenía una conversación apasionada y llena de complicidad con su amiga. No lo sabía.

Recordaba, eso sí, el último intento de Claudia por saber qué le estaba pasando. Había llamado una vez:

—Chica ¿Qué tienes? Porque... hace días que no te veo por el instituto y no sé nada de ti. ¿Estás enferma?

Marta la odió. Ostras, ¿no podía dejarla en paz? En su casa no sabían nada de las pellas del instituto. Les había dicho que tenían la semana blanca, que muchos compañeros la habían aprovechado para ir a esquiar y que los que no tenían pasta o interés en hacerlo, se quedaban en casa estudiando. Como ella. A los padres no les había sorprendido: andaban justos de dinero y no se lo podían permitir; además, Marta siempre se había dedicado al estudio intensamente.

A ver si ahora acababan por saber la verdad, por culpa de Claudia y por culpa de la costumbre de la madre de alargar la oreja para tenerlo todo controlado.

Bajó la voz para decirle:

—No, no me pasaba nada. Tengo la gripe y se acabó.

Le habría gustado que el «y se acabó» fuese suficiente, pero no. Claudia insistió:

—¿Quieres que vaya a llevarte los apuntes?

Marta con los pelos de punta y la madre trajinando al lado del teléfono:

—No, no me hace falta —en un tono medio histérico.

Su madre al acecho.

Ella disimulando:

—Te llamaré más tarde, que ahora estaba acabando el trabajo de naturales.

Y Claudia:

—Hija, no te entiendo.

—Bien, pues eso, hasta luego.

Colgó y se escurrió entre el gesto interrogativo de su madre.

Y llamó, una segunda vez, al día siguiente. Marta había instruido ya a los gemelos por si volvía a pasar:

—Cogéis el teléfono antes que papá y mamá, y si es Claudia no estoy.

—Pero sí que estás... —lógica aplastante de mocosos de siete años.

—Pero es como si no estuviese, y se acabó.

Pero sus «y se acabó» tampoco funcionaban con los gemelos:

—Si te estamos viendo.

—Bueno, pues haced como si fuese invisible, ¿de acuerdo?

No, dijeron los ojos verdes y grandes de Roberto y Albarto. Ella intentó contemporizar:

—Oye, ¿no os ha pasado alguna vez que os habéis enfadado con algún amigo y no habéis querido hablar con él?

Sí, asintieron, comprensivos, los gemelos. Si sabrían ellos de peleas... Eran especialistas.

—No está —le contestó Roberto a Claudia, bajito para que no lo oyeran los padres.

Y aún una tercera vez que lo intentó, obtuvo la misma respuesta de Alberto.

—Bueno, ya llamaré ella cuando le dé la gana —concluyó enfadada Claudia, dando por terminada su actividad redentora acerca de lo que le pasase a su amiga.

Y es Marta sentía que el alma le quemaba y por eso no soportaba el contacto con nadie. Prefería que todo sucediese lo más lejos posible de ella porque no tenía fuerzas para hacer frente a nada.

T. —Ya sé que últimamente te has aislado. Es una consecuencia más de tu enfermedad. Pero no te atormentes ahora dándole vueltas a ese pensamiento. No te ayuda nada; solo

contribuye a que tu ansiedad aumente. De manera que, ya lo sabes, controla el pensamiento.

P. —Sí, claro; para ti es fácil, solo tienes que decirlo. En cambio, yo tengo que hacerlo.

T. —Cuestión de práctica, como todo en la vida. Cuanto más practicas una cosa, mejor te sale y más fácil es volver a hacerlo. Entrena sin parar, como cuando preparas una jugada de balonmano.

P. —Cuando hablo contigo todo parece tirado, pero en casa, sola, me agobio.

T. —Por lo menos has dejado de llorar. ¿Quieres explicarme por qué lo hacías?

...

T. —¿Era por Ricky?

...

T. —¿Era por tu familia?

¿Su familia? ¡Ay, su familia! Pobre gente, les había jorobado bien con su maldita enfermedad. Ahora que el ambiente de casa volvía a ser como una balsa de aceite, venía ella y lo estropeaba todo con aquella cosa extraña que le pasaba.

Porque ahora sus padres volvían a ser los de antes del Conflicto A... ¡No! Mejor que antes del Conflicto A, más conchados, más acaramelados: Pero mientras duró el Conflicto A (el Conflicto B era ella, claro), parecía que la familia estaba a punto de irse a pique.

Marta recordaba muy bien el momento en que comenzaron los malos humores entre sus padres o, por lo menos, la noche en que notó que la relación entre ellos ya no era como antes —como si un río invisible los separase—, porque los silencios se habían hecho muy frecuentes y cada vez parecían más largos —como si el río se ensanchase día a día y les costase más ir de una orilla a otra. Ella y los gemelos intentaban nadar entre las dos orillas para ponerlos en contacto, pero todo era inútil. El padre, cabizbajo, como si leyese un periódico que sólo él veía; la madre, cabizbaja, como si repasase mentalmente el trabajo del día siguiente. Los dos, encerrados en dos vitrinas simétricas y transparentes estaban incomunicados. Fuera, Marta y los gemelos (aunque los mocosos parecían no darse cuenta), también.

Aquella tarde que marcaba un punto de inflexión en la vida familiar, Marta había llegado a casa alrededor de las seis. Lo recordaba muy bien porque solía llegar más tarde, pero una lesión en el aductor de la pierna derecha le había impedido ir al entrenamiento. Su padre ya había llegado, como de costumbre. Su madre todavía tardaría un rato en volver del despacho. Los gemelos, repantingados en el sofá, hipnotizados con los dibujos animados de la tele, a su «hola *Ertos* ¿cómo va la vida?» (y ni tan siquiera se molestaron porque les llamase con el mote con el que los hacían rabiar en la escuela: Alberto y Roberto, o sea, los Ertos) contestaron:

—Pum, pum, ¡se lo han cargado!

—Desde luego, muerto del todo.

Marta se acercó a su padre que trabajaba en la mesa del comedor, tan concentrado en la tarea que no se había dado cuenta de su presencia.

—¿Qué haces? —le preguntó mientras acariciaba la cabeza de *Atila*, que dormitaba enroscado sobre el sofá. *Atila* permaneció inmóvil y con los ojos cerrados, pero emitió un suave gruñido.

Era una pregunta inútil porque estaba claro que se dedicaba a su actividad preferida: ordenar la colección de sellos.

Pero la hizo porque era una manera de decirle: «Eh, ¡que estoy aquí! ¿Me haces un poco de caso?»

Su padre le respondió lacónicamente:

—Ya ves... —y le clavó una mirada rápida.

Era el estilo de respuestas que solía dar. Y eso no era una novedad de los últimos tiempos, pero sí que este rasgo de su carácter se le había acentuado más y se había hecho más frecuente. La verdad es que siempre había sido así, al menos con los de casa: poco hablador (quizá porque la madre hablaba por dos), poco simpático (en cambio con la gente de fuera, sí que lo era), en definitiva, poco enrollado, parecía un mueble. Como si fuese de corcho. Estaba más bien abstraído en sus cosas y no parecía muy interesado en el mundo doméstico. Marta creía que le apasionaba más la última edición de sellos de Tanzania que ayuda a elegir un sofá nuevo para el piso.

Marta lo dejó a su bola. Era mejor no insistir más, al fin y al cabo ya le había arrancado una frase; una conversación habría sido demasiado para él.

Le lanzó una última mirada antes de encerrarse en la habitación. Miró su cabeza —de cabellos castaños y finos que ya clareaban bastante y permitían adivinar que no tardaría mucho en mostrar una franca calvicie—, inclinada sobre el álbum en el que, pacientemente, con unas pinzas, iba colocando los sellos nuevos. Las gafas le resbalaban por la nariz y, con un breve gesto, las hacía retroceder de nuevo. El bigote, que comenzaba a blanquear, se le movía al compás de los labios, que tarareaban una canción. No era un hombre malhumorado (por lo menos no lo había sido hasta entonces; con el Conflicto A comenzó a volverse agrio), era simplemente un hombre-corcho.

Marta cerró la puerta de su habitación, pequeña, pero no tanto como la de sus padres, donde el mobiliario se reducía a la cama de matrimonio y un armario esmirriado. Dejó en el suelo la mochila cargada de libros y apuntes y se echó en la cama a leer un rato. Tenía que estudiar, pero pensó que lo haría más tarde. Y se zambulló en una novela de Marsé, *Un día volveré*.

Apenas había avanzado algo en la historia cuando los gemelos irrumpieron en la habitación con gritos de comanches perseguidos por el séptimo de caballería. De un salto se acomodaron sobre la barriga de su hermana, que tenía que protegerlos del enemigo.

—Nos quieren capturar —le explicaron bajito para que no los oyese el capitán azul.

—Crac, crac —cerró ella una puerta virtual—. Aquí no pueden haceros nada. Este es el territorio de la princesa-pies-de-viento y el capitán azul la respeta porque mi padre le curó un hijo con unas hierbas que él no conocía.

Los comanches le dieron unos cuantos besos sonoros a la princesa-pies-de-viento.

—Estamos muertos de hambre. ¿Qué hay de comer?

—Ahora mismo estaba cocinando una serpiente acompañada de grillos y setas. ¿Os apetece?

—Mmmm, será un placer, princesa.

—Huele como a tortilla de patata, princesa.

Pero no pudieron probar la serpiente porque en aquel momento el padre abrió la puerta y les pidió que pasasen a la mesa, que la tortilla de patata estaba a punto y su madre, al llegar.

Cuando se sentaron a la mesa, el ambiente era tenso. Su madre estaba de morros (últimamente lo estaba a menudo, es cierto; no era ninguna novedad). Su padre parecía más de corcho que nunca, casi de porexpán (nada nuevo, tampoco). Marta se dio cuenta de que, por primera vez, había en el ambiente algo más que distancia: había habido una bronca de las gordas. Pero no sabía si estaban enfadados-muy-enfadados, o bien enfadados-solo-un-poco. A medida que iba pasando el rato, sus no-palabras y sus no-miradas tejían una telaraña que le envolvía el alma. Aunque tenía hambre, le costaba tragarse las croquetas y la tortilla de patata, que le encantaban. Solo deseaba que se acabase la cena y las obligaciones domésticas para encerrarse en su habitación, ponerse a leer otra vez y olvidarse de lo que les pasase. Y por todas estas sensaciones concluyó que esta vez estaban cabreados de verdad.

Miró a los gemelos, que parecían impermeables a la guerra fría de los mayores.

—Si tenemos un hermano, le pondremos Leonera.

¡Qué oportunos!

Los padres ni los oyeron.

Marta intervino con una croqueta medio atravesada en la garganta:

—Qué tontería, niños. Leonera no es un nombre.

—¡Ya está, la lista! —dijo Alberto.

—¿Lo sabe todo, eh? —le contestó Roberto.

—Pues, para que te enteres, ayer llegó a nuestra clase un niño nuevo que se llama Leonera.

Marta tardó unos instantes en reaccionar:

—León Heras, burros, se debe llamar León Heras.

—¡Que no! Él dice Leonera —replicó Alberto.

—Porque debe de ser andaluz y no pronuncia la ese. Lo dice así: León Hera.

Los gemelos se rindieron a la evidencia, pero con cara de dignidad ofendida, porque les molestaba tener que darle la razón.

Los padres continuaban en la vitrina.

Aquella fue la primera cena en la que Marta fue consciente de que el silencio de ellos solo era roto por el ruido de los cubiertos al fregar los platos y que ni los escasos intentos de ella para suavizar la situación contándoles anécdotas del instituto ni el persistente follón de los gemelos, podían hacer nada para destruir el telón de acero que habían puesto delante.

—Lavaos los dientes y a la cama —dijo la madre a los gemelos cuando se acabaron los postres.

Los gemelos se levantaron con estrépito de sillas, le dieron un beso a una madre-y-se-acabó Ausente, un beso a un padre-porexpán Ausente y un beso a la princesa-de-pies-de-viento Presente.

Marta ayudó a recoger la mesa deprisa y corriendo, y cuando pudo parapetarse en su habitación, se sentía como si le hubiesen cargado un saco a la espalda. Se abandonó el pesado cansancio que le había generado aquella tirantez. Se durmió enseguida sin pensar siquiera en *Un día volveré*. No sabría decir cuánto tiempo llevaba dormida pero la despertaron las voces, contenidas pero airadas, de sus padres. Intentó esforzarse para entender de qué discutían, pero la distancia entre su habitación y la de ellos era demasiado grande para que le resultase posible llegar a oír bien lo que decían. Se quedó un rato inmóvil entre las sábanas calientes, hasta que saltó de la cama, se pegó a la puerta y, sin hacer ruido, la entreabrió. *Atila* se coló por la abertura, se refregó el lomo contra sus piernas y, de un ágil salto, se encaramó a la silla para pasar allí la noche.

La puerta de los gemelos continuaba cerrada. No parecía que se hubiesen despertado.

Las voces de los padres le llegaban con claridad, colándose por encima del haz de luz que se filtraba por su puerta, también entreabierta.

—Por lo menos podías mirarme cuando te hablo, Pedro —le exigía su madre con un tono que Marta no conocía. Tenía el regusto metálico que queda en la lengua después de chupar la hoja de un cuchillo—. Estamos hablando de algo grave.

Marta contuvo el aliento. ¿A qué se referiría su madre con aquello de «algo grave»?

—¿Tengo razón o no? —insistió su madre con rabia mal contenida.

Tampoco esta vez hubo respuesta. Marta se imaginó a su padre sentado en la cama, contemplando fijamente cualquier objeto de la habitación para evitar la confrontación con ella, porque era de porexpán y porque siempre le había sido más fácil aceptar los argumentos de ella o, por lo menos, no oponerse a ellos.

—¡Chsss! —la riñó él—. Rosa, por favor, vas a despertar a los niños.

—Más tarde o más temprano lo tendrán que saber...

Pero Marta no pudo oír qué era aquello que los gemelos y ella tendrían que saber más tarde o más temprano, porque uno de los dos, probablemente el padre, cerró la puerta. El haz de luz desapareció y con él las palabras. Se volvió a la cama con los pies tan fríos como el corazón. Tardó mucho en dormirse y, mientras rumiaba despierta, no paraba de darle vueltas a las palabras de sus padres. Consideró, con horror, que estuviesen discutiendo la posibilidad de separarse. ¿O tendrían que hacer frente, como los padres de Claudia, a una desastrosa situación económica? ¿O quizás uno de los dos se había puesto muy enfermo? ¿Tenía alguno de ellos un amante?

Se estremeció al pensar que quizás aquello era una bomba que podía atomizar a la familia. Desde entonces, cuando amenazaba tormenta, cruzaba los dedos y deseaba que aquella guerra se acabase enseguida.

Pero el Conflicto A no había hecho más que comenzar.

P. —Tampoco es por mi familia. Creo que lloro por mí misma, porque me siento miserable.

T. —¡Miserable! Qué adjetivos tan duros utilizas para calificarte.

P. —Me siento muy pringada. No es divertido.

T. —Estoy seguro, pero no es más que una consecuencia de la enfermedad. Tienes que convencerte, Marta: que te cures depende solo de ti, que aceptes que estás enferma y que tienes que cooperar para salir de la enfermedad. Lo entiendes, ¿no?

P. —Sí.

T. —¿Quieres que los llame y les dé yo mismo la noticia?

¡No! ¡De ninguna manera! A aquella hora no estaría en casa más que su padre (y los gemelos y Bes, naturalmente). Prefería que la noticia la recibiesen al mismo tiempo el padre y la madre, y de su boca. Por lo menos su madre reaccionaría de algún modo. Negativamente, claro. Mala, seguro. Marta podía imaginar cómo se enfadaría y le echaría en cara (cargada de razón) que les hubiese dicho mentiras (¿otra vez, Marta?) a propósito de la comida. Se imaginaba también que se entristecería, porque le parecería grave tener que internar a su hija mayor en el hospital. Y seguramente se revolvería contra sí misma, porque se consideraría responsable, en parte (ella era doña Perfecta), de lo que le había pasado a Marta. Si, ya sabía que no la iba a aplaudir pero, aun así, la apoyaría.

En cambio, su padre no sabía qué decir. Por su naturaleza porexpánica y porque no entendía nada de nada de lo que le estaba pasando a su hija mayor.

Marta recordó la cara de sorpresa que había puesto su padre la tarde en que Juan les comunicó el diagnóstico de su enfermedad. En cambio, la madre no movió ni un músculo. Ella lo sospechaba de un tiempo a esta parte, por eso había buscado un sicólogo, por eso los había arrastrado a ella y a Pedro al ambulatorio. El padre no lo podía entender. «¿Anoréxica?», repetía una y otra vez como si le costase entender la palabra. Pero cuando Juan comenzó una explicación técnica para que se hiciese cargo de cuál era la enfermedad que tenía Marta, Pedro lo cortó. «Sé perfectamente en qué consiste la anorexia. Leo los periódicos y no se me escapa de qué va esta enfermedad». Y añadió que lo que le había dejado pasmado era que la tuviese su hija. «Creía que esto solo le pasaba a las modelos y a algunas deportistas de elite». Aquella tarde Pedro miraba fijamente a Marta como si la viese por primera vez, como si fuese una desconocida para él o como si acabase de descubrir una faceta nueva tan imprevisible que la reducía a la condición de una extraña. Y Juan, con paciencia y tacto, le había explicado que aquello era cada vez más frecuente y que muchísimas chicas —más que chicos— estaban atrapadas en aquel infierno, y que eran hijas de familias normales, con padres normales, hermanos normales, con maneras de ser normales y con expedientes académicos incluso brillantes. «Sí, sí», decía el padre, a quien tanta normalidad

le resultaba familiar, aunque continuaba sin saber cómo encajar la pieza del rompecabezas que le habían puesto en las manos: la anorexia de la hija.

Y para acabar de arreglarlo, en casa estaría la tonta de Bes, con su pose lánguida y las greñas rubias y lacias que le barrían los ojos (caídos, más abajo de lo normal, decían los gemelos). Con aquel aire de no haber roto nunca un plato. La muy bruja. Seguro que no se cortarían y harían algún comentario. Como, «luego *I was right*». ¡La mariasabidilla, la ratita sabia! A Marta no le habría extrañado nada que ella también hubiese puesto sobre aviso a su madre. Hacía ya tiempo que las veía cuchichear de vez en cuando y callaban cuando ella se acercaba. ¡Uf! Y tanto que quería dar la noticia personalmente, quería coger a sus padres por su cuenta, explicarlo todo con la máxima discreción posible, decidir de qué manera podía explicárselo a los gemelos y a la familia y en el instituto, dejar a Bes fuera de juego...

¡Y los gemelos! No quería que la noticia circulase por la casa sin que ella estuviese allí para poder neutralizar el daño que les haría. Y si ella no estaba delante, nadie se ocuparía porque —ya se sabe— los niños pequeños no se enteran de nada... Y tanto que se enteraban. De todo. Menudos linceos.

Como se habían enterado del mar de fondo que había entre los padres.

—Princesa-pies-planos, ¿podemos entrar? —dijeron los gemelos mientras entreabrían la puerta de su habitación y calaban los mechones de pelo azul y las narices sucias. La nariz sucia era del chocolate que acababan de tomar en el desayuno. El mechón era azul porque un día el tío Lalo los había llevado a pasear y los había devuelto cada uno con una mecha teñida de azul metálico. Los padres se habían llevado un disgusto, como siempre que el tío Lalo actuaba. «Pero mira —había dicho el padre— ¡qué disparate!» «No quiero que vayan por el mundo con esta pinta», había dicho la madre. «Vosotros siempre tan lúdicos...», había soltado el tío Lalo. De modo que, al final, los gemelos conservaron —hasta nuevo corte— el mechón azul.

—Fuera de aquí, cretinos. ¿Es que en esta casa no se puede dormir ni siquiera en domingo? —les tiró un cojín a la cabeza—.

Además, de pies planos nada, enanos.

Los gemelos cerraron la puerta prudentemente y se batieron en retirada. La princesa-pies-lo-que-fuese no estaba para bromas.

Y es que Marta tenía sueño: apenas había podido dormir. A medianoche se había despertado a tiempo de oír a su padre hablando con un tono de voz muy alto (lo que no era nada habitual):

—Y ¿qué quieres que haga?

Pudo pillar la respuesta de su madre, también con un tono de voz muy elevado (lo que era un poco más habitual):

—Por lo menos, reacciona.

—¿Pero qué quiere decir reaccionar, Rosa?

—No lo sé, hombre. Quizá podrías protestar, hacerte oír, decir que no estás de acuerdo.

Entonces, como si se hubiesen tranquilizado y hubiesen bajado el volumen, sus voces se disolvieron en la noche que a Marta se le haría tan larga: no podía recuperar el sueño porque le habían traspasado su inquietud.

No había pasado ni media hora desde la aparición y desaparición de los gemelos cuando la puerta de su habitación se abrió de nuevo y dos manitas sobresalieron sosteniendo un pitillo de chocolate.

—¡Jau!, princesa-pies-de-viento, ¿quieres fumar la pipa de la paz con nosotros?

La princesa-pies-de-viento se tronchaba de risa debajo de las sábanas.

—Princesa-pies-de-viento, ¿estás dormida?

—Pero, ¿cómo queréis que duerma si no hacéis más que dar la lata? Venga, venid a fumar la pipa de la paz.

Dos gemelos-aún-sucios-de-chocolate entraron como meteoritos y se metieron en la cama de la princesa, uno a cada lado. Y se fumaron la pipa de tres mordiscos bastante equitativos.

—Eh, que este se ha llevado un trozo más gordo que yo —gruñó Alberto.

(Vaya; bastante, pero no del todo).

—Bueno, pues yo fumaré menos —contemporizó la princesa—. ¿Ves?

Todos contentos. Pero no del todo.

—¿Has oído esta noche a papá y mamá?

La princesa, con una pizca de chocolate microscópica y no muy buena fundiéndosele en la boca, rumiaba qué tenía que decir.

—¡Venga! No disimules. Si lo has tenido que oír a la fuerza...

—A que se ha quedado sorda.

—O a lo mejor tonta.

Ellos tampoco eran bobos. Y estaban preocupados. Querían una respuesta.

—Ni sorda ni tonta, los he oído.

—¿Por qué crees que discuten?

—Tienen un Conflicto.

La princesa-pies-de-viento lo denominó El Conflicto porque todavía no sabía que más adelante habría otro que la obligaría a distinguir entre el A y el B.

—¿Y cómo se acaban los conflictos?

—¿Y cuándo? ¿Cuándo se acaban?

La princesa tuvo que reconocer que no sabía cuánto tiempo podía durar un conflicto. Respecto al final..., podía haber dos: o bien fumaban la pipa de la paz o bien iban a la guerra.

Los gemelos la miraron con ojos tremendamente abiertos:

—¿A la guerra?

—Pues a la guerra, sí, como los padres de Nuria.

—¿Quieres decir que se separarán?

La princesa se dijo que en lugar de tranquilizarlos los estaba poniendo más nerviosos. No conseguía encontrar respuestas.

—Venga, enanos, si tampoco nadie ha dicho de qué va el conflicto. A lo mejor es un conflicto de esos que se deshacen solos y ya nadie se acuerda.

Los gemelos se miraron.

—¿Y si se lo preguntamos?

La princesa no lo consideró prudente:

—Dejemos que sean ellos quienes nos lo expliquen, si quieren.

T. —Marta, por mucho que me apetezca, no me puedo pasar la tarde entera contigo. Tienes que decirme si se lo quieres decir tú o prefieres que lo haga yo.

P. —Prefiero hacerlo yo.

T. —Como quieras. Entonces vete a casa y explícaselo. Yo os esperaré en el hospital para ayudaros a hacer el ingreso. Prepara una maleta con todo lo que te he dicho. Recuerda que tendrás que estar ingresada hasta que hayas ganado cuatro kilos. Y tienes que ganar por lo menos uno a la semana.

P. —Sí, ya me lo has dicho.

T. —Solo quiero estar seguro que has entendido el contrato. Una vez hayas llegado al peso establecido, podrás pasar al hospital de día y vivirás en un régimen mucho más abierto: podrás ir a dormir a casa. Y más adelante, si todo funciona, podrás reincorporarte en el instituto.

P. —Vale. Ahora tengo que lavarme las manos.

T. —No necesitas lavarte las manos. Sabes perfectamente que es una obsesión derivada de tu enfermedad.

P. —Aun así, necesito lavármelas. Estoy tan baja de defensas que puedo pillar cualquier cosa.

Marta entró en el baño. Abrió el grifo del agua caliente y después el del agua fría. Puso las manos bajo el chorro de agua que, a pesar de la mezcla, le pareció muy fría. Aumentó el chorro del agua caliente; de un tiempo a esta parte necesitaba que cualquier líquido que entrara en contacto con su cuerpo (las sopas, la leche o el agua de la ducha) estuviese casi hirviendo. Juan decía que su baja tolerancia al frío era una consecuencia del descenso desmesurado de su peso corporal. Por eso también, con frecuencia, los dedos se le llenaban de sabañones. Manipuló el depósito de jabón líquido y unas resbaladizas gotas de nácar le cayeron en las palmas. Lentamente y a conciencia, se frotó las manos mientras contaba hasta veinte. Después puso las manos bajo el chorro de agua y con la misma minuciosidad las enjuagó hasta que desapareció cualquier rastro de espuma. Repitió la operación y, otra vez, volvió a contar hasta veinte. Cuando el último vestigio de jabón se desprendió de la epidermis, accionó el dispensador de jabón y comenzó una tercera vez. Por fin, como siempre después de hacerlo tres veces, consideró que había burlado a cualquier microbio que pretendiese filtrarse en su piel y pasó a secarse con el aparato de aire caliente.

Mientras tenía las manos debajo del chorro de aire, se miró al espejo. La imagen era la de una chica con aspecto mustio. Su piel tenía la tonalidad de una vela: de un color blanco macilento, solo interrumpido por el rojo de unos labios cada día más pálidos, el color alademosca de las ojeras bajo los ojos, que conservaban la pupila marrónchocolate, pero que habían perdido el brillo que siempre los había caracterizado. Los pelos, de los que siempre había estado orgullosa, caían lisos, empobrecidos y mates a cada lado de la cara. Le preocupaba quedarse calva, de tantos pelos que encontraba por las mañanas en la almohada o en el baño después de la ducha. Marta intentó sonreír para animarse, pero le resultó imposible.

Capítulo 2

ENTONCES me despierto. Con la boca seca, las manos húmedas y el corazón desbocado. «Es sólo una pesadilla», me digo. Trato de tranquilizarme y pienso que nada de esto es real, pero me es imposible: el impacto de las imágenes creadas por la mente es, como siempre, tan intenso que después tardo en recuperar un poco de sosiego.

Justo cuando la respiración se hace más lenta, me perturba otra desagradable sensación: me siento perdida, no sé dónde estoy. La negrura más absoluta me impide ver los contornos de la habitación en la que me encuentro. Ningún sonido, ningún olor familiar me ayudan a orientarme. Pero sé que no es mi casa. Entonces me acuerdo: estoy en la habitación del hospital, en la unidad de psiquiatría. Ayer por la tarde, después de salir del despacho de Juan y a pesar de que él insistía en telefonar para avisar a mis padres, me fui a darles la noticia personalmente y a preparar la bolsa con todo lo que necesitaba para la estancia en el hospital. Papá y mamá estaban ya en casa y, aunque hacían como si estuviesen tranquilos, yo sabía que se morían de ganas de interrogarme y descubrir cómo había ido la sesión con Juan. Mamá envió a Bes y a los gemelos a comprar pan, para tener un rato de intimidad y charlar. Papá vertía leche en los cuencos de *Atila* y *Candy*, que ronroneaban de satisfacción y le refregaban los lomos en las piernas. Pensé que sería un golpe brutal para ellos reconocer que la situación se les había —se nos había— escapado de las manos, hasta el punto de que no les quedaba otro remedio que sacarme de casa y ponerme bajo control médico. Claro que también pensé que quizá se quitarían un peso de encima porque, como mínimo, se ahorrarían la tirantez que teníamos todos cuando nos sentábamos a comer. Durante las comidas, más que en cualquier otro momento del día, se les veía pendientes —aunque lo disimulaban— de lo que yo cogía, de cómo revolvía la comida, de cómo la desmenuzaba y la esparcía por el plato, de cómo la escondía debajo de una hoja de lechuga o en los pliegues de la servilleta... Y si me levantaba para ir al baño, notaba

cómo, detrás de mí, se cruzaban sus miradas preñadas de preocupación y se preguntaban: «¿Que va a hacer?», «¿vas tú o voy yo?». Y uno de los dos, tan sigilosamente como un sioux, se levantaba, se acercaba al baño, contenía la respiración y escuchaba, a través de la puerta cerrada, los ruidos que yo hacía.

Se lo solté brevemente. Tampoco ellos me preguntaron muchas cosas. Creo que mamá había aleccionado a papá, porque la escena resultó menos dramática de lo que había previsto. Les dije que en menos de una hora tenía que prepararlo todo: Juan había avisado a admisiones que yo ingresaría a las siete. Se quedaron metabolizando la bomba y yo entré en la habitación. En una bolsa grande de lona metí la ropa, el neceser, algunos papeles prácticos que me había ido dando Juan a lo largo de las sesiones, un cuaderno y un rotulador y, finalmente, lo que de verdad me importaba, *Mi familia y otros animales* de Durrell y *Rebelión en la granja* de Orwell (esperaba tener mucho tiempo para leer) y mis laxantes y diuréticos. Al salir de la habitación, mamá estaba hablando por teléfono y tenía un aspecto grave.

—De acuerdo. Hasta ahora, doctor Massot.

Era Juan, claro.

Sólo tuve tiempo de darles un rápido beso a los gemelos, que se quedaron desolados cuando supieron que me iba a pasar una temporada al campo, a casa de la tía Maite, para recuperarme, porque mi salud no era precisamente espléndida. Por revuelto que hubiese estado el ambiente entre nosotros en los últimos tiempos, la princesa-pies-de-lo-que-fuese continuaba siendo la princesa y la querían.

—Ya veíamos que estabas cantidad de delgada... —dijo Alberto hablando por la nariz, haciendo un esfuerzo por tragarse las lágrimas que le brotaban de los ojos.

—¿Estás muy, pero que muy enferma? —preguntó Roberto con una voz que no era la suya.

—No, se pondrá bien enseguida —dijo mamá para yo le confirmase que iba a hacer el esfuerzo que hiciese falta.

—Sí, ya veréis como sí —contesté yo, que en aquel momento y por ellos lo deseaba de verdad.

Mientras tanto, Bes no hizo ningún comentario, ¡suerte!, pero tenía el aire de yo-sí-sé-qué-pasa. Una vez más, me dieron ganas de estrangularla. Deseé que ojalá nunca hubiera venido a vivir a casa.

Los gemelos salieron corriendo al rellano y me dieron sus osos cuando ya me había metido en el ascensor:

—Para que no estés sola.

Entonces no pude aguantar el llanto.

Mis laxantes y diuréticos acabaron en manos del cancerbero que, como el vigilante perro monstruoso de mordedura venenosa de la entrada en los infiernos (siempre en versión de la Vilagut), se hizo cargo de mi ingreso.

—Esto —dijo con aire de rata sabia cuando sus manos tropezaron con las cajas de los medicamentos que yo había envuelto con mucho cuidado en el pijama— no lo vas a necesitar.

Levanté la cara, roja de vergüenza, y allí estaba una madre perpleja de incredulidad, un padre inexpresivo, incapaz de seguir el guión de la película, y un Juan con cara de acelga porque se sentía burlado.

Me molesta la cadera derecha, me la froto y noto sus cosas en el bolsillo de mi pijama. Esta molestia se me ha estado clavando toda la noche. Meto la mano en el bolsillo y saco un muñequito minúsculo de goma. No necesito verlo para reconocer al pitufo azul que me regaló Ricky. Lo acaricio suavemente. Mis dedos resbalan por la goma con la misma ternura con la que acariciaban su piel la noche que me regaló el pitufo, la noche que me dio un beso por primera vez. Me había acompañado a casa. Yo había metido la llave en la cerradura, había empujado la pesada puerta de hierro y cristal y, cuando ya tenía un pie dentro del portal, me di la vuelta para decirle adiós por última vez, y como su cara estaba rozándome la nuca, me tropecé con sus labios. Fue un beso breve y eléctrico que me sacudió el cuerpo como nada hasta entonces. Sus labios estaban secos; los míos también. Nos miramos sin hablar. Me preguntaba si nos habíamos dado un beso o si nuestras bocas habían coincidido por azar. Nos separamos y de nuevo entré en el portal de casa, ahora de espaldas, porque no podía dejar de mirarlo. «Espera», murmuró cuando ya había pasado el dintel. Se acercó a

mí y me arrastró hacia dentro. Recostó su cuerpo sobre el mío, que estaba preso entre él y la pared. Nos abrazamos con precipitación (yo con muy poca práctica, la verdad) y, entonces sí, nuestros labios se buscaron, nuestras bocas se abrieron sincronizadas y nuestras lenguas comenzaron a moverse húmedas una contra otra, como las colas de dos peces que nadasen suavemente en un estanque. Me desenroscó el brazo derecho de su cintura, me abrió la mano y me dejó una cosa.

«Ten —me dijo bajito al oído y yo no sólo sentí sus palabras, sino también su aliento cálido—, siempre que lo toques volverás a recordar este beso.»

«Ostras, que le den dos duros a ese cretino», me digo mientras unas lágrimas amargas (porque aunque es un cretino no puedo dejar de pensar en él) se me acumulan entre los ojos y la nariz hasta que se desbordan y se deslizan por las mejillas para meterse bien frías en las orejas.

«Basta ya —me obligo a dejar de pensar en Ricky—. ¡Serás pánfila, Marta!» Tan pronto como me levante, tiraré el pitufo. Quizá no lo haga. Pero, por lo menos, lo dejaré en algún lugar donde no me sea fácil volver a encontrarlo.

La puerta de la habitación se abre de un golpe. Unos zuecos repican nerviosos al atravesarla. Una mano tensa la correa de la persiana, que se alza soltando un gemido.

—Las siete y media —anuncia la voz de la mano que levanta la persiana—. Hora de levantarse.

Se me pone al lado y antes de que pueda decir algo me mete, sin miramientos, un termómetro en la boca.

—No estoy enferma —le suelto con el termómetro en los dedos.

Se agacha y sin delicadeza me arranca el termómetro de las manos para metérmelo en la boca.

—Aquí las normas las dicto yo —dice, mientras cruza la habitación, abre el armario y revuelve mis cosas, para ir después hacia la puerta del baño y comprobar que continúa cerrada—. De manera que, toma nota, éste es el programa de actos para los próximos días.

Y, a continuación, se pone en marcha. Me tengo que duchar en cuanto abra la puerta del baño, que está entre mi habitación y otra

ocupada por dos chicas más. Ahora les toca a ellas ducharse; en cuanto acaben, hacia las ocho, Adela, es decir, ella, cerrará la puerta de las otras y abrirá la mía, y tendré quince minutos para hacerlo yo. Si la cama vecina, que ahora está vacía, llega a estar ocupada por otra chica, el baño estará abierto un cuarto de hora más para que mi compañera tenga tiempo de ducharse. Después volverá a cerrarse hasta el descanso del mediodía. Según parece, ir al baño no es una actividad privada en este espantoso lugar, y tiene que ser supervisada por Adela o por cualquiera de las enfermeras de la planta.

—Para evitar trampas, ¿sabes?

No, no sé qué quiere decir, pero no se lo digo. Prefiero que acabe de una vez y me deje sola.

A las nueve, al comedor. Final del pasillo. Desayuno: lo mismo para todas, menos para las que siguen perdiendo peso, que tienen que tomarse un sobre preparado de los de farmacia, con todo lo que se necesita para engordar. Entre nueve treinta y once treinta, clases.

—¿Clases? —le pregunto con la boca abierta, porque no había imaginado que podría continuar con mis estudios en el hospital.

—Sí. Sesiones de grupo con una terapeuta para aprender las cuestiones más básicas sobre nutrición, fisiología, técnicas de relajación y, también, para que podáis explicar vuestras experiencias.

—¡Ah!

Después, un descanso de media hora y luego otra sesión en grupo, ésta para trabajar la imagen corporal y la autoestima. Tres veces por semana la sesión se acaba un rato antes de lo habitual para que puedan pesarnos y controlar la evolución del peso. De dos a tres, la comida, seguida de una hora de descanso, para que nuestro organismo asimile mejor todo lo que ha ingerido. Por la tarde, de cuatro a seis, talleres: de fotografía, de trabajos manuales o de expresión corporal. Entre seis y siete, sesión individual con el terapeuta, para poder hablar con libertad de cuestiones íntimas. A partir de las siete, recibimos la visita de las familias. A las nueve, cena. Hora y media para charlar, leer, estudiar o ver la televisión. A las once, retirada.

¡Estoy de los nervios! Más que un hospital parece una prisión.
¡Me tengo que ir!

—Cuanto antes engordes, antes podrás salir de aquí —me adivina el pensamiento. Y lo dice con un gesto dulce en los labios, mucho más dulce que cuando ha entrado.

Cuanto antes engordes... Me siento como una oca en una granja.

Adela se agacha para recoger un papel del suelo. El liso y negro, a la altura de la mandíbula, le barre las mejillas. Yergue de nuevo el cuerpo fibroso, menudo y ágil.

—Hoy no tienes que ir a las sesiones. Tienes todo el día para que te vayas adaptando a la vida del hospital. —Levanta la muñeca izquierda, comprueba la hora y añade—: Bien, basta de charla. Levántate. Dentro de un momento volveré para abrirte la puerta del baño.

Saco las piernas fuera de la cama. La temperatura es alta. ¡Suerte! Así no tendré frío, como me pasa continuamente. Abro el armario y elijo la ropa que me voy a poner. Voy muy despacio, procuro hacer tiempo ya que todavía me falta un ratito para poder ducharme.

Miro la habitación: dos camas gemelas, separadas por una mesilla de noche; tres puertas: la que da al pasillo, la del baño y la del armario; una ventana delante de las dos camas y, debajo, un sofá-cama, en donde descansan los osos de mis hermanos; dos butacas, con respaldo alto, a cada lado de la mesa. Todo muy aséptico, muy blanco, muy impersonal.

Adela vuelve a entrar con unas toallas. Las deja sobre la cama.

—Tu turno —anuncia, mientras saca una llave del bolsillo de la bata, la mete en la cerradura y la hace girar. Abre la puerta de un empujón.

Entro y, como ya había olvidado las normas, inicio un movimiento para cerrar, pero lo intercepta antes de que tenga tiempo de completarlo—: Siempre abierta.

Suspiro, pero la obedezco. ¿Qué puedo hacer si no?

Me lavo los dientes y la oigo canturrear mientras cambia las sábanas y hace la cama. Por el rabillo del ojo observo la otra puerta

del baño, simétrica a la mía y tras la cual está la habitación de las que van a ser mis compañeras. No se oye nada.

Adela mete la cabeza:

—¿Va todo bien? —me pregunta.

Digo que sí con la cabeza; tengo la boca llena de pasta de dientes.

—Voy a buscar un rollo de papel higiénico de recambio. Empieza a ducharte.

Me enjuago la boca, me quito el pijama y me miro el cuerpo desnudo reflejado en el espejo. Como está colgado sobre el lavabo, sólo me devuelve la imagen hasta las rodillas. Intento verme como me ven ellos: delgada hasta el dolor, hasta el horror, dicen. Un esqueleto, dicen. En cambio yo sólo soy capaz de verme como me siento: gorda. Me acaricio la cintura, subo las manos desde los riñones hasta la zona lumbar, buscando los desagradables michelines. Me pongo de perfil y me observo críticamente la barriga; la continúo viendo abultada, a pesar de que no me olvido de las palabras de mi madre cuando no hace mucho me vio desnuda: «la piel de un tambor, hija, eso parece tu vientre, plano y apergaminado». Me observo los muslos y, aunque se arquean considerablemente, me aterra que algún día lleguen a juntarse. Me contemplo las manos y los brazos: huesudos, dice Juan, pero yo no pienso lo mismo. ¿Cómo será mi cuerpo dentro de tres o cuatro semanas? ¿Habré empezado a acumular más grasa de la que tengo ahora?

¡No quiero engordar! ¡No quiero engordar!

La chica del espejo me observa con terror. De repente se le hinchan las mejillas como si se hubiese metido una manzana entera en la boca. La papada se le desarrolla hasta el punto de que es imposible determinar los límites entre la barbilla y el cuello. Con un gemido, la chica alza imponente los brazos —unos brazos regordetes como globos que alguien hubiese retorcido por los extremos hasta convertirlos en ridículos perros-salchicha— y se tapa los pechos, una masa enorme, lechosa y temblona.

La opresión del pecho reaparece con una fuerza inusitada. Me ahogo. Trago una bocanada de aire tras otra con la mayor amplitud de que soy capaz y no consigo llenarme los pulmones. El corazón

se me acelera y late irregularmente de pronto, tres latigazos seguidos; de repente, ningún sonido. El cuerpo se me cubre de un sudor frío: me parece que me voy a desmayar. Quizás esto sea la visita de la Parca (dice la Vilagut que las parcas regían el destino: una hilaba la lana, la otra la enrollaba, y la tercera, la que determinaba el momento de la muerte, cortaba el hilo). Miro hacia el techo, donde hasta hace un momento brillaban dos pequeños ojos de buey; han desaparecido. No entiendo por qué, si las dos luces se han borrado del techo, la habitación continúa iluminada. Ahora los dos focos se hacen visibles de nuevo, con una luz imposible de contemplar. Cierro los ojos, me dejo ir y me siento en el borde de la bañera. No puedo más. Estoy asustada. Me parece que me estoy volviendo loca. Y no quiero engordar, no quiero.

—Pero niña, por dios, ¿todavía no te has duchado?

Adela ha entrado sin avisar. Cuando nuestras miradas se cruzan, una sombra de alarma se asoma a sus ojos.

—¿Estás bien? —Y se pone a mi lado y me ayuda a incorporarme y a mantenerme derecha sin vacilaciones.

El pulso se me ha normalizado, el sudor ha desaparecido, la respiración ha recuperado el ritmo.

—¿Te ves con ánimos de ducharte sola? —me pregunta Adela, que aún me sujeta el brazo con fuerza.

—Sssí —le contesto, titubeando. Y añado, cuando noto que me suelta y que se dispone a salir de la habitación—: Pero, por favor, no te vayas muy lejos.

—De acuerdo.

Entro en la bañera y abro los grifos. Mientras estoy sola bajo la ducha intento pensar. No quiero engordar, es ya lo sé. Pero, ¿cómo voy a evitar aumentar de peso si voy a estar continuamente vigilada durante las comidas, si me veo obligada a descansar después de cada comida, si me prohíben hacer deporte, si me imponen ocho horas seguidas de sueño? ¿Y de qué manera voy a poder controlar que el peso y las medidas corporales se mantienen constantes si no tengo báscula? Echo en falta mi gráfica de peso y mi ritual de todas las mañanas: ir al baño, pesarme, anotar el peso en la gráfica, compararlo con el del día anterior, celebrar las pérdidas, sancionar las ganancias...

Si por lo menos tuviese una cinta métrica o alguna cosa que me permitiese comprobar que las medidas de las caderas y de los muslos se mantienen constantes... Me miró fijamente los contornos e intento memorizarlos para poder establecer comparaciones dentro de unos días.

—Acaba de una vez —vocea Adela.

Todavía no. Enjabonarme. Contar hasta veinte. Enjuagarme. Contar hasta veinte. Una, dos, tres veces. Ahora sí.

—Vístete de prisa. Eres muy lenta, Marta. Vas a llegar tarde a desayunar.

Antes de un cuarto de hora estoy en el comedor con las otras. El comedor es una pieza alegre, con ventanales muy amplios que se abren al jardín del hospital. El sol que entra hace brillar las baldosas, como si fuesen de sea. Una interna con aire de no tener nada en la vida, está inclinada sobre el cristal de la ventana. En torno a ella, como un marco, se recortan las hojas verdes de un nogal. En ese momento tres gorriones levantan el vuelo.

Por primera vez desde hace mucho tiempo, siento un escalofrío agradable en la barriga y el pecho. Debe de ser algo parecido a la felicidad.

—A la mesa —dice una chica con uniforme azul que entra con una fuente llena de jarras.

Cuando el olor del café se extiende por el comedor, siento una punzada en el estómago y me doy cuenta de que tengo tanto apetito que me comería un buey. Durante mucho tiempo he mantenido a raya esta sensación de hambre, agazapada como un gato esperando la ocasión favorable para atacarme, y de repente ha dado un salto y me ha pillado desprevenida. Miro a mi alrededor: las otras no parece que tengan mucha prisa por sentarse. Están en grupos de dos o tres, como en racimos, hablando tan animadamente que el gorjeo se les queda suspendido encima de las cabezas, brincando alegremente. La escena me recuerda el comedor de la escuela cuando era pequeña. Sólo una, la que está en la ventana, parece desoír el barullo.

—A la mesa —dice la chica del uniforme azul— ¿no me habéis oído?

Lentamente, las chicas deshacen los grupos y se sientan en las mesas puestas: en una hay siete cubiertos; en la otra, seis. Escojo la de siete, la más cercana a los ventanales, la que tiene mejor vista al jardín.

—Hola —dice la interna de mi derecha—, soy Elisa. Tú debes de ser una de las dos nuevas, ¿no?

Mientras imagino que la otra nueva es la de la ventana, digo que sí con la cabeza: no puedo abrir la boca porque el aspecto de Elisa es de los que te dan ganas de echar a correr. Elisa es... ¿hay palabras para describirla? Difícilmente, porque Elisa está fuera de los límites de la normalidad. Un horror semejante sólo lo he visto en las fotos de los prisioneros de campos de concentración. Cuando me mira, me llaman la atención los ojos desmesuradamente abiertos, pero sobre todo tan inexpresivos, que viven casi como por error hundidos en las cuencas, y las mejillas demacradas que dejan adivinar la calavera que hay debajo. Su rostro hace pensar el esqueleto que todos tenemos dentro; recuerda una clase de ciencias naturales; no te permite olvidar a muerte. El perfil duro y anguloso me lleva a pensar en el pato Donald, pero la idea no me hace gracia, sino que me da miedo. Si desvió la mirada, el panorama con el que me tropiezo no es el mejor. La mayoría de las chicas son esmirriadas; solo consigo ver espaldas huesudas, húmeros descarnados, costillas que se marcan a través de las camisetas, pelvis puntiagudas que luchan por romper las mallas ajustadas que las contienen...

¡Dios mío! ¿Cómo ha podido meterme Juan en un sitio como este? Ellas sí que están mal y no yo. Mi aspecto es muy diferente al suyo.

La otra nueva se ha sentado a la misma mesa que yo. Parece muy asustada. No dice nada.

—¿Café o chocolate? —pregunta la chica azul.

—Café —contesto de manera refleja; no me gusta mucho, pero engorda menos que el chocolate. Y añadido mirando a Elisa, que me acerca el azucarero—: No, gracias. Nunca tomo azúcar con el café.

—¡Claro! Como todas... —dice Elisa—. El azúcar añade calorías, ¿eh?

—No, no. No es por eso. Es que no me gustan las cosas dulces.

«Mentirosa, mentirosa», me digo. ¿Desde cuándo no te gustan las cosas dulces? Me muero por sentir en el paladar el gusto del azúcar, que me hace perder la cabeza. Pero no me atrevo. O, por lo menos hasta hoy, no me he atrevido. Miro el desayuno que la chica azul ha puesto sobre la mesa: tostadas doradas, panecillos tiernos y crujientes, donuts nevados, cruasanes barnizados, mantequilla rubia y blanda para untar suavemente, frasquitos de mermelada relucientes como el esmalte. ¡Terrorífico!

«Bien —me digo—, ¿y por qué no?» ¿Por qué no voy a comer si tengo ganas? Además, cuanto antes engorde, antes me marcharé de esta cárcel. Y, además, tampoco quiero acabar como ellas. Hala, pues...

Estiro el brazo y cojo un cruasán. Después de dejarlo encima del plato, me chupo los dedos pringosos del caramelo blando que recubre la pasta. Con los dientes arrastro la capa minúscula de azúcar caramelizado, que resbala lentamente garganta abajo y me devuelve a la memoria un gusto casi olvidado. Clavo el tenedor en una de las puntas del cruasán y, con la ayuda del cuchillo, lo corto. Cuando lo parto, el interior esponjoso y dorado salta a la vista y, en un santiamén, libera un intenso olor a pan recién horneado. Cojo la punta del cruasán con los dedos y la mojo en el café con leche, que todavía humea. Antes de sacarla goteando, unas minúsculas gotas de grasa, efecto de la mantequilla aparecen flotando en el líquido. De prisa, para que no se rompa y se precipite en el café, me la como. Mi boca está ya tan poco acostumbrada a este gusto, a este contacto, que, sin poder empezar a masticar, segrego involuntariamente mucha saliva y las mandíbulas se me contraen en una mueca de dolor. Al segundo mordisco deja de hacerme la boca agua y ya no se me crispa. Continúo comiendo de prisa, sin pararme a pensar en la sensación de placer, sólo concentrada en comer, muy rápido y metiéndome trozos bien grandes en la boca.

Levanto la cabeza y la interna que está sentada delante de mí me mira atónita tras los vapores de su café con leche. La cara de asco y de espanto que pone me devuelven a la realidad.

¿Qué he hecho? Pero ¿qué he hecho? Noto la barriga inflada, brutalmente inflada, como un globo. ¿Cuánto puedo haber engordado en este rato? La pregunta me obsesiona. Tengo que hacer algo, tengo que vomitar.

—Necesito ir al baño —le digo a Adela, que está en el comedor con nosotras desde no sé cuándo.

—Ahora mismo —dice.

Y añade cuando ve que no me muevo—: Ea, vamos.

Me he quedado helada porque de repente he recordado que en este lugar no se puede ir al baño sin la carcelera: está prohibido vomitar. Me levanto poco a poco. Las conversaciones se han detenido. Todas las internas me miran y yo miro a Adela, que me espera en la puerta. Ahora sé a qué se refería con lo de hacer trampas. Me levanto y la sigo. Alguien deja escapar un suspiro que me produce el efecto de un grito.

Voy detrás de Adela, como una autómatas.

—Venga, entra —dice después de abrir la puerta.

Me siento en el váter. Ella se queda de pie al lado del lavabo y se mira en el espejo. Parece que se observa un barrillo de la nariz, pero yo sé que está pendiente de mí. Así no es posible vomitar, está claro. Pero tampoco puedo hacer pis si tengo una espía.

¡Un retortijón! Puede que, al fin y al cabo, haya sido una buena idea pedir permiso para venir al baño.

¡Huy! Otro. Esto no se puede aguantar. Me parece que se me ha desbaratado el estómago con el cruasán. Será que no me conviene comer.

Nada. Falsa alarma. Habría sido genial poder vaciar la barriga. Me siento una foca total.

Me quedo en mi habitación porque Adela dice que se ha terminado la hora del desayuno y ya están todas en clase. Tengo toda la mañana para leer, explorar la planta del hospital o, como ha sugerido Adela, intentar entablar conversación con alguna de las chicas con las que comparto la cárcel. Bueno, ella no lo ha dicho de esta manera.

Salgo al pasillo, que está recién fregado y tiene un olor a lejía que tira para atrás. Intento situarme: al final del pasillo está al comedor y, a continuación, las salas que se utilizan para las clases y

los talleres. Después, a los dos lados del corredor, se abren las puertas de nuestras habitaciones y, cada dos habitaciones, un baño. Más adelante, la enfermería, más habitaciones, cuatro despachos pequeños que deben de ser los que se utilizan para las sesiones individuales. Finalmente, delante de los despachos, antes de llegar a los ascensores, unas cuantas salitas. Las más pequeñas deben ser para las visitas de las familias. En la más grande hay una televisión. Me soy cuenta que, casi engullida por el sofá, saca la cabeza la otra nueva.

—Hola —le digo, porque me inspira más lástima que yo misma. Parece aún más triste, más perdida y más sola que yo. En realidad, espero que no me conteste para poder irme sin tener que hablar y refugiarme en la habitación a ver si se me ocurre qué puedo hacer para no dejar que me ceben ¡Estoy como una vaca!

—Hola —me dice, y se incorpora, pero es como si no lo hubiese hecho porque su cuerpecito minúsculo y quebradizo, como el de un gorrioncito, todavía está prisionero en las fauces del sofá... Está tan escuchimizada, la pobre...

Y antes de decidir darle la espalda y dejarla sola, añade dando unos golpecitos en la tapicería del sofá, como si me invitase a sentarme a su lado:

—Me llamo Eva, ¿y tú?

—Marta —le contesto, y como parece que se muere de ganas de tener compañía, me siento.

Eva sonrío melancólicamente.

—¿Eres nueva? —decimos al unísono, y nos ponemos a reír con un ruido triste y opaco.

—Sí —volvemos a decir a la vez.

Va vestida con un chándal azul celeste y huele a niño pequeño, quizá porque se ha lavado con un jabón de bebés. Calculo que debe de tener nueve años, pero la expresión de su cara refleja un dolor más propio de una adulta.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto.

—¿No lo adivinas? Por lo mismo que tú: porque tengo anorexia. Me quedo muda. Me siento imbécil.

—¿Hace mucho que te pusiste enferma? —le digo. Y me sorprende haber sido capaz de pensar en mí como una enferma.

—Hace un año, y como no había manera de que me pusiera bien, mis padres han decidido que es mejor que esté en el hospital.

Los ojos se le han aguado y me recuerdan que yo también siento la garra de la añoranza.

—¿Cómo empezaste? —le pregunto más para distraerla que por interés en su historia. Pero cuando empieza a hablar, las palabras me arrastran y no puedo dejar de escucharla.

Dijo que ella siempre había estado un pelín regordeta.

«Regordeta», dice. Utiliza esta palabra, pero viéndola aquí, acurrucada en el sofá, con esos dedos tan delgados que parecen ramitas de chopo, me cuesta imaginarla gorda.

Explica que un chico de su clase, hace ya tres años, le puso un mote: foquita. Y mientras lo explica se pasa las manos por el costado, como si quisiera hacerse una idea exacta de sus proporciones, o como si le horripilara la idea de volver a parecerse a la foca que había sido. Empezó a llamarla así sólo para hacerle la puñeta. Al principio a ella le daba igual: le gustaba tanto comer..., sobre todo rebanadas grandes de pan untadas con mantequilla y miel, o cuencos barrigudos llenos de chocolate caliente con una pizca de canela, o virutas de jamón con sus tirillas de grasa o tortillas bien jugosas...

Un poco más y la estrangulo, si continúa hablando de comer.

Había tantas cosas que le gustaban... Además, en su casa eran de la opinión de que había que comer, porque, si no, te pones mala. Porque en su casa eran gente de pueblo y la gente de pueblo tiene que estar más fuerte que la gente de ciudad, decía su madre.

Y los ojos se le vuelven a humedecer cuando habla de su madre.

Porque, insistía la madre, para los trabajos del campo debe tenerse un cuerpo fuerte. Y pronto, el mote de «la foquita» fue adoptado por todos los chicos de su curso. Me explicó que intentó resignarse, pensaba que cuando tuviese la regla por primera vez se le transformaría el cuerpo. Y sí que lo hizo, pero en sentido inverso al que esperaba: empezó a crecer en anchura. Cuando se dio cuenta, se había convertido en una moza estrafalaria, a pesar de que sus padres opinaban que era un chica 10. Y ella miraba con envidia a las compañeras, casi todas delgadísimas y con cuerpos de

anuncio. Porque la otra cosa que más recordaba de aquella época era los grandes carteles publicitarios, con aquellas mujeres superdelgadas, consumidas, tan elegantes... Y se ponía verde de envidia y había querido ser como ellas. Y quizá, si dejaba de comer unos cuantos días, conseguiría tener un cuerpo semejante. A lo mejor podía tener unos muslos que no pareciesen jamones... Y un pecho plano, como el de sus compañeras. Y menos papada. Y unos dedos que no fuesen como morcillas. Y lo hizo. A pesar de que al principio le costó mucho enseñar al estómago a no aullar de impaciencia cada vez que notaba olor a comida o cada vez que pensaba en ella, finalmente lo consiguió. Llegó un momento en que ya no le costaba nada, sino que se encontraba superbién.

Sé de qué habla. Porque, vamos a ver, si en vez de haberme zampado un cruasán esta mañana, no hubiese tomado nada, ¿no me encontraría mucho mejor? ¡Y tanto! Además, no tendría el vientre hinchado, ni este malestar y este mareo, ni este malhumor por culpa de haberme traicionado.

—Y tú, ¿cómo llegaste a esto?

Antes de contestar, suspiro, cruzo las piernas y me siento como una india. Con mi rodilla toco la suya; parece como si chocasen dos palos. La miro bien y estoy segura de que antes, cuando he calculado su edad, me he equivocado; por cómo habla y lo que dice, por ejemplo, de la regla, creo que debe tener doce o trece años.

—No sé quién tuvo la culpa ni quién me llamó gorda por primera vez.

Y entonces, como un relámpago, recuerdo una escena de un partido de balonmano y se la explico. Jugábamos con el equipo de nuestro instituto contra otro con el que, de siempre, habíamos tenido una rivalidad por encima de cualquier justificación deportiva. Creo que la razón de tanta animosidad era la cara de aquellas chicas que, en un dos por tres, habían conseguido atraer a algunos de los muchachos más interesantes de nuestro instituto. El parado estaba resultando muy igualado y el marcador lo reflejaba con un empate. Yo tenía la pelota, intenté marcar, pero fallé. La pelota estaba entonces en manos del equipo contrario. Intenté hacer un bloqueo. Sin éxito. Mi contrincante se apuntó un gol, justo cuando el árbitro pitaba el final del encuentro. «Te pesa el culo», me susurró el

rompepelotas del entrenador cuando íbamos mustias hacia el vestuario. Lo miré con rabia porque ni creía que mi trasero fuese tan prominente como insinuaba ni estaba de acuerdo en que yo pudiese tener alguna responsabilidad en la derrota. Pero este comentario se me incrustó en el cerebro y aunque no quería recordarlo, reaparecía de vez en cuando y me hacía sentir culpable, especialmente cuando acababa de merendar una hamburguesa cargada de mayonesa y catchup, y una coca-cola.

—Pero no fue por eso por lo que estoy aquí.

Eva me mira con sus grandes ojos verdes, inexpresivos, sin vida. Su mirada me da pena. Y de pronto me doy cuenta de que su mirada y la mía tienen la misma opacidad. «Habrás que hacer algo», me digo.

—A comer —dice Adela, que ha entrado sin hacer ruido.

«¡Comer! ¡Qué espanto!» No estoy dispuesta a tragar nada. De hecho, no podría aunque quisiera. Continúo hinchada como si en lugar de un desayuno me hubiese tomado cuatro.

Nos levantamos y la seguimos sin entusiasmo.

Esta vez me siento en la mesa donde hay seis cubiertos. Delante de mí hay una chica que debía de ser muy guapa antes de convertirse en un esqueleto. Se llama Inés y es modelo.

—Bueno —rectifica con una mueca—, lo era antes de venir aquí. Si consiguen que engorde, puede que no encuentre trabajo nunca más. En las agencias son muy estrictos con las medidas, ¿sabes?

Le digo que sí, pero no sé de qué me habla.

—Sí, guapa —se da cuenta de que soy una ignorante—. Ya sabes: las medidas de pecho, cintura y muslos.

Ya no la escucho. No me interesa lo que me explica. Observo lo que hace con la comida y la imito. Con el tenedor machaco a conciencia las patatas estofadas y ensucio el plato con la pasta resultante. Cuando acabo con el proceso de desintegración, da asco, pero parece que he comido mucho. Segundo plato: bistec con ensalada. ¡Ags! Casi vomito. Hace siglos que no soy capaz de tragar un trozo de carne. No sé cómo voy a hacer para que parezca que me lo he comido. Vuelvo a copiar a Inés: primero desmenuzarlo en partículas casi microscópicas. Después, con un gesto

imperceptible y decidido, echármelo a la falda. Y ahora, ¿qué hago? Miro a Inés, que ya se ha dado cuenta del problema.

—Ten —y me ofrece un pañuelo de papel mientras vigila que Adela no se dé cuenta.

Le estoy muy agradecida. Mi vientre abotagado no habría podido admitir ni el más pequeño pedazo de carne. Las dos envolvemos los detritus del bistec.

—¡Cuidado! —cuchichea Justa, una niña de unos nueve años que está aquí por lo mismo que todas: a fuerza de no comer se está matando.

¡Justo a tiempo! Cuando Adela se inclina sobre la mesa, Inés y yo hemos desaparecido la masa de celulosa y carne en los bolsillos de los pantalones.

—¿Va todo bien? —nos pregunta con una sombra de desconfianza en su voz.

«Maravilloso», responden nuestras sonrisas beatíficas.

La comida finaliza por fin y puedo volver a mi habitación, donde me encierro a leer. Después tengo una sesión con Juan, con el que me muestro poco habladora porque lo hago responsable de haberme encerrado aquí. Pero él se empeña en decir que solo yo soy responsable de lo que ha pasado: ni la familia, ni la *au pair*, ni los amigos, ni los entrenadores: solo yo. Yo solita me he puesto enferma y de mí depende que me ponga bien. «Qué fácil», pienso. Pero, en realidad, estoy convencida de que ponerme bien quiere decir ponerme peor. No creo que nunca quiera estar bien, si eso significa engordar y volver a tener un cuerpo de pena.

—Han llegado tus padres —me avisa Adela, que ha entrado y está bajando la persiana—. Están hablando con el doctor Massot; en cuanto acaben, vendrán.

Vete tú a saber qué demonios les explicará Juan a mis padres... Me molesta pensar que les puede explicar cosas de mí que yo no quiero que sepan. Aunque creo que puedo estar tranquila y puedo confiar en él. Pero ¿y ellos? ¿Serán indiscretos con cuestiones de mi infancia o, por el contrario, serán respetuosos con los secretos familiares que compartimos? Quién sabe.

Me siento en el sofá entre el oso-Alberto y el oso-Roberto.

—Hola, soy la princesa pies-de-viento.

No se inmutan, claro. Me miran con los ojos marrones de cristal que brillan sobre el peluche marrón, a ambos lados del hocico de cuero suave. Qué extraños estáis, señores hermanos. ¿Qué se ha hecho de vuestros ojos verdes, tan vivos y expresivos? ¿De vuestros dientes y de vuestras mellas? ¿Y de vuestras sonrisas traviesas? ¿Y del mechón azul? ¿Y de vuestras camisetas (If you think I'm cute, wait to see my mother), regalo del tío Lalo, vuestro orgullo y horror de nuestra madre? ¿Y de vuestros vaqueros deshilachados?

Llaman a mi puerta con decisión. Deben de ser ellos porque Adela nunca pide permiso.

Cuando entran me doy cuenta de que el nudo de añoranza me aprieta el cuello con más fuerza que nunca. Me lanzo al cuello de mamá.

—¡Niña! —suspira, pero aguanta el tipo. Me da veinte mil besos y yo se los devuelvo.

Después le toca el turno a papá que, patoso —cosa de la inexperiencia en lo relativo a la ternura—, me acaricia el pelo torpemente y me despeina:

—Reina, qué preocupados nos tienes. ¿Ya comes?

Mi madre le lanza una mirada que es como si le hubiese dado un codazo para advertirle: «Nada de alusiones a la alimentación. Lo ha dicho el doctor Massot. Máxima normalidad».

Mi padre capta la mirada y rectifica:

—Bien, quiero decir que todos tenemos ganas de que te pongas bien pronto. En casa te necesitamos.

Yo digo que sí con la cabeza porque el nudo en el cuello, muy apretado, me impide hablar.

—Te echamos de menos. Todos. Pero sobre todo los gemelos. Parecen almas en pena y no hacen más que hablar de ti.

Mamá dice eso mientras se sienta en el sofá y hace a un lado los osos de peluche. Después me explica que ha hablado con mi tutora y le ha contado la verdad.

—No le ha sorprendido, ¿sabes? Hacía días que nos lo quería decir, porque ella también se había dado cuenta del problema.

Han quedado en que no van a contar nada a mis compañeros de curso. Tampoco hay que pregonarlo.

—Pero quizá deberías hablar con Claudia, ¿no crees?

Hago un gesto impreciso que quiere decir cualquier cosa. No sé aún qué voy a hacer con mi mejor amiga.

El rato, pasa tan de prisa que me parece que acaban de llegar y ya se tiene que ir. Antes de salir, mamá me alarga un sobre.

—Ten, los gemelos te han escrito una carta. Y Elisabeth te manda muchos besos.

No digo nada: el lazo está a punto de ahogarme completamente.

Y a Bes, ¡que la zurzan!

Capítulo 3

CASETE 7. Cara A. Sesión individual.

Terapeuta: Juan M. Paciente: Marta P.

T. —Ya hace días que estás en la planta. ¿Cómo te encuentras?

P. —Como una presa.

T. —¡Ja! ¡Qué teatral eres, Marta! No es una cárcel. Solo es un hospital, en el que hay unas normas, como en cualquier comunidad, que deben ser respetadas. Y, claro, en vuestro caso, estas normas son más estrictas. Tú ya sabes por qué. Y no son muy diferentes de las que establecimos en casa cuando empezaste la terapia conmigo. ¿Te acuerdas?

P. —Claro.

T. —Por lo menos, ¿te encuentras mejor? ¿Duermes bien?

P. —Puedo dormir pero tengo pesadillas espantosas que me despiertan todas las noches dos o tres veces. Creo que la culpa es de Adela.

T. —¿De Adela? ¿Qué culpa tiene la pobre señora?

P. —Es antipatiquísima.

T. —No, no lo es, Marta. Te lo parece a ti, que estás dispuesta a encontrarlo todo mal porque no estás bien.

P. —La tendrías que oír: nos hace ir a toque de pito. Marcial, la tía.

T. —La he oído muchas veces. Es una excelente profesional. Claro que no es blanda, pero tampoco autoritaria. Sabe hacer muy bien su trabajo y es una persona agradable.

P. —Sí, como si se hubiese tragado una escoba...

T. —Marta, no todo el mundo sirve para ocuparse de gente como vosotras, con trastornos de alimentación, y Adela es de las que sirve: se entiende bien con la gente de tu edad, tiene paciencia (la anorexia y la bulimia exigen mucha) y no es un juguete en nuestras manos, o sea, que no se deja manipular. Me entiendes, ¿no?

Sí, y tanto que lo entendía. Ella era muy manipuladora. Su madre se lo había dicho muchas veces. Como aquella tarde.

Aquella tarde había una fiesta en un local de locos del *skating*. Tocaba alguien del instituto. Ella, después de algunos tiras y aflojas con Claudia, había accedido a acompañarla.

—¿Me dejas tu jersey de trenzas, mami? —le había pedido con la voz más zalamera que fue capaz de encontrar.

Su madre había emergido de detrás del periódico con una expresión en la cara que desinfló ya a Marta. No eran buenos tiempos para pedir favores, en primer lugar porque el Conflicto A flotaba por la casa como un fantasma que lo manchase todo con el roce de una sábana blanca; y aún había una segunda razón:

—La última vez que te lo dejé, te estampaste una mancha tan impresionante que ni llevándolo a la tintorería, y mira que me molesta tener que llevar ropa a la tintorería, y encima no han conseguido quitarla.

Volvió a esconderse detrás del periódico. Los gemelos habían congelado la tercera vuelta al circuito de Montmeló: Crivillé-Roberto, primero; Doohan-Alberto, segundo. La carrera podía esperar. Ahora les interesaba más La-Batalla-Por-El-Jersey.

—De manera que... —insistió Marta, decidida imprudentemente a conquistar aquella pieza de ropa que tenía un largo ideal para llevarla con unas mallas ajustadas.

—De manera que no, y se acabó —dijo desde detrás de las páginas impresas.

¡El «y se acabó» famoso! Marta se mordió el pellejo de un dedo. Crivillé y Doohan volvieron a arrancar las motos: La-Batalla-Por-El-Jersey ya tenía vencedor. Rrrumm.

—Si lo que quieres es que no vaya a la fiesta...

La madre dejó el periódico sobre el sofá con un gesto brusco. Los ojos le chispeaban de indignación. Crivillé y Doohan pararon los motores de las máquinas.

—¿Quién ha dicho que no quiero que vayas a la fiesta?

—Mujer, si no me lo dejas... No tengo nada que ponerme.

—Mira, Marta: primero, tienes el armario lleno de ropa, si quieres te lo demuestro.

«No, no», dijo Marta con la cabeza. «Sí, sí», decían Crivillé y Doohan, animados por la escena que se anunciaba: una madre-y-se-acabó revolviendo vestidos, mallas, camisetas, vaqueros y toda clase de cosas por la habitación de la hermana era siempre un follón que podía animar aquella tarde de sábado amodorrada por la lluvia que no dejaba de repiquetear en los cristales.

—Segundo —continuó sin moverse (estaba claro que no pensaba llevar a término la amenaza de vaciar el armario)—, si no tienes ganas de ir a la fiesta y buscas excusas, tú misma.

Marta se miraba la punta de los pies. Quizá tenía razón. Crivillé y Doohan empezaron a calentar motores.

—Tercero —y definitivo, por el tono con que fue dicho—, de ninguna manera me culpabilices por una cosa así. No le des la vuelta a la tortilla y quieras hacer como si la responsable fuera yo. Eres una manipuladora.

Marta se enfadó, se levantó, atravesó la sala desatendiendo la mirada que entre sí se lanzaban Crivillé y Doohan («¡manipuladora!, chaval, ¡qué insulto tan potente de ahora en adelante!») y salió con aires de dignidad ofendida a llamar a Claudia para decirle que lo había pensado mejor y que no tenía ganas de ir a la fiesta.

Que no hubiese querido salir resultó práctico porque los padres aprovecharon que la lluvia los tenía a todos encerrados en casa para convocarlos.

—«Reunión familiar», princesa —le dijeron los gemelos al abrir la puerta de su cuarto de sopetón.

—¿Qué habéis dicho, mosquitos? —preguntó la princesa (echada indolentemente en la cama porque todavía le duraba el sentimiento de ofensa), mientras se quitaba los cascos de las orejas.

—Que papá y mamá dicen que vayamos a la sala.

—Que quieren hablar con nosotros.

—Que te des prisa.

—Que no están para bromas, o sea que deja los *auris*.

Los siguió hasta la sala, donde ya estaban sus padres, sentados en el sofá, con cara de haber llegado al día H.

—Sentaos, niños.

Marta lo hizo en el sillón de orejas y tapicería de grandes flores, con los bajos descosidos. Los gemelos se sentaron en el suelo, delante de su hermana pero dándole la espalda, con las piernas encogidas y los brazos alrededor de las rodillas. «Os escuchamos», decían los tres, muy formales, con las miradas.

—Tenemos que explicaros una cosa...

—Sería, importante...

—Porque consideramos que ya sois suficientemente mayores...

—Y lo podéis entender.

Como si representasen una obra de teatro y se hubiesen aprendido los papeles, hablaban primero la madre, después el padre.

Los gemelos se giraron a mirar a Marta, expectantes. ¿Qué cara ponía la hermana?

La hermana, impávida. No quería demostrar que, del susto, había tenido que cerrar la boca con fuerza para que el corazón no se le escapase volando. «Ahora van y nos dicen que se separan», pensó.

La princesa-pies-de-viento hizo un gesto pacífico con la cabeza, y los gemelos, más tranquilos, se volvieron a mirar a sus padres.

—Sabéis que es una época difícil...

—Económicamente difícil, queremos decir...

—O sea que los trabajos no marchan muy bien...

—Ya lo habréis oído en la tele, en las noticias.

Y ellos tres, como estatuas. Petrificados.

—Bueno, que papá se ha quedado sin trabajo —desembuchó la madre, mientras el padre la miraba en silencio y, con la punta del índice, se subía las gafas.

«¡Ah!, solo era eso», decían los ojos de los gemelos girados hacia Marta. «¡Ah!, solo era eso. Pero también era ¡ESO!», pensó Marta, horripilada.

Al desvelar el Conflicto A los padres les habían quitado un peso de encima: continuarían viviendo todos juntos, no les iban a obligar a pasar por la difícil situación que tuvo que afrontar Carlota, una amiga; no tendrían que dividir su corazón entre dos familias —que generalmente, una vez rotas tenían bien poco en común y se movía por la vida con estilos muy diferentes—; no se verían obligados a

llevar a cuestras sus escasas pertenencias en peregrinación de un domicilio a otro... De acuerdo, pero la solución al enigma no resolvía las desavenencias entre sus padres. Las discusiones continuaron. Era muy evidente que el paro (Conflicto A) resultaba un hueso duro de pelar, no solo para el que se quedaba sin trabajo y tenía que quedarse en casa sin saber qué hacer, dando vueltas como un perro al que su dueña hubiese encerrado en un patio de dimensiones muy reducidas. Sino que también era difícil para el otro, que recibía el malhumor del enjaulado y que, además, como le pasaba a Rosa, no podía perdonarle la indolencia.

Una noche Marta fue testigo involuntario, otra vez, de una de las ya habituales escaramuzas entre ellos. Los gemelos se habían ido a dormir a casa de Leonera, que era su mejor amigo aquella semana, y Marta se había encerrado en la habitación. Ellos discutían, más bien, la madre soltaba un rosario de quejas que el padre escuchaba sin oposición. Y Marta, ¡plaf!, sin haberlo pedido se encontró como delante de un proyector de diapositivas y contemplaba a un padre que, a veces era suyo y otras, un desconocido. Un hombre poco comunicativo. Siguiendo. Poco dado a la efusión sentimental. Siguiendo. Poco ambicioso profesionalmente. Siguiendo. Más simpático fuera que en casa. Siguiendo ¿Qué? Un hombre desmotivado. ¿Qué? Un ser débil. ¿Qué? Incapaz de enfrentarse al jefe de personal para negociar una salida de la empresa más ventajosa para él. ¿Qué? Incapaz de encontrar una solución para resolver la situación que atravesaban.

Marta se vino abajo: ¿seguro que quedaba lejos el fantasma de la separación?

Entonces el padre consiguió desconectar el proyector cuando le dijo con voz distinta: «Ayúdame tú, Rosa; estoy desorientado, no sé qué hacer».

Y Rosa, con un tono enternecido, aderezado con tres cucharadas de miel y una pizca de sorpresa, empezó a proponerle diferentes maneras de enfocar el problema, pero Marta no los pudo oír porque ya se había quedado dormida, acunada por aquella repentina complicidad entre los dos.

Al revelar la clase de Conflicto que los tenía tan malhumorados, los padres obligaron a Marta y a los gemelos a implicarse un poco

en la solución, o, en cualquier caso, a mitigar sus efectos. Cuidado, pues, con los gastos: nada de dejar grifos abiertos (¿eh, gemelos?) y atención con estar horas colgada del teléfono (esto va por ti, Marta), y una serie de cuestiones domésticas a las que había que prestar atención para reducir los gastos familiares.

T. —Cuéntame, ¿qué tal ha ido la visita de tus padres?

P. —Ya te lo puedes imaginar...

T. —No tengo que imaginarlo, sino escuchar lo que quieras decirme. ¿Qué tal ha ido?

P. —Estaban tristes, claro, y preocupados. Sobre todo mi padre. Auténtico, ¿eh?

T. —Marta, ¿de verdad que habías pensado que tu padre no está preocupado por ti?

P. —Sí.

T. —Pues te equivocas, lo han estado los dos, y mucho. Tanto que quiero que participen en un grupo de terapia de padres que tenemos en el hospital.

P. —¡Ah! Ya podrían haber hecho algo antes y a lo mejor yo no habría acabado pagándolo con la anorexia.

T. —¿Estás atribuyendo la enfermedad a tus padres? Porque si es eso lo que insinúas, ya sabes que es una tontería.

P. —No, no quería decir eso. Pero a veces pienso que es por la manera de ser de ellos. Y otras, por el mar de fondo que había entre ellos, ¿no? Pero generalmente me digo «¡Qué va!, la culpa es de los cuerpos-yogur de la televisión y las revistas y tal». Y a veces me entra la paranoia y pienso que la culpa es de los chicos, que solo aceptan a las delgadas.

T. —Olvídate de las culpas, Marta. Nadie tiene la culpa. Estás enferma y eso es lo primero que tienes que aceptar. Que te pongas bien depende de tu colaboración.

P. —Mmm.

T. —Piensa en ti misma como en una drogadicta o en una alcohólica. No hay culpa; solo una enfermedad que para ser superada requiere la cooperación y una gran fuerza de voluntad de tu parte. Y el primer paso es empezar a alimentarse correctamente.

...

T. —Sé lo que piensas...

P. —¿Ah, sí? ¿Y qué pienso?

T. —Estás atascada en unos pensamientos irracionales contra los que debes luchar porque no tienen ningún fundamento. Piensas: si engordo unos kilos, ya no puedo parar. O bien, piensas que si dejas de hacer régimen vas a perder el control y vas a empezar a comer en exceso. ¿Me equivoco?

Marta decidió que Juan parecía un brujo, porque era capaz de imaginarse con mucha fidelidad sus pensamientos, incluso antes de que ella misma se diese cuenta de que eso era exactamente lo que rumiaba. Porque esta era, en aquel instante, la idea que le ocupaba todo el cerebro: el miedo a perder el control, el miedo a no dejar de engordar, el miedo a cruzar una frontera que la llevase a la obesidad. ¡Y tanto que era un brujo!

Pero después se dijo que no le hacía falta recurrir a la magia para poder imaginar que le pasaba por la cabeza; solo era cuestión de haber hablado muchas veces con personas como ella, con la misma enfermedad, con las mismas obsesiones. En realidad, se explicó Marta, cuando conoces bien a una persona y te fijas en la forma en que actúa, en los gestos de su cara, en el tono de su voz o en tantas otras cosas, puedes llegar a saber qué piensa. Y saber que se está cocinando algo.

Eso fue exactamente lo que le pasó a ella dos semanas después de la sesión de diapositivas con que la había obsequiado su madre: de repente supo que los cambios en el comportamiento de su padre obedecían a alguna razón oculta, y satisfactoria, a juzgar por la sonrisa radiante que llevaba colgada de oreja a oreja en cuanto se levantaba.

Y empezó a notar que su padre-porexpán dejaba atrás viejas costumbres (como si fuesen la piel de una serpiente que quedase tendida en medio del camino) y se endomingaba con trajes nuevos. Vivir con él, entonces, era más agradable, pero desconcertante.

Los gemelos estaban también boquiabiertos.

El primer cambio que pudieron observar desvelaba el humor cada día más positivo del padre: por las mañanas volvía a silbar en el baño. Y su buena disposición de ánimo hacía acto de presencia cuando entraba en la cocina, recién duchado, peinado y dispuesto a preparar el desayuno para todos: el café con leche de la madre, el

zumo de naranja y los dos donuts de Marta, y la leche con colacao de los gemelos.

—Buenos días a todos —cantaba.

Y los gemelos se miraban bizqueando, para volverse después a la hermana y, con un dedo dando vueltas en la sien: «Está loco últimamente, ¿no crees?»

Además Pedro desarrolló una locuacidad (y eso sí que era nuevo del todo) que Marta y los gemelos, si alguien les hubiese interrogado antes, habrían considerado totalmente imposible.

Y lo que todavía resultó más extraordinario, su padre empezó a ser tierno. Y los tres estaban boquiabiertos porque su padre-porexpán se iba dulcificando, reblandeciendo, acaramelando hasta llegar a convertirse en un padre-merengue.

Con estas transformaciones Marta tuvo suficiente para adivinar que se estaba produciendo algún cambio.

—Tu padre está motivado. Eso es todo. Y es mucho —le explicó la madre cuando la interrogó. Las dos levantaban la voz por encima del ruido de la batidora.

Marta no entendió a qué se refería.

—¿Motivado?

—Sí, motivado. Está haciendo una cosa que le interesa mucho y que, por tanto, le pone de buen humor, e incluso le cambia el carácter. Hacía años que no veía así a tu padre —y dejó la batidora en equilibrio en el cuenco para hacerle una caricia en el pelo. La madre estaba contenta; se notaba que la motivación del padre tenía un efecto benéfico también sobre ella.

—¿Y qué es eso que tanto le interesa?

—Se ha matriculado en un curso de reciclaje de informática. Lo ha hecho para ver si después le resulta más fácil colocarse en una empresa. Además, se ha apuntado también a unas clases de pintura —siempre había tenido mucha habilidad. Como el trabajo de cajero de banco nunca le había llenado mucho, ahora se siente feliz, dedicado a unas actividades estimulantes.

—¡Ostras! ¿Va a clase? —dijeron los gemelos cuando Marta les explicó el origen de aquel cambio de piel.

—Pues ya son ganas ponerse de buen humor por ir a la escuela.

—¡Uf! Yo se lo regalo.

La madre, a pesar de la alegría que transpiraba por los cambios de humor de su marido, tenía arranques de mal genio.

—¿Lo tengo que hacer todo yo? Ya no puedo más. Parece que estáis todos de pensión.

Marta, es verdad, dedicaba poco tiempo a ayudar en casa; procuraba escaquearse siempre que podía. Las tareas domésticas le parecían un castigo mitológico de los que contaba la Vilagut: hacer y deshacer, hacer y deshacer, hacer y deshacer... Como el Sísifo, al que los dioses escarmentaron por tramposo y que se veía obligado a arrastrar hasta la cima de una montaña una roca enorme que, cuando estaba arriba, caía rodando hasta abajo y obligaba a Sísifo a comenzar otra vez. Y así para siempre jamás. Como tener que hacerse la cama.

Los gemelos, cuando se ponían, estorbaban más que ayudaban. Y la madre siempre acababa por quitárselos de encima:

—Venga, fuera de aquí. Mirad cómo habéis dejado el mármol, lleno de harina.

—Como el pesebre.

¡Clas! Portazo de la madre, que estaba harta.

El padre, tan ocupado con el curso de reciclaje y con las horas de estudio en casa y las clases de pintura, tampoco parecía consciente —y si lo era, hacía como que no— del cambio de hábitos: cuando trabajaba en el banco, con un horario solo de mañana, se ocupaba de muchas cosas de la casa y sobre todo —y esta era la causa del mal humor de la madre— cuidaba de los gemelos.

—Estos niños no pueden estar solos todas las tardes tantas horas —rezongaba—. Son demasiado pequeños.

«¿Demasiado pequeños?», la miraban desafiantes los gemelos y se invitaban —«¿fumas?», «con mucho gusto», «¿fuego?», «gracias»— a fumar un pitillo de chocolate, ineficaz para impresionar a la madre, que acababa por mandarlos al baño a limpiarse la boca, sucia de churretones oscuros.

—¡Ya lo tengo! —exclamó una noche la madre, mientras los cinco veían una película en la televisión.

—¿No nos lo puedes explicar después? —le suplicaron los tres niños, con poca fe, porque su madre, era sí: rápida, rápida, como si siempre se le fuese a escapar el tren.

—No, ahora.

Se perderían la mejor escena cuando él (Gary Cooper) camina por la calle enfrentado solo al enemigo (¿solo? ¡No! Ella, Grace Kelly, lo está esperando. Final de violines).

Tenía que ser ahora: solos ante el peligro.

—Podríamos contratar a una *au pair*.

—¿Una qué? —dijeron los gemelos a la vez.

—Una *au pair*, ignorantes —intervino Marta, que aprovechó para explicarles a qué se solían dedicar las *au pair*.

—Como en casa de Lidia —dijo Roberto.

—Y como en casa de los García —dijo Rosa.

No sabían dónde se encontraban las *au pair* y la madre decidió que llamaría a los García para preguntárselo, pero mientras tanto se habían perdido el final de violines.

No hubo que utilizar la información que les habían suministrado los García. Pocos días después la madre había conseguido una *au pair* que presentó a la familia que Marta tenía entrenamiento, razón por la cual se quedó sin conocerla.

—Pero la vas a conocer dentro de una semana cuando se instale en casa —le dijo el padre cuando ella se quejó.

Los gemelos se colaron a su habitación.

—Nena, te has perdido la *jaudyudú*.

—¿La quién?

—La inglesa esa.

Le explicaron que la inglesa se llamaba Elisabeth.

—O sea, Bes.

—Y es metida para dentro.

—¿Qué quiere decir «metida para dentro»?

—Pues eso, pava, que no tiene ni culo, ni barriga, ni tetas.

—Es como un espárrago.

—Y tiene los ojos más bajo de lo normal.

—Como caídos.

—Sí, de un azul desteñido.

—Y pecas por todas partes.

—Y habla un español más extraño...

—Pero es simpática.

—Sí muy simpática.

T. —¿Tomas ya las pastillas antes de irte a la cama?

P. —Sí.

T. —Y a pesar de todo, ¿te sigues despertando? Bien, entonces tendrás que practicar más la relajación. Y si con eso tampoco duermes bien, aumentaremos la dosis de las pastillas.

P. —Vale.

T. —Me imagino que la amenorrea continúa.

P. —¿La qué?

T. —Amenorrea. Que no tienes la regla, vaya.

P. —Pues, sí. No me ha venido, pero por el dolor de barriga y lo hinchada que la tengo hace unos días, quizá pronto...

T. —Me extrañaría mucho. Tienes un peso demasiado bajo para que te vuelva a instalar la menstruación. Quizá la hinchazón sea a causa de la alimentación.

P. —Seguro, ¡si me estáis cebando! Como incluso más que antes de ponerme enferma.

T. —Venga, guapa. No me quieras dar gato por liebre.

Gato, gato, gato. Cómo echaba de menos a *Atila*. Habría dado cualquier cosa por tenerlo entre las manos y acariciarle el pelo corto, suave como el de un muñeco de peluche. Y por sentir sus huesecillos finos del lomo bajo los dedos. Y por escucharle el ronroneo satisfecho, que le hacía vibrar el cuerpo en un temblor continuo. Y por sentir en la palma de la mano los lametones húmedos de su lengua áspera de color rosa suave. Y por meter la nariz en las almohadillas de las garras y zambullirse en aquel olor animal. Si pudiese estar en casa con él...

Lo malo es que estar en casa con *Atila* quería decir, también, compartirla con *Candy*, que no le resultaba tan simpático. Ni ella al gato. Y a su dueña, no digamos...

Cuando Bes se instaló en casa, llegó con su gato. Marta se sorprendió al verla aparecer con un cestito de mimbre, vestido con volantes y lazos, adornos que era muy del gusto de la inglesa. Eso enseguida lo pudo probar Marta ya que tuvieron que compartir habitación (en aquel momento le pareció una tocada de narices,

pero no la irritó como lo haría más adelante), porque era la única que admitía otro invitado en la cama nido.

—¿Tú también tienes un gato? —le preguntó cuando vio emerger de entre los volantes y frufús un gato persa canijo, de aires aristocráticos, movimientos pausados, ojos azules y un pelaje de un color indefinido entre el gris y el beige. Tan diferente del salvaje *Atila*, que justo entonces entraba en la cocina, con la piel de tigre, unos ojos inquietantemente verdes y unos movimientos rápidos y, en ocasiones, medio alocados. Los gatos se miraron, se olieron y pronto decidieron que no sentían el más mínimo interés el uno por el otro, de manera que optaron por. Y ya siempre su relación estaría marcada por aquella frialdad inicial.

—¿No sabes tú la madre de ti y yo nos conocimos a causa de esto? —le contestó con un *spanglish* macarrónico, mientras metía en un armario de la cocina las pertenencias de su felino.

Marta le dijo que no tenía ni idea, y se sentó en una silla, dispuesta a que largase, aprovechando que los gemelos querían acabar el dibujo de bienvenida con el que pensaban sorprender a la *au pair*.

—Dos semanas atrás.

Que le parecía que *Atila* había comido alguna cosa que le había sentado mal y tenía mucha diarrea.

Sí, Marta lo recordaba. No hacía ni quince días. Habían ido a comer a casa de los abuelos y al volver, se encontraron a *Atila* enfermo: maullaba lastimosamente, vomitaba y, a pesar de que solía ser muy limpio, no era capaz de llegar al serrín para vaciar el vientre, y se ensuciaba en cualquier rincón. Decidieron esperar, convencidos de que había comido alguna cosa en mal estado, pero que su fortaleza natural le ayudaría a superarlo. Al día siguiente estaba peor, incluso tenía fiebre. La madre decidió llevarlo a la veterinaria.

—Y allí yo estaba con *Candy*.

Que un amigo reciente había captado su delirio por animalitos y le había regalado aquel gatito. Que en la casa en la trabajaba como *au pair* habían puesto el grito en el cielo cuando la vieron volver de cenar con una cestita y un gato. Que no querían animales en casa.

—El gato o yo *out*.

Que ella no quería renunciar al gato. Pobrecito, tan pequeño, tan suave, tan rico («y tú un pelín cursi», no pudo evitar de pensar en Marta). Que había ido a la veterinaria para vacunar al gato y por si la podía ayudar a encontrar una familia que quisiese adoptar a *Candy*. Que no tuvo ocasión ni de explicarlo porque en la sala de espera Rosa le había parecido una madre adoptiva ideal.

—¿Tú quieres mi gato? —le había preguntado a una Rosa atónita.

Que por qué razón se querían desembarazar del animal, le preguntó Rosa. Y cuando se lo contó, en vez de interesarse por *Candy*, la sometió a un interrogatorio rápido: cómo te llamas-de dónde eres-en qué consiste el trabajo de *au pair*-cuántos años tienes.

—¿Diecinueve? —se dijo Rosa a sí misma, que (la inglesa se daba perfectamente cuenta) estaba rumiando algo—. Así que eres mayor de edad.

Que quiso saber cómo había llegado a conocer a la familia con la estaba y que qué compromiso tenía con ellos.

Que ya no tenía ningún compromiso, que más bien los quería perder de vista, los había conocido en verano en la costa y se había enamorado del hijo mayor, Carlos, que por eso le venía bien ofrecerse de *au pair*, propuesta que los padres habían aceptado encantados, porque creían que ahorrarían muchos en canguros (tenían cuatro hijos más, dos de ellos aún pequeños) y en clases de inglés.

Pero que al llegar a Barcelona la relación con Carlos se enfrió («por lo que dices, más bien se congeló totalmente, guapa», interpretó Marta) y que a ella le resultaba insoportable convivir con ellos. Y ahora esto del gato...

—Y esto es porque dijo: ven con nosotros.

Y que el resto de la historia ya la sabía, que por eso estaba ella allí en aquel momento.

—¿Y tú? ¿Tienes *boyfriend*? —preguntó Bes, que había terminado de instalar a *Candy* y había empezado a ayudar a Marta a pelar patatas.

—Sí.

—¡*Wonderful!*

Que le explicase cosas de él.

Y Marta sólo necesitaba que le diesen cuerda para hablar de él.

—Se llama Ricky. Lo conocí después de un partido de balonmano en el instituto.

Marta se había dado cuenta de su presencia cuando entraron en el bar con las compañeras de equipo y con los chicos y chicas de su clase que se apuntaban habitualmente a ver los partidos. Ricky no formaba parte de aquel grupo pero sí iba al mismo instituto. Nadie sabía por qué había decidido aquella tarde quedarse a ver el partido y acompañarnos después a tomar algo. Nadie sabía por qué pero las chicas estaban encantadas: Ricky no era como los de su curso. Con dieciocho años era uno de los mayores. Además, según todas, estaba buenísimo. Era alto —sólo le faltaba un centímetro para llegar a uno noventa— y fuerte. Sus facciones recordaban ligeramente a las de un hindú: un cutis moreno, color de oliva, ojos oscuros y brillantes, pelo largo, negro y ondulado que se recogía en una coleta por la que con frecuencia pasaba las manos, de dedos largos y finos. Aunque se afeitaba todos los días, por la tarde ya le escurecía la cara una barba incipiente, que era su orgullo y envidia de sus compañeros lampiños.

Marta, que al principio no estaba muy interesada en aquel chico que tanto le gustaba a las demás, o quizá precisamente por eso, se encontró de repente a su lado, discutiéndole apasionadamente una jugada del partido.

Y a medida que avanzaba la conversación, Marta fue perdiendo curiosidad por lo que pasaba a su alrededor y llegó a abstraerse hasta el punto de no prestar atención a las miradas de sus compañeras, sorprendidas unas, molestas otras, y en general decepcionadas por el poco interés que su presencia despertaba en aquel chico. Y después unos cuantos intentos de romper el diálogo entre Ricky y Marta, lo dejaron correr y los dejaron de lado.

Marta sólo estaba pendiente de la voz de él, cálida, grave y bien modulada, que se convirtió en una caricia que le rozaba las mejillas, el cuello y los pechos con la suavidad de terciopelo de un melocotón dorado.

Y se sentía flotar como si su cuerpo fuese ingravido y pudiese recorrer la sala sobre las cabezas de los demás. Desde aquella

insólita posición tampoco percibía de manera habitual las luces, que se juntaban en brillantes ramilletes que deshacían al instante, ni los ruidos, que flotaban lentamente, torpes, hasta perderse en una especie de mezcla de sonidos suaves.

—*Then*, ¿tú caíste enamorada? —preguntó Bes con una patata en la falda y el cuchillo sobre la mesa, porque a aquellas alturas ya se había olvidado de lo que se traía en entre manos.

—No lo sé. ¿Es eso enamorarse? Entonces, quizá sí.

¿Qué había en él capaz de provocar aquella atracción que la arrancó de cuajo del sitio donde había estado sembrada y en el que había permanecido mientras crecía? ¿Fue la calidez de su voz? ¿Quizá su cuerpo? ¿Lo que decía y lo que no decía? ¿Aquella mezcla de ternura y dureza que ocultaba sus gestos?

Por fin pudo reemprender la conversación, que hacía más de dos minutos que Ricky había monopolizado para convertirla en monólogo.

—¿Juegas al balonmano? —le preguntó, extrañada de que, si así fuese, no hubiese ido nunca al campo cuando ellas tenían partido o entrenamiento.

—Jugaba hace tiempo. Ahora me dedico a la música.

Marta lo miró con expectación para que le aclarar que significaba dedicarse a la música.

—Soy el cantante y guitarrista solista de Alquitrán Caliente. ¿No has oído hablar de nosotros?

Marta recordó la fiesta a la que Claudia había intentado arrastrarla porque tocaban unos del instituto, fiesta que resultó fallida por culpa de un famoso jersey de trenzas.

¿O fue porque le causaban horror los lugares frecuentados por mucha gente?

Marta hizo un gesto impreciso que no preocupó a Ricky.

—Bueno, ya te invitaré un día a un concierto.

—¿Tú fuiste? —preguntó Bes, que seguía sin acordarse de las patatas.

—Sí, pero fue cantidad de tiempo después.

Para entonces Marta se sentía completamente enamorada de él. Pero no fue hasta después del concierto cuando empezaron a salir juntos.

T. —Ahora quiero que me escuches bien. Te voy a dar algunos datos relacionados con la anorexia que, como sabes, es una enfermedad que afecta más a las mujeres que a los hombres.

P. —Sí, ya me he dado cuenta. Aquí en la planta sólo hay mujeres.

T. —Es verdad, a pesar de que alguna vez hemos tenido algún chico. Hay que tener en cuenta que por cada diez chicas anoréxicas, sólo hay un chico que lo es. Y además, ellos pocas veces llegan a tener un peso tan bajo que nos obliguen a ingresarlos.

P. —¿Y eso por qué?

T. —Bueno, a los hombres no se les exige que tengan un cuerpo delgado; se les exigen unos cuerpos andróginos, con caderas estrechas y muslos delgados, lo cual es justo lo contrario de vuestra naturaleza, porque precisamente en estas zonas es donde se os acumula más grasa. El cuerpo normal de una mujer no es el de las modelos que ves en las revistas.

P. —Sí, pero ése es el cuerpo que quiero porque no soporto el cuerpo femenino. No quiero estar gorda.

T. —Yo no te hablo de estar gorda, sino de recuperar tu peso normal. Recuerda que una cosa es tu peso ideal —el que querrías tener—, y otra tu peso biológico— el que te corresponde. Sólo consigues modificar el peso biológico si comes por debajo de tus necesidades o base de incrementar mucho el desgaste, por ejemplo, haciendo mucho deporte. Tan pronto vuelves a una alimentación normal, recuperas el peso biológico.

P. —Entonces, según tú, la cosa no tienen remedio.

T. —Pero ¿qué quiere decir que no tienen remedio?

P. —Está claro. O estoy delgada y enferma, o como y me pongo como una foca.

T. —Ni hablar. Yo no he dicho como una foca. Solo debes comer lo que necesita tu cuerpo y entonces, es verdad, tendrá unas proporciones diferentes de las que tienes ahora; pero eso no quiere decir que tengas que estar gorda. Y nosotros estamos aquí para ayudarte a recuperar una imagen corporal adecuada. Olvídate de los cuerpos-danone, de las actrices y las modelos.

Las modelos, las actrices, los cuerpos-danone de los anuncios de la tele... ¡Olvidarlos! Como si fuese tan fácil. Si no podía pensar en otra cosa. Le tenían comido el coco. Incluso ir al cine se había convertido en una actividad que también la enervaba.

Recordaba la última vez que Claudia y ella habían ido.

Ponían Atrapados en la red. Claudia se compró una bolsa de palomitas antes de entrar en la sala; ella no. Hacía ya tiempo que prescindía de ellas. Es verdad que, una vez dentro, se le hacía la boca agua oyendo a su amiga, que aparecía un ratón y que no paró de tragar palomitas hasta que se terminó la bolsa.

Cuando terminaron los crec-crec, se olvidó un rato de las ganas y del olor tostado y salado del maíz florecido, y se concentró en la película.

Pero el interés por QUÉ hacían los actores y actrices y CUÁL era el conflicto que tenían se le fue achicando porque otro interés le martilleaba el cerebro hasta colonizarlo: CÓMO. ¿Cómo eran las actrices? ¿Estaban más gordas que ella, menos gordas o igual de gordas? ¿Cómo les quedaban los pantalones? ¿Muy ajustados o flojos? ¿Se les notaban los pechos? ¿Eran planos, eran como manzanas o eran como melones?

—Buenísima —suspiró Claudia cuando se encendieron las luces.

—¿Sandra Bullock?

—¿Sandra Bullock? Ay, hija, ¡qué burra eres! La película.

—¡Ah!, ¡la película!

—Entonces, ¿qué hemos venido a ver si no? ¿Las tetas de la Bullock?

Claudia le clavó una mirada de... ¿desprecio?, cuando ya salían a la calle.

—De verdad que a ti te falta un tornillo —sentenció.

T. —Bien, vayamos a los datos. Hace diez años, tres de cada diez mil chicas eran anoréxicas. Actualmente lo son una de cada cien. ¿Te das cuenta de que las cifras se han multiplicado por treinta?

P. —Mmm.

T. —Hoy, en esta ciudad, tres de cada cuatro adolescentes están a dieta.

P. —¡Qué horror!

T. —Hasta hace poco la franja de edad en la que comenzaba la anorexia se situaba entre los catorce y los veinticinco años, pero esta franja es cada vez más amplia.

P. —Me doy cuenta. Por ejemplo, Justa, que solo tiene nueve años.

T. —Y no solo eso. En muchos colegios hay niñas que con seis o siete años se niegan a comer determinados alimentos porque dicen que engordan.

P. —Quizá es lo que oyen en casa.

T. —Seguro. Son hábitos que van adquiriendo; las madres (cada vez más también los padres) o las hermanas hacen régimen. Y en la televisión no hacen otra cosa que hablar de alimentos light. De esta manera acabamos por cambiar los comportamientos alimentarios por unos nuevos, que no son absolutos más sanos.

P. —¿Y qué se puede hacer una vez que se han aprendido estos comportamientos?

T. —Desaprenderlos. Debes ser consciente de ellos, para que puedas desprenderte de ellos. Para eso te voy a dar ahora unos cuestionarios que quiero que contestes fijándote bien.

Marta se inclinó sobre la mesa en la que Juan había dejado tres hojas con preguntas. Para contestarlas había que elegir alguna de las casillas que había al lado, marcándolas sólo con una cruz.

Marta leyó:

«Cuando estás viendo una película, ¿miras a las actrices prestando atención especial en ver si están delgadas o gordas?» «Sí, siempre», se vio obligada a marcar. Si solo miraba eso...

«¿Te produce angustia ver pantalones o vestidos que se te han quedado pequeños?» «Sí, siempre.» En realidad, pensó que le entraba un mareo sólo de verlos colgados en el armario. Y durante mucho tiempo, en la época en que estaba gorda, se resistía a regalarlos pensando que algún día adelgazaría lo suficiente para podérselos poner otra vez.

Y ahora no lo podía hacer porque la pérdida de peso había sido tan acusada que tampoco le quedaban bien; parecía un espantapájaros.

«¿Te llaman la atención los anuncios de laxantes?» «Sí, siempre.» Bueno, se reconoció, no solo le llamaba la atención, sino que se volvía loca por comprarlos todos. Y todas las semanas hacía recorridos diferentes, para ir cambiando de farmacia y que no se notase que se ponía morada de ellos.

«¿Te parece más atractivas y simpáticas las personas que son delgadas que las que no lo son?» «Sí, siempre.»

Y no sólo a ella, sino que parecía que eso era así también para la mayoría de los chicos. O eres delgada o no tienes ninguna posibilidad con ellos.

Y otro cuestionario.

«Me gusta comer con otras personas.» Eligió «casi nunca».

«Preparo comidas para otras personas, pero yo no la como.» Marcó «casi siempre».

«Me pongo nerviosa cuando se acerca la hora de comer.» Puso «casi siempre».

«Procuro no comer aunque tenga mucha hambre.» Puso «casi siempre».

«Vomito después de haber comido.» Seleccionó «a veces».

«Hago mucho ejercicio para quemar calorías.» Puso «siempre».

«Siento que los alimentos dominan mi vida.» Dijo «siempre».

Marta pensó que no necesitaba que Juan valorase las respuestas y las comentase: sabía que estaba enferma.

Capítulo 4

ME he levantado con los ojos hinchados como los de una rana roja. Por la carta de los gemelos, claro. La vuelvo a leer; no puedo evitarlo.

Querida Marta:

¿Te encuentras ya mejor? Te hechamos mucho de menos. Ahora te explicamos cosas de la escuela.

Ya no somos amigos de Leonera. Es un idiota.

Le dijo a la seña que nosotros tiramos una bomba fétida. Era vredá. Pero no tenía que decirlo. ¿No crees?

Entonces le cogimos el bocata.

Y la seña nos castigó sin recreo.

La bomba fétida nos la regaló tío Lalo.

Ahora tenemos una novia que se llama Nelly.

Dice que los dos no podemos ser sus novios.

Que a de ser uno. Y le decimos que bale, que elija.

Y ella dice que no puede porque somos iguales.

Nelly lleva el pelo tan corto como nosotros.

Mama nos obligó a cortarlo.

Porque estaba harta de greñas y pintura azul.

Nelly es un poco mandona como mamá.

Bes dice que sí que puede ser la novia de los dos juntos.

Pero Bes tampoco se aclara de quién somos cada uno.

Y se forma un lio.

No se ha fijado aún en la peca de la nariz que es distinta.

Bes come todo el día pescado conpata tas.

Le gusta más que los macarrones.

Es burra, pero simpática é.

Claudia ha llamado.

Le dijimos que no estabas.

Pero esta vez era de vredá.

Papá va a clase pero no esta tan contento.

Porque mamá y papá están tristes porque no estas tu.

¿Vas ha volver pronto?

Nos parece que no te vamos a escribir más.

Porque es un royo escribir una carta dos veces.

La primera como queremos nosotros.

Y la segunda porque mamá nos la hace copiar sin faltas.

Bueno dice que aun hai alguna pero vaya.

Muchos besos de Roberto y Alberto.

Antes de ir al comedor me pongo una toalla mojada con agua fría sobre los ojos. Pero apenas consigo mejorar mi aspecto.

A la hora de la sesión colectiva, nos sentamos todas alrededor de una mesa de madera clara. Patricia, la terapeuta, ocupa la cabecera. Da los turnos de palabra para ordenar nuestra algarabía, con frecuencia tensa y a punto de romper a llorar o a reír. ¡Un descontrol!

Patricia se sienta de espaldas a la ventana por donde entra una luz anémica: el día gris y frío invita a las confidencias. El aspecto de Patricia es más juvenil que el nuestro. Parece más joven que Mónica, una bulímica que debe de estar por los cuarenta años y los cien kilos. Está claro que si continúa tragando garbanzos con tocino y albóndigas y no sé cuántas cosas más al ritmo de *rock and roll* que, según dice, le endiña cuando sale del hospital, no tardará en llegar a los ciento veinte. Patricia parece también más joven que Antonia, una veterana de la anorexia. Hace más de veinte años que la padece y por eso la han ingresado más de siete veces, puntualiza. Oírla y mirarla te pone el cerebro del revés, de tanta angustia como da. Sólo pesa treinta y cinco kilos.

—Pero he llegado a pesar veinticuatro.

Pero ¿cómo se puede llegar a pesar veinticuatro kilos sin morirse? Está claro que a ella le faltó un pelo. Dice que era enfermera, aunque ahora no puede ejercer. Ha tenido que dejar de trabajar porque no tiene fuerzas para hacerlo y porque había llegado a tener malas relaciones con todos, colegas y enfermos. Está claro que por su profesión sabe perfectamente qué es la anorexia y, naturalmente, sabe que está enferma.

—Pero no quiero engordar —y aprieta los labios con determinación—. No quiero engordar ni un gramo, porque no soporto verme culo, tetas o michelines. ¿Os habéis fijado qué michelines se me están poniendo desde que he vuelto al hospital?

«Pero, ¿qué dices, reina? ¿Michelines tú? Si no eres más que piel y huesos, si te estás muriendo...», pienso horrorizada. Y las demás, más valientes que yo, se lo dicen en voz alta. Y todas la miran con unos ojos diferentes de los que utilizan para juzgarse a sí mismas. ¿Es posible que tengamos dos raseros distintos: uno para las demás, a las que vemos tal como son, y otro especial para mirarnos a nosotras mismas? ¿Y es verdad, entonces, que nos vemos deformadas y gordas, como si nos reflejásemos en uno de aquellos espejos cóncavos de feria, pero realmente somos tan delgadas como todos se empeñan en decirnos?

Vuelvo a contemplar a Antonia: bracitos delgados, ojeras violáceas bajo los ojos, movimientos lentos, temerosos, como si tuviese ya un pie fuera de este mundo. Está chungueta, la pobre. Me pregunto cómo no se da cuenta de la pinta que tiene. Si parece salida de un campo de concentración o de un país tercermundista... Y lo que es peor es que ya se va a quedar siempre así.

Porque salta a la vista que es de las que no saldrán de ésta. Con razón dice Juan que los medios de comunicación y los médicos sueltan mucha información sobre las muertes por anorexia, cuando casi son más desgraciadas ese tercio de pacientes con la enfermedad ya crónica y que, además de perder la salud, lo fastidian todo. El trabajo, dice Juan, porque a ver, ¿en qué lugar de trabajo le aguantan a alguien que falte un día sí y otro también por culpa de los constantes achaques?; además, una anoréxica está mucho más interesada en el control del peso que en cualquier otro tema; y está claro que el trabajo no es una excepción. Lo sé por experiencia: la comida, el peso, el control de las ganas de comer... te ocupan tanto espacio en el coco que lo demás se va al garete. Y también pierden los amores, dice Juan. Porque a nadie le divierte tener al lado un esqueleto, empeñado sólo en continuar siéndolo. Bueno, y eso que yo no perdí a Ricky por la anorexia sino por mis michelines. ¿O no fue por eso? Y dice Juan que acaban perdiendo a los amigos, porque cada vez tienen un mundo más reducido y más corazas con que hacer frente al mundo exterior. Y no puedo decir que no me haya empezado a pasar a mí porque no hago el más mínimo esfuerzo para conservar a los colegas; incluso creo que he perdido a Claudia...

Antonia continúa explicando que está que revienta. Patricia, con una sonrisa amable pero con un tono de voz incisivo, la corta para darme paso a mí:

—¿Por qué no nos explicas tu experiencia, Marta? Hace ya unos días que estás aquí y todavía no sabemos nada de ti.

Se me arruga el ombligo. No tengo ganas de explicar nada mío. Siempre me ha costado hablar cuando hay más de dos o tres personas delante, y aquí somos trece internas más la terapeuta. ¡Un follón!

Patricia insiste:

—Venga, mujer, que es interesante para ti y para todas nosotras.

¡Salvada por la campana! El pitido del reloj de pulsera de Patricia dice que se ha terminado la sesión.

—Bien —se despide Patricia después de apagar la alarma—, lo dejamos aquí. Acordaos de que hoy tenéis que ir a la enfermería para que os pesen.

La «ceremonia del peso», como la llaman las veteranas, está a punto de empezar. Todas nos miramos muertecitas de miedo. Éste es uno de los peores momentos de la semana. La Báscula, como un espantajo blanco, está instalada en la zona de las enfermeras, en lugar seguro, para que ninguna de nosotras tenga la tentación o el morro de utilizarla sin permiso.

—Ya lo sabéis: quitaos los zapatos y la ropa más pesada —faldas o pantalones—, y ya podéis ir pasando.

No estoy nada segura del resultado de la báscula en este primer contacto. Es verdad que he procurado comer lo menos posible, y no sólo he domesticado el hambre que con frecuencia me da la lata, sino que también he esquivado la vigilancia de Adela y Olga. ¡Ja! Olga, que con lo amable y maternal que parece, es tan inflexible como la otra en lo del papeo. Pero también es verdad que no ha habido manera de controlar rigurosamente las calorías como en casa: cuarenta y cinco de un yogur desnatado sin azúcar, sesenta de una manzana, treinta de dos zanahorias, cero calorías de todos los cafés que me echo al colete para engañar al estómago, y eso que después, de noche, no puedo sobar... Y, naturalmente,

dejar de comer todos los días antes de llegar a las seiscientas calorías.

Esta mañana, cuando me duchaba, me he examinado más críticamente que nunca el contorno del cuerpo. ¿Me han aumentado o no las medidas de las caderas? Y los muslos, ¿qué? Por muchos esfuerzos que he hecho hasta hoy, no puedo asegurar que se hayan mantenido tal como estaban antes de mi ingreso. La báscula lo dirá.

Y la báscula es dulce y cruel a la vez: 39. Me vuelvo loca de alegría: no sólo no he aumentado de peso sino que incluso he conseguido bajarlo. Pero también se me ponen los pelos de punta: he incumplido el pacto con Juan y, sobre todo, este resultado me aleja más del momento en que podré irme de aquí.

Adela se pone como una moto. No dice nada pero se nota que está a punto de estallar: las mejillas rojas y el pulso latiéndole con violencia. Apunta el peso en una gráfica y aprieta los labios con un gesto de malhumor, como si la responsabilidad de lo que está pasando fuese más de ella que mía. Olga me mira con ojos nublados. Me gustaría más que me dijese algo, aunque fuese solo para ponerme pingando, como me merezco. Pero nada, mudas, y Adela ni tan solo me mira cuando reclama la atención de Justa con un seco «la siguiente».

Me quedo en un rincón de la enfermería, mientras me visto y observo en algunas compañeras las mismas reacciones contrapuestas que yo he tenido. Unos gramos más o unos gramos menos son para nosotras una cosa buena y dolorosa al mismo tiempo. En cambio, para Olga y Adela, un aumento es una victoria, y una pérdida, un fracaso.

—Inés, sube —dice Olga, y anima con una sonrisa seductora a la chica, que de lejos y con los ojos abiertos de miedo mira el artefacto como si se tratase de un animal salvaje que le pudiese dar un bocado a la más mínima.

Y retengo el aliento. En un instante soy capaz de prever el follón que está a punto de organizarse. Mi fracaso va a ser una tontería insignificante comparado con la pérdida brutal que por fuerza debe haber experimentado su peso. ¡Tiene unas narices! No se ha arrugado ni un día en el propósito de no comer. Nadie sabe cómo se lo monta para hacer desaparecer la comida que esconde

entre las servilletas, los pañuelos, en los bolsillos. Pero lo cierto es que los alimentos desaparecen, y el escaso peso de Inés desaparece con ellos. La contemplo con un interés casi de entomólogo: le puedo contar las costillas a través de la camiseta fina que le tapa el tórax y con la que intenta combatir el frío que tiene y que ya no la abandona, sea cual sea la temperatura del lugar donde se encuentra. Y yo, que no puedo recordar si mi perímetro ha sufrido transformaciones desde el ingreso en el hospital, sí que puedo determinar, en cambio, que el suyo ha menguado de manera alucinante en los últimos días.

Inés sube a la báscula y todas la observamos con el corazón en un puño; a ninguna se le han escapado las martingalas de la modelo durante las comidas. Y entre todas la hemos ayudado para que las enfermeras no se diesen cuenta.

Adela desliza la pesa sobre el brazo de la báscula hasta que llega al punto de equilibrio.

El silencio en la enfermería es denso como una taza de chocolate espeso.

Adela lee el peso para sí misma y lo anota en la gráfica sin decir ni una palabra. Su rostro carece de expresión. Olga se acerca a la gráfica, mira la anotación con una cierta incredulidad y, finalmente, sonrío a Inés, que, como si le hubiesen quitado un peso de encima, se aleja, ligera. Quizá no ha engordado pero, al menos, no ha seguido adelgazando. ¡Ya es un paso!

Nadie se lo traga.

Parece mentira que Inés pese más que en la ceremonia anterior o que, al menos, continúe pesando lo mismo. ¡Si no jala! ¡Bestial, tú! ¿Cómo se lo montará?

Porque la verdad es que lo ha conseguido. Y lo sé no sólo por la reacción de Adela y Olga, sino porque cuando paso al lado de la gráfica, me paro y compruebo que la línea del peso de Inés se mantiene estable.

Adela me llama la atención con una frase seca que me restalla sobre la piel:

—Venga, afuera.

La miro pero ella no me hace caso. Y hace como que está muy ocupada con los frascos de pastillas alineados en un armarito que,

como todo en la enfermería, está cerrado con llave. Tampoco Olga quiere saber nada de mí. Al salir, paso rozando su brazo para obligarle a decirme algo o a mirarme. No consigo que ninguna de las dos me dedique ni un instante de atención.

Camino cabizbaja pensando en Juan y en el disgusto que se va a llevar cuando se entere. Soy un desastre, les estoy fallando a todos: a él y a mi familia. Pero ¿qué puedo hacer? Me pasa lo mismo que a Antonia: no quiero engordar. Sólo de pensar en los muslos aumentados y turgentes, en un culo redondo que me llene del todo el trasero de los tejanos o en unas tetas como botijos, se me llena la frente de un sudor frío. Me tengo que parar en medio del pasillo para descansar y recuperar el aliento.

—¿Te pasa algo?

Es Mónica, la bulímica.

«Me pasa que antes de acabar como tú, que pareces una diosa prehistórica de la fertilidad, prefiero morirme», estoy a punto de soltarle. Suerte que solo lo he pensado y no lo he dicho porque, además de ser una grosería como una catedral, es una estupidez terrorífica. «Marta —me digo—, ¿de verdad prefieres morirme a engordar unos cuantos kilos?»

—Te ayudamos —insiste Antonia que, como siempre, no se separa de Mónica.

Hacen una pareja la mar de estrafalaria, estas dos: una con michelines de grasa por todas partes; la otra, toda huesos. No quiero acabar como ninguna de las dos, pero no sé qué tengo que hacer para conseguirlo.

Las dos me siguen mirando, solícitas.

—Estoy bien, de verdad. No me pasa nada.

Se encogen de hombros y se alejan por el pasillo: la muerte y la fertilidad. Ya me encuentro mejor. Pero tendré que enfrentarme al cabreo de Juan. De momento, no quiero pensarlo.

A la hora de comer me vuelvo a sentar en la mesa desde la que se ve mejor el jardín, donde se sienta también Inés. Quiero saber qué más es capaz de hacer.

La chica azul entra con una fuente humeante en la mano izquierda mientras con la derecha aguanta el borde y con el culo le da un golpe a la puerta para cerrarla. Un olor espeso y dulce a

tomate cocido durante mucho rato, casi caramelizado, se extiende por el comedor y me sube por la nariz en un ataque inesperado que me transporta a la infancia. Recuerdo tan bien el placer que me producía comer macarrones, sobre todo si estaban cubiertos de queso demasiado gratinado, tostado, y crujían entre mis dientes. Se me hace la boca agua cuando lo recuerdo. ¿Qué hago: los como o no los como? Esto es como el suplicio de Tántalo, que dice la Vilagut que fue castigado por los dioses a padecer hambre y sed eternamente, por haber cometido faltas gravísimas; lo pusieron en un lago cuyas aguas le llegaban al cuello, y sobre la cabeza le colgaban ramas de árboles cargadas de fruta, pero cuando intentaba beber, las aguas eran absorbidas por la tierra, y cuando quería coger una fruta, el viento hacía inalcanzables las ramas. Así me siento yo. Finalmente me decido y, en cuanto la chica azul me sirve, me como unos cuantos. En cambio, Inés no. Según su costumbre, ha empezado a machacar la pasta con el tenedor.

—No hagas porquerías —le riñe Adela, mosca porque no entiende nada pero sospecha de todo—. Come sin ensuciar el plato.

Inés, muy tranquila, dice que sí, y se lleva el tenedor a la boca con un único macarrón en un equilibrio inestable. Y el macarrón no llega a la meta: a medio camino se suelta y cae al plato de nuevo.

—Inés, ¡pordiós!, ¿quieres comer como una adulta y no como una criatura de tres años?

Pero las fuerzas la abandonan antes de que tenga tiempo de contestar. De repente se ha puesto pálida, más de lo que es habitual en ella, se le han cerrado los ojos y empieza a inclinarse hacia Justa, que está a su lado.

—¿Qué te pasa, guapa? —protesta Justa cuando ya casi se le ha echado sobre la falda.

Y Adela corre ya hacia Inés, cuya silla se ha ido por tierra con gran estruendo arrastrando a la chica en la caída.

—¡Avisa a la médica de guardia! —le indica Adela a la chica azul y, aunque le tiembla la voz, no se le observa ningún otro signo de nerviosismo.

Olga y la chica azul salen a la vez del comedor.

Inés yace en tierra, desmadejada, con los ojos cerrados y la piel amarillenta recorrida por muchísimas venillas moradas. No la veo

respirar. ¿Lo hace?

—¿Está muerta? —me pregunta Justa con el horror en los ojos.

—¡Y yo qué sé! —me la quito de encima porque estoy tan asustada como ella.

Justa se pone a llorar bajito y Mónica la abraza con ternura.

Mientras, Adela le toma el pulso a Inés con una concentración absoluta, como si se hubiese olvidado de nuestra presencia. Por su expresión no podemos saber nada del estado de la chica.

Todas estamos en silencio, inmóviles, atemorizadas y expectantes. Querríamos saber qué pasa, pero no nos atrevemos a preguntarlo.

Olga entra de nuevo con una jeringuilla en la mano. Se acerca a Inés y se arrodilla junto a Adela, que ya la ha remangado. Olga le frota el brazo con un trozo de algodón, le clava la aguja y, muy lentamente, presiona el émbolo hasta inyectarle todo el líquido.

Pienso que Inés debe de estar viva porque a los muertos no se les ponen inyecciones. Otras internas deben pensar lo mismo que yo porque de repente parece como si nos hubiesen dado permiso para respirar, y un suspiro profundo planea por el comedor.

Olga y Adela contemplan con atención a Inés, que no manifiesta ningún cambio: continúa exhibiendo una palidez mortal y mantiene los ojos cerrados.

Entonces entra, seguida de un camillero, la médica de guardia, que se pone al lado de las dos enfermeras para examinar también a la enferma. Después de tomarle el pulso y la tensión, ordena que la suban a la camilla. El hombre lo hace mientras Adela le busca las venas en el dorso de la mano para clavarle una aguja a través de la cual irá entrando lentamente, pero sin descanso, el suero fisiológico que está colgado del brazo alto de la camilla.

Se la llevan.

Adela y Olga se quedan con nosotras en el comedor. Entonces Adela, como si de repente se diese cuenta de nuestra presencia, explica:

—Bien, chicas, no ha sido nada; sólo un desmayo —y añade con un tono ligero que pretende restar importancia al incidente—: Venga, continuad comiendo.

Todas la obedecemos, pero con pocos ánimos. Al principio ninguna dice nada. Unos minutos después, se alza un murmullo de voces tímidas.

Miro el plato de macarrones; ahora su olor me provoca náuseas. No me quito a Inés de la cabeza. Quizá por eso intento comer sin apetito. No puedo olvidar que he bajado de peso, y lo que le ha pasado a la modelo es un aviso. Me parece que todas debemos de estar pensando cosas parecidas.

El murmullo de voces ha crecido hasta convertirse en un guirigay. Todas hablamos de lo mismo: ¡Uf! ¡Qué impresión! Parecía muerta. ¿Se recuperará? No es haya pasado eso precisamente a ella; si no come...

Hoy Olga y Adela son indulgentes con las raciones: nos fuerzan menos que otros días, pero nosotras nos esforzamos más que de costumbre. Estamos muertas de miedo.

Al acabar la comida salgo del comedor, les digo adiós a Eva y a Justa, que quizá porque comparten habitación se han hecho inseparables, y me voy a la mía, creyendo que voy a poder leer un buen rato.

Pero no. Emilia y Rosario, las pelmas con las que comparto baño, tienen ganas de palique. No quiero ser maleducada — además, tampoco sé decir que no— y las invito a pasar. Antes de acabar de hacerlo, ya han ocupado el sofá.

Rosario y Emilia tienen la misma edad que yo, familias parecidas a la mía, una idea de la vida que casa bastante con la que yo tengo y están en el mismo curso que yo. O sea, como tres gotas de agua si no fuese porque, físicamente, somos como el día y la noche. Ellas son francamente esperpénticas, como títeres cadavéricos y desmadejados que se arrastrasen por los pasillos del hospital. Y eso que cuando se lo comenté a Juan, me contestó que mi aspecto es como el suyo, que solo cambia mi percepción. ¿Será posible?

Hablamos de chicos, el tema preferido de todas, después de la comida y el peso, claro.

—¿Y tú? ¿Sales con alguien? —me preguntan casi al mismo tiempo una vez me han contado sus experiencias amorosas.

—Ahora ya no, pero hace tiempo sí.

—¿Y pues? —dice Rosario.

—Venga, explícanoslo —me anima Emilia.

No me cuesta ningún esfuerzo recordar aquella noche húmeda y bañada de olor de madre selva.

Me había encontrado con Ricky delante del viejo almacén donde Alquitrán Caliente ensayaba sin tener que pagar el alquiler de un local gracias a que los padres de uno de los del grupo se lo prestaba.

Cuando abrimos la pesada puerta del almacén una intensa vaharada de tabaco frío me agredió la nariz. Al cabo de un rato, me adapté al pestazo y a la luz mortecina para no tropezar con los trastos que invadían el suelo de cemento, que debía de hacer una eternidad que no había visto una escoba.

—Estos son Alquitrán Caliente. A la guitarra, Paco.

Paco se acercó a cámara lenta; parecía hecho polvo.

—¿Qué pasa, colega? —me saludó dándome una fuerte palmada en la espalda; pretendía ser un gesto simpático.

Después, también como una imagen de ordenador de muchos píxels, de esas que tardan en formarse en la pantalla, volvió a sentarse. Al bajar la cabeza, el pelo largo color paja le cubría parcialmente el rostro, muy anguloso e inquietante.

—Esta es nuestra guitarra baja.

—Hola, Tina —me apretó la mano con fuerza—. ¿Vas a venir al concierto con nosotros?

—Sí.

Tina tenía el pelo largo, en greñas sucias que se le arracimaban a los lados de la cara, unos vaqueros con más agujeros que tela y una camiseta corta y muy ajustada.

Sonó uno de los platillos con un ruido metálico y vibrante.

—Y yo, a la batería. Nieves, Snows para el público que nos escucha y nos quiere tanto.

Y se levantó de un salto para hacer una ágil reverencia y cuando se giró para repetir la reverencia hacia un público enfervorizado y virtual que estaba detrás de ella, la temeraria falda de licra le dejó al descubierto las bragas. La cresta verde que le recorría la cabeza le tocaba, a cada reverencia de rodillas.

—Y al teclado, Fred.

Fred dejó de arrancar arpeggios al teclado y me vino a dar la mano con un estilo ceremonioso muy diferente del que gastaba el resto de la banda. También lo era su aspecto: pelo impecablemente peinado con raya, vaqueros negros, mocasines lustrosos; solo le habría faltado una corbata y una chaqueta con el escudo de algún colegio de éstos que cuestan una salvajada al mes.

—Y ella es Marta, una amiga —aclaró Ricky, mientras yo intentaba que de mi garganta atolondrada saliese alguna palabra como «hola», pero solo conseguí carraspear grgrgr, cosa que, por otra parte, no pareció que le produjese a nadie ni frío ni calor. Y se dirigió a Fred para preguntarle—: ¿A qué hora pasa tu madre a recogernos?

—Ya tendría que estar aquí. Pero si la conozco bien, ¡por Snoopy!, todavía estará en casa, convencida de que tiene tiempo de hacer tres o cuatro cosas antes de venir.

No había acabado de decirlo cuando el sonido de la bocina le quitó la razón.

—¡Salvados! —gritó Tina.

Y comenzaron a recoger los instrumentos, los amplificadores y los altavoces. Yo me sentía absurda porque no podía hacer nada.

—Hola a todos —saludó una mujer de unos cuarenta años que, a pesar de llevar vaqueros y camiseta deportiva, parecía salir de una página de revistas de modas—. ¿Estáis a punto?

—Pues claro —le contestó Fred, que sostenía el teclado entre los brazos tan amorosamente como si fuese un niño de pecho.

Fuera había aparcado un todoterreno tan espectacularmente limpio y reluciente que parecía de estreno. Era un vehículo grande, pero entre el equipo musical y todos nosotros se quedaba corto de espacio. Y eso fue una chiripa total, porque me pasé todo el trayecto pegada al cuerpo de Ricky, y su olor, imposible de confundir con ningún otro, me hacía disfrutar aún más.

Con el brazo rozaba el suyo; su pierna aprisionaba una de las mías, y este contacto me dejaba el cuerpo temblando como la luna en el agua, y no podía pensar en nada más que en nuestra piel acariciándose al ritmo de balanceo del coche. Me preguntaba si a él le pasaba lo mismo y creía que sí, porque no abrió la boca en todo

el rato a pesar de que los otros no paraban de charlar, excitados por el inminente concierto.

No tardábamos demasiado en llegar al escenario que en medio de la plaza había instalado en ayuntamiento con motivo de las fiestas del barrio. Las sillas de tijera, desplegadas y alineadas delante del escenario, estaban todavía vacías. A medida que Ricky y sus compañeros instalaban el equipo, un público numeroso y heterogéneo —no solo jóvenes, sino también gente mayor o muy mayor incluso y niños— iba ocupando las sillas.

—Fue un concierto sideral —les explico—. Tocaron muy bien, especialmente Ricky, que como guitarra solista y cantante era el que tenía el papel más destacado.

Pero la verdad es que no estoy segura de lo que pasó aquella noche durante el concierto. No podía ni escuchar; solo estaba pendiente de no perder la sensación que Ricky me había dejado en la piel.

Al acabar el concierto, volvimos con el todoterreno de la madre de Fred para dejar los instrumentos en el almacén. Después Ricky y yo nos fuimos andando a casa porque a aquella hora no funcionaban los autobuses.

Íbamos uno al lado del otro y, de nuevo, las pieles mantenían un diálogo muy intenso, pero Ricky y yo hacíamos como si no fuese con nosotros. No decíamos nada.

De pronto noté que me cogía la mano. Y mi cuerpo se encendió.

—Me gustas mucho —dijo.

Casi me dio un infarto.

Pensé que tenía que decir «y tú a mí», porque eso era lo que sentía. Pero la boca seca y la lengua de trapo se negaban a obedecer las órdenes de mi cerebro. Entonces me apretó la mano con fuerza y me miró. Le sonreí. Y me sonrió.

—¿Quieres que salgamos juntos a partir de ahora?

¿Salir juntos? Ostras, y tanto. ¿Cómo es que me había elegido a mí si debía tener a las chicas como moscas?

—Sí —conseguí articular.

Y me pasó la mano por la espalda, y estábamos tan cerca uno del otro que volvía a notar su olor. Tenía la cabeza en una nube. Y

mi mano dentro de la suya.

Entonces llegamos a la portería de mi casa, donde nos dimos el primer beso, dulce y azul como el pitufo que me regaló unos minutos después.

No fue hasta unos meses después cuando nos enfadamos y dejamos de salir juntos.

Pero esta parte de la historia no se la explico porque ya no tengo tiempo. Olga ha entrado a la habitación:

—Chicas, es la hora del taller.

Mientras nos levantamos para ir a la sala donde se desarrolla la sesión, la atropellamos con preguntas sobre el estado de Inés.

—Está en la UVI —contesta; al parecer no puede o no quiere decir nada más.

—Pero explícanos como está.

—¿Muy grave?

—¿Se va a morir?

—Ya basta, niñas. ¿Quién ha hablado de morirse? Está en la UVI porque su estado es delicado y hay que vigilarla de cerca. Nada más.

¡Nos tenemos que aguantar! No piensa darnos ninguna explicación.

Hoy toca taller de fotografía. Descubrí ya en la primera sesión que hacer fotografías puede ser todo un arte, como hacer tapices o pintar. Me declaro dispuesta a aprenderlo. ¡Al menos que me sirva para eso el paso por el hospital! Pero me gustaría que la clase pasase más de prisa, quiero ir a la UVI para averiguar algo de Inés.

Tan pronto como acaba la sesión y aprovechando que no tengo que ir a ver a Juan, me escabullo por el pasillo; no quiero tener que dar explicaciones. Nadie me hace caso, así que puedo llegar sin ser interrogada hasta los ascensores, a cuyo lado hay un panel informativo de los servicios del hospital. La UVI está en la quinta planta.

¡Allá voy! Paso la puerta con la señal de prohibido el paso, dejo la sala de espera, y a pesar de que intento caminar con aplomo, como si mi presencia allí fuese la cosa más natural del mundo, no consigo salir indemne de la zona de enfermeras.

—¿Adónde vas? —me pregunta una Adela salida de detrás del mostrador.

—A visitar a una amiga.

—Aquí solo se admiten las visitas autorizadas. ¿Quién eres tú? ¿Cómo se llama tu amiga?

Decido que es más práctico contarle la verdad.

Reacciona con simpatía:

—Yo también he sido anoréxica —me confiesa.

«Dios mío, esto es una epidemia», me digo.

Me explica entonces que el estado de Inés es grave, pero no para morir.

—Aunque si continúa haciendo el tonto, quizá no lo cuente —me explica con un gesto de preocupación. Y añade—: ¿Te gustaría hablar un momento con ella?

Me sorprende:

—¿Puede hablar?

—Sí, sí puede. Y seguro que le gustará verte. Ven, acompáñame.

Me lleva hasta la sala de espera, que parece una estación de autobuses de línea en el culo del mundo. Un lugar con ventanales demasiado altos para poder ver el exterior, unas luces colgadas muy altas que se esfuerzan por iluminar la atmosfera tenebrosa y no son capaces de hacerlo. Un único cuadro en la pared: una enfermera rubia que recomienda silencio con los dedos en los labios. Un lugar que no invita a la espera, sino a la huida.

Me deja delante de una especie de cuatro, de plástico duro y de color blanco dudoso, que quiere ser una butaca.

—Espera aquí hasta que te avise. Dentro de cinco minutos levantaremos las persianas de las habitaciones y, entonces, podrás hablar con ella a través de un altavoz que da al pasillo.

No he acabado de entender lo que quería decir, pero ha desaparecido tan de prisa que no se lo he podido preguntar.

Me siento en la butaca, y al hacerlo, la señora que ocupa el último asiento de la fila pega un saltito: las hileras de la butaca están unidas por la misma barra que las sujeta y las hace solidarias; nadie puede sentarse o levantarse sin molestar a los vecinos.

Le pido disculpas con los ojos pero ella no se da ni cuenta. Se ocupa solo de secarse las lágrimas con un pañuelo que, de vez en cuando, estruja entre las manos. Un hombre, de pies junto a la puerta, la mira y le dice con amabilidad:

—Deja de llorar, mujer.

La señora solloza con más intensidad, y a mí me gustaría esfumarme porque veo que aquello forma parte de una escena muy íntima.

Pero la señora sigue sin prestarme atención. Estamos solos, ellos y yo, como si nos hubiésemos perdido en esta inmensa estancia. Ella lleva un traje de chaqueta de mala calidad, lo delatan sobre todo los botones, demasiado grandes y demasiado dorados. Las medias le van demasiado holgadas y se le arrugan en la pantorrilla. De vez en cuando las estira, «clap-clap», en un intento de adaptarlas a la piel, pero ellas, rebeldes, no tardan en resbalar otra vez. Cuando no se suena ni hace «clap-clap» en las medias, se meto dos dedos entre el pelo y la coronilla y se carda la permanente, muy tiesa y demasiado negra. El hombre lleva una chaqueta muy arrugada por detrás y unos pantalones con bolsas marcadas en las rodillas. Se conoce que no tiene cuidado cuando se sienta. O quizás hace mucho tiempo que no se los quita de encima, y la ropa canta. Es bastante calvo, pero lo disimula —a duras penas— con unas cuantas greñas que nacen en el lado izquierdo, cruzan la coronilla y mueren en el lado derecho, bien entrelazadas. Pienso que los hombres jóvenes disimulan la calvicie que comienza a torturarlos cortándose el pelo bien corto. El matrimonio —si es que lo son— debe de tener unos sesenta años.

—¿Qué es lo que hemos hecho mal, Señor? —se pregunta ella sin esperar respuesta.

Pero la obtiene de todas formas.

—Nada, mujer, nada. La culpa no es nuestra —replica el hombre con una cierta impaciencia en la voz.

Yo procuro fundirme con el plástico de la silla. ¿Qué les pasará? Se refieren a algún familiar ingresado, pero ¿qué le habrá pasado? ¿Será algo grave?

—Si sale de ésta, no la dejaré ni a sol ni a sombra —susurra la mujer, con una pasión inesperada.

—Pues yo, si sale de ésta, le voy a dar un par de tortitas, ya hace tiempo que debería haberlo hecho —responde el otro.

Deben ser un padre y una madre, evidentemente, preocupados por la criatura. Como lo están los míos porque —supongo que Juan tiene razón— mis padres se preocupan por mí. Cada uno a su manera... Los echo de menos.

La enfermera de antes interrumpe la escena:

—Es la hora de la visita. Ya pueden pasar.

Y me guiña un ojo.

Sigo al grupo por el pasillo. Dejamos atrás a la enfermera y entonces entiendo las explicaciones de antes: a cada lado del corredor se abren no puertas, sino ventanas, y a través de los cristales se puede ver a los enfermos, en estado crítico, conectados a máquinas que les controlan las constantes vitales.

Llegamos a la ventana en la que está Inés y nos paramos allí los tres. ¡Son los padres de Inés! No me lo puedo creer. Qué distintos de ella...

Se espabila un poco al vernos y nos saluda con la mano derecha con un gesto poco enérgico. La izquierda aún la tiene conectada al suero. De la nariz y la boca le salen sondas, como largas serpientes transparentes.

La enfermera nos señala un altavoz. Primero se acerca la madre:

—Nena, ¿cómo estás ratita?

La ratita hace un gesto ambiguo y la madre se pone a sollozar. El padre la retira con suavidad para poder saludar a la hija, pero cuando está delante del altavoz sólo puede decir:

—Inés, cómo te has puesto, hija...

La mujer llora con más intensidad. Inés no se mueve. Entonces el padre se da cuenta de mi presencia:

—¿Eres amiga de nuestra hija?

Sí, le digo. Y me cede el sitio. Me acerco para poder hablarle.

—¿Qué tal estás? —me siento idiota por hacer preguntas tan acertadas.

—No muy bien —me dice con una voz muy apagada, enredándose con la serpiente.

Ahora que está delante de mí, no sé qué decirle.

—¿Cuándo podrás salir?

Se encoge de hombros.

El tiempo se nos escapa, a ellos y a mí, de entre todos los dedos y continuo muda, a pesar de que me gustaría decirle que tiene que hacer un esfuerzo, que tiene que comer. Le querría decir que no quiero verla muerta. Pero muerta-muerta, no como los muertos de los dibujos animados de los gemelos.

—La visita ha terminado —me avisa la enfermera.

—Adiós, Inés, te queremos.

—Adiós, Inés, cuídate.

—Adiós, Inés, procuraré volver.

Inés mueve lentamente la mano, como si nos quisiera decir adiós y las fuerzas no la acompañasen.

Los padres de han empezado a retirarse; él la coge a ella por la espalda. Van pensativos, abrumados, y se alejan sin decirme nada. Todavía estoy sorprendida por la diferencia que hay entre ellos y su hija. Ellos son tan sencillos, tan poco aparentes, casi ordinarios. Ella tan puesta, tan sofisticada. Como si no proviniesen del mismo mundo.

Me despido de la enfermera y vuelvo a mi planta, donde quizás han notado mi ausencia, a pesar de que no he faltado más de quince minutos. Camino de prisa y siento tentaciones de llamar a mamá. Este lugar es horrible... Unas estamos enfermas; las otras, casi muertas. Me gustaría marcharme y olvidar que existe. Sé, sin embargo, que no me serviría de nada porque no estoy curada y, por tanto, no tengo otro remedio que resistir.

Al llegar a la planta encuentro a las compañeras revolucionadas.

—Parece ser que tienes compañía en la habitación —me explica Mónica.

—Han ingresado a una nueva —añade Eva—: Debe ser otra anoréxica.

—No —aclara Antonia, que parece bien informada—, he oído que es bulímica.

Pero no tengo tiempo de ir a conocerla porque Dolores (esta es de las que están decididas a ponerse bien y ya ha engordado unos cuantos kilos), con la que hasta ahora no había hablado, me avisa:

—Olga te está buscando. Tienes visita. Te esperan en la tercera salita.

Mamá está sentada en el sofá. Cuando me ve se levanta, me viene a abrazar y me llena de besos.

—¿Cómo van las cosas?

No me apetece decírselo y cambio de tema:

—¿Cómo es que vienes tan a menudo? ¿Y tu trabajo?

—Hija, tú eres más importante que el trabajo —y, como no tiene un pelo de tonta, añade, recuperando el tema que yo he esquivado —: Así que todavía no vamos nada bien, ¿no?

—Si ya como, ya... —con tan poca convicción que no se lo traga.

Los ojos se le nublan a la vez de tristeza e indignación.

Durante unos momentos ninguna de los dos decimos nada. Nos hemos quedado estáticas, como en una fotografía. Y después, hablamos las dos a la vez:

—Quiero ver los gemelos.

—Los gemelos quieren verte.

Los gemelos me echan de menos, tanto como yo a ellos. Y acordamos que les va a decir la verdad, o al menos una verdad a medias, para que puedan venir a visitarme al hospital.

—Elizabeth te manda muchos recuerdos.

—Pues que se los quede. No me interesa nada suyo.

—¿Y eso? —me pregunta muy extrañada.

Le contesto que porque ella es una traidora que, entre otras cosas (no le explico lo de Ricky), la puso sobre aviso acerca de mi enfermedad.

—¿Elizabeth? ¿Pero qué dices? Si nunca hemos hablado de eso.

—¿Ah, no? Pues algunas veces os pesqué cuchicheando y, cuando yo me acercaba, os callabais.

Mi madre me explica que en resumidas cuentas todo ha sido un malentendido. Que Bes la había adoptado como confidente porque tenía un problema y necesitaba hablarlo con alguien.

—¿Y cuál era ese problema?

—Criatura, las confidencias de otra persona no se deben desvelar nunca.

Capítulo 5

CASETE II. Cara A. Sesión Individual.

Terapeuta: Juan M. Paciente: Marta P.

T. —¿Qué? ¿No tienes nada que decir?

...

T. —Pues yo, sí. Estoy enfadado. Lo has notado, ¿no?

...

T. —Marta...

P. —¡Claro que me doy cuenta!

T. —Y, dime, ¿qué piensas hacer? ¿Seguir haciendo trampas? ¿Seguir bajando de peso? Todo por la obsesión de mantenerte en la talla 36, que es una talla más de niñas que de chicas...

La 36, sí la 36. Alcanzarla había constituido su victoria privada, sobre todo después de aquella tarde «de tiendas» con Bes.

Bes quería ir de *shopping*. No estaba demasiado entusiasmada con la ropa que se había estado poniendo hasta aquel momento. Quizás estaba un pelín desfasada, ¿no?

«¿Desfasada? —pensó Marta—, esperpéntica, guapa, si tienes un gusto horrible; siempre pareces una caja de bombones. Sólo te falta un sombrero para que te puedan confundir con la reina de Inglaterra.»

Desde el primer día en que colgó sus cosas en el armario de Marta, se vio claro cuál era el territorio que ocupaba cada una: a la izquierda, rosas pálido y azules celeste, lazos y puntos de abeja, y a la derecha, negros y rojos, licra y algodón grueso. Con frecuencia, la inglesa miraba la ropa de la otra y, de tanto hacerlo, le habían ido cambiando los gustos.

—Va, venga, ¿por qué no vais juntas, Marta? —sugirió la madre (tratándose de ella, una sugerencia era una orden). Y para convencerla del todo, ya que estaba segura de que su hija, para variar, preferiría quedarse repantigada en el sofá leyendo, le recordó —: Hace tiempo que me das la tabarra porque necesitas unos vaqueros nuevos. Pues cómpratelos hoy.

Argumento definitivo. Le dijo a Bes, que todavía le caía bien, porque aún no le había hecho ninguna de las malas jugadas que le haría más adelante:

—Venga, te acompaño.

—Nosotros también —saltaron rápidamente los gemelos.

—Ni hablar, niños, vosotros os quedáis —dijo Marta antes de que su madre pudiera endilgárselos.

Salir de compras con ellos era una experiencia que ya conocía de otras ocasiones y no tenía ganas de repetir: a la media hora de haber comenzado daban ya las primeras señales de cansancio; la siguiente media hora era una batalla campal entre los gemelos, hartos de la lentitud de la hermana para elegir, y Marta, harta de sus quejas. Ganaban los gemelos por agotamiento de la parte contraria, que los llevaba a beber un refresco y se maldecía por haberlos sacado de casa.

Los gemelos se pusieron de morros.

—¡Manipulora! —le dijeron con cara de pocos amigos.

Marta no les corrigió. ¡Que los zurcieran si tenían un mal día!

—¿No preferís que vayamos al cine? —puso paz el padre-merengue.

Rosa hizo una señal de aquiescencia, mientras con la mano derecha le rascaba la cabeza a *Atila* y con la izquierda a *Candy*.

Los gemelos aullaron de alegría y, cuando se marcharon las dos chicas, las despidieron sacándoles la lengua.

La tarde de compras empezó de la manera más festiva. Entraron en unas cuantas tiendas y lo revolvieron todo sin acabar de decidirse. Eran como dos abejas de flor en flor, zzzzzzzz, libando el néctar: «Eh, ¿te has fijado qué camisetas de licra tan guapas? ¿Y estos botines? Auténticos, ¿no? ¡Ostras! ¿Y este top tipo ropa interior de Madonna en plena actuación? ¡Uf!, un pelo exagerado, ¿no? A mis padres les daría un ataque... ¿Y no molan estas mallas acampanadas? Cantidad...».

Todo muy divertido, hasta que cada una optó por lo que más le había atraído, a pesar de que no era fácil decidirse entre tantas cosas que les encantaban. Y Primer Disgusto. La displicente vendedora que las tenía que guiar al probador revisó las etiquetas

del montón de piezas de ropa que Bes llevaba en brazos y, mirándole el cuerpo de arriba abajo, le confirmó:

—Sí, sí. Ésta es tu talla, una 36.

Después cogió lo que había elegido Marta, miró la etiqueta, le miró el cuerpo con pose crítica y le soltó:

—No. Nada de esto te entra. Tú necesitas por lo menos una talla 42 y nosotros no tenemos tallas tan grandes.

¿Tallas tan grandes? ¿Tallas Tan Grandes? Y Marta veía cómo la camiseta naranja, que casi olía a primavera, se quedaba desmadejada sobre el mostrador. Y tras la camiseta, unos pantalones de cuadritos y unas mallas. Y todo, vaya, todo.

—¡Ah! Esto sí que puede que lo tengamos en tu talla.

Y la vendedora de uñas azules, cuerpo de maniquí y desprecio metálico se perdió entre los estantes para volver con unos vaqueros de la talla 42.

Bes, satisfecha con el botín, hablaba por los codos (el *shopping* la excitaba) y no tenía idea del estado catastrófico de Marta, que se sentía como si la hubiesen examinado y la hubiesen suspendido, cuando, en realidad, ella creía que tenía la materia muy bien preparada. Vaya, que nunca había considerado que una talla 42 fuese un deshonor. Pero la asquerosa metálica le había hecho notar que sí.

Segundo Disgusto: dentro del probador.

Encajonada entre tres paredes de espejo y una cortina que apenas las salvaba de las miradas indiscretas, Bes se iba poniendo y quitando ropa, en pleno delirio. Marta la miraba desde una esquina de aquel minúsculo cubil. Pues sí que era esmirriada. Metida para dentro, que decían los gemelos. No le parecía gran cosa su cuerpo desnudo..., pero, claro, la ropa le quedaba bien. ¿Bien? Bueno, por lo menos le quedaba como a los cuerpos-yogur de las revistas.

Bes, con un top que le dejaba el ombligo al aire y una faldita insultantemente corta y ceñida, la miró con cara de no entenderla:

—¿No te pones tú los *jeans*?

Con calma, alargando los movimientos para retrasar el momento, se los fue a probar. Dificultades para pasarlos por las caderas: tan rígidos, tan acartonados, demasiado nuevos. Más dificultades para abrocharse el botón, y eso que casi no respiraba. Y

las últimas dificultades para subirse la cremallera, que se empeñaba en atascarse en el primer tramo pero que, una vez metida la barriga, se deslizó suavemente hasta arriba.

Estaba agotada por los esfuerzos, con las yemas de los dedos adoloridas, pero con la moral alta porque había salvado su honor. Se miró al espejo. No estaba mal.

Bes también la miraba.

—¿Quieres tú pedir por una talla más?

—¡No!

No. Sólo de pensar en la metálica con su ceja levantada, que señalaba acusadoramente las rebanadas de pan con tomate y los espaguetis y los roscones con cabello de ángel y piñones de los domingos, se le ponían los pelos de punta.

Puede que le fuera bien perder algún kilito, le dijo Bes. Se lo dijo con cordialidad, con ganas de ser útil; eso lo notó Marta.

Empezó a pensar que Bes y la metálica tenían razón.

Marta sintió que se le arrugaba un poco el corazón. Hasta aquel momento no había pensado nunca que estuviese gorda. Quizás un pelín llenita, pero ¿y qué? Se contempló la imagen en el espejo del probador y vio a una chica de 17 años, de labios gruesos, ojos vivos y oscuros, casi negros, tan diferentes de los de los gemelos, pero también bonitos, con una mata de pelo brillante y moreno, con unos pechos redondos y bien puestos, como dos manzanas (aunque con cierta tendencia al aumento de talla). Y se dio cuenta de que hasta entonces lo único que realmente le había molestado era la maldita piel que se empeñaba en dejarle rastros de granos en su nariz y la barbilla cuando menos le convenía (que era siempre).

Se colocó de espaldas al espejo y torció la cabeza para mirarse por detrás. ¡Uf! ¿Tendría que añadir a la lista de «cosas-que-no-me-me-gustan-además-de-los-granos» un culo embutido en unos vaqueros que entonces le empezaron a parecer más ajustados de lo que habría considerado unas horas antes? Se puso de perfil y continuó dedicándose una atención crítica. ¿Le sobresalía la barriga más que de costumbre? ¿Estaba hinchada porque le iba a venir la regla o era éste el perímetro normal de su vientre? ¿Y aquellos muslos rotundos y las manos regordetas? Se miraba con una

mirada nueva, pero, ¿era la suya o era de la metálica y la de Bes, que quería ayudar?

Pensó en que era una pena acabar con aquel mal gusto de boca, como si hubiese masticado una almendra amarga, una tarde que había empezado con tan buenos augurios. Sobre todo porque ella había previsto un final mucho más feliz. Por ejemplo, meterse una pizza y una coca-cola en un *fast-food* que había cerca de aquella tienda.

Estaba en la caja para que Bes pagase el montón de ropa que había comprado.

—¿Y tú no te quedas con los pantalones?

—No —contestó Marta eligiendo de entre todos los tonos posibles el más neutro para disimular la frustración que le roía el estómago—. No me gustan.

Y entonces se acordó de la Vilagut y la fábula de Esopo: la zorra encontró un pámpano del que colgaba un racimo de uvas. Y haciéndosele la boca agua, el animal saltó para llegar hasta la fruta, que colgaba de una rama demasiado alta. Agotada por los intentos fallidos, la zorra se alejó diciendo: «¡Total, estaban verdes!»

¡Los vaqueros también estaban verdes! (o su culo demasiado maduro, visto desde una óptica nueva y no confesable).

Y, claro, aunque se había estado relamiendo toda la tarde pensando en la pizza, creyó más oportuno ni siquiera mencionarlo; de forma que cuando Bes le propuso tomarse un té, Marta no se opuso. Y después, sentadas en la cafetería, lo endulzó con cuatro cucharadas de azúcar para tener el valor de echarse al colete aquel brebaje de un gusto sin parecido alguno con las coca-colas.

T. —Hace ya unos días que estás en el hospital y en lugar de ganar has perdido peso. Es una buena muestra de irresponsabilidad por tu parte.

...

T. —Marta, ¿no tienes nada que decir?

P. —Que lo siento.

T. —Pero sintiéndolo no solucionas el problema. ¿Sabes que sólo pesas 39 kilos?

P. —Sí. Lo vi cuando Adela me pesó.

T. —¿Y qué crees que les podemos decir a tus padres?

...

T. —¿Sabes cómo están con todo esto?

P. —Hechos polvo, supongo...

T. —Sí, la verdad. A partir de ahora van a venir a la terapia de padres del hospital. Ya se lo he dicho y están de acuerdo. Necesitan lo mismo que tú: conocer las experiencias de otras familias que pasan por la misma situación. Porque a veces se sienten como tú: en un callejón sin salida.

¡Pobres! Ahora que el Conflicto A se había resuelto con éxito y que el humor de todos podría ser excelente, Marta había fastidiado la historia con aquella maldita enfermedad.

En realidad, antes de resolverse el Conflicto A, sólo por el hecho de que el padre estaba motivado y la madre ya no se sentía como la burra de carga gracias a la colaboración de Bes, el ambiente que se respiraba era ligero, como si de repente alguien hubiese descorrido las cortinas y el sol hubiese desplazado una neblina legañosa y persistente para inundarlo todo de un suave calorcillo.

Ella se había aprovechado de las circunstancias: ahora sí era el momento de pedir favores.

Era un domingo por la tarde. Bes había salido. El padre había conseguido echar a los gemelos de delante de la pantalla del ordenador, que habían instalado en una mesita de un rincón de la sala.

—Lo he comprado para practicar lo que aprendo en el curso, niños, no para que vosotros juguéis con él.

—No jugamos. Nos preparamos para el futuro.

—¿O no te han explicado que de aquí a nada el que no sepa navegar por Internet no tiene nada que hacer?

—¿Y a vosotros quién os lo ha dicho?

—Leonera.

—Y León Heras, ¿qué sabe de esto?

—Pues mucho, porque su padre trabaja en una librería y dice que mucha gente les compra los libros por Internet.

—Sí, y María tiene una hermana en Estados Unidos y se comunica con sus padres con el ordenata.

—Bueno, me da igual. Id a jugar con el Lego y no me deis más la lata.

Los internautas frustrados abandonaron a su padre, que de cara a la pared maltrataba el teclado del ordenador como si fuese Olivetti del Jurásico, para acercarse a su hermana.

—Qué poco moderno es papá, ¿eh?

Antes de que Marta pudiese contestar que aquello no era ninguna novedad y que bastante había hecho comprando un ordenador, que le dejasen ir entrando en aquel terreno poco a poco, a su ritmo, sonó el teléfono. Se levantó como si le hubiese picado una avispa, porque se imaginaba quién era; le había dicho que la llamaría.

Pero no llegó a tiempo; la madre la había interceptado.

—Es para ti, Marta. Un tal Ricky.

Los gemelos corrieron en paralelo a la hermana con la intención de descubrir quién era «el tal Ricky», una novedad que, a juzgar por la cara de mema que ponía Marta mientras hablaba con él, prometía dar juego.

Marta, con los ojos en blanco, (¡qué voz tenía el muchacho!) y la piel de gallina (¿qué si quería ir al cine con él?, pues claro que quería, no se lo habría perdido ¡ni aunque hubiese estado en su casa Leonardo Di Caprio en persona!), y las neuronas a mil por hora (¿sospecharían algo sus padres?)

Los gemelos hacían el payaso, imitando los gestos y la voz de su hermana: se retorcían y sonreían estúpidamente y hacían ruiditos guturales de complacencia y susurraban: «Sí, sí, Ricky».

—¿Sois idiotas o qué?

—O qué. Somos o qué —los gemelos empezaron una danza enloquecida alrededor de la princesa-pies-de-viento.

—¿Quién era?

—Un amigo, pesados. Dejadme en paz.

—¿Un amigo-amigo o un amigo-novio?

La madre tenía también las antenas puestas.

—Un amigo que me invitaba a ir al cine.

La danza enloquecida continuaba en torno a la princesa, que avanzaba con dificultad tropezando con piernas y brazos de los gemelos.

El padre no se enteró de nada porque estaba hipnotizado con la pantalla del ordenador, poniendo esa cara de lelo que pone todo el mundo cuando la mira con la vista dirigida al infinito.

La madre, si sospechaba algo, no lo dijo, porque estaba encantada de que su hija, a la que normalmente le costaba hacer amigos y era muy reacia a salir, se apuntase a ir al cine con un amigo nuevo.

Después de sacar las entradas, Ricky la arrastró suavemente hasta las últimas filas de la sala. Y, cuando estaban ya sentados, Marta se dio cuenta de que había pasado delante del mostrador de las palomitas, chocolatinas y caramelos blandos sin dedicarles ni un solo pensamiento. Cosa extraña porque hasta entonces no había entrado nunca en una sala de proyecciones sin un tubo de color rojo lleno de chocolatinas redondas como monedas. Apenas salía en la pantalla el nombre de la productora y los primeros acordes musicales tronaban sobre el público, ya había abierto ella un extremo del cilindro de cartulina, lo había vuelto hacia abajo y lo había sacudido para sacar la primera luna, la había desenvuelto, había convertido el papel de plata que la cubría en una bolita bien apretada y había depositado en la lengua la chocolatina. Apretaba la lengua contra el paladar, y el chocolate. Con el calor y la humedad, se fundía hasta convertirse en una pasta cada vez más blanda. Cuanto más se ablandaba, más intenso era el sabor dulce que le inundaba la boca y le bajaba por la garganta. Continuaba pelando lunas y paladeando lunas hasta que, al girar el tubo rojo, no caía ninguna más, y se sentía desencantada (¿ya las he comido todas? No puede ser...), pero también incomoda (todas eran mucho). Ya no tenía solución. Una película sin chocolatinas, hasta ahora, no habría sido una película.

Salió en la pantalla el nombre de la productora, tronaron los primeros acordes sobre el público y ellos dos, atentos. Se proyectaron las primeras escenas y ellos dos, menos atentos. Justo cuando se proyectaba el nudo de la historia, ellos dos se habían concentrado de nuevo y al mismo tiempo, pero no en la película sino en el juego de sus manos que, primero tímidamente, se habían buscado; después, entrelazado, para acabar en un manoseo frenético que prometía levantarles la piel. Y ya no había manera de

saber en qué momento de la película se había encontrado Marta en la boca una luna mucho mejor que las-de-antes-de-Ricky. Y había chupado con avidez. Y le había dado a Ricky su luna, también.

Salieron del cine ebrios de tanto chocolate. «Se me debe notar», pensó Marta, que sentía que le hervían las mejillas, los ojos le hacían chiribitas y el corazón no paraba de darle brincos.

Después, la familia no se dio cuenta del acaloramiento porque los efectos del empacho se habían ido diluyendo a medida en que el aire de la calle les refrescaba el cuerpo y porque no pudieron volver a probar el chocolate: en la puerta de casa (¡qué mala suerte! Marta esperaba todavía algún otro beso azul) coincidieron con los gemelos y Bes:

—¿Eres Ricky? —descarados como siempre los gemelos.

Bes, educadamente, situada en un segundo plano.

—Sí. Y vosotros Roberto y Alberto, ¿no?

Los gemelos se reían bajo la nariz en un inesperado ataque de timidez, que le dio a Marta ventaja para lanzarles una mirada de prevención: si soltáis una burrada de las vuestras, sois indios desterrados.

Los gemelos tomaron nota.

Marta hizo las presentaciones de Bes y Ricky, le dijo adiós (¡lástima de beso azul!) y subió a casa con la *au pair* y los hermanos.

Aquella noche aprovechó el clima de paz para pedir el favor. Los gemelos estaban en la cama; Bes se había ido a la habitación después de haberle dejado una sensación semejante al orgullo: «¿Era tu *boyfriend*? ¡Qué guapo!»; el padre continuaba fascinado con el ratón y la pantalla, y la madre, sentada a la mesa del comedor, ordenaba papeles de trabajo que necesitaba para el día siguiente.

—Mamá, ¿tú crees que estoy gorda?

La madre la miró.

—¿Gorda? No, no me lo parece.

—Pero fíjate, uso una 42 y, en cambio, Bes, una 36.

—¿Y qué? Eso de las tallas no quiere decir nada. Cada uno tiene la constitución que tiene: Bes debe de tener unos huesos

pequeños y además, es verdad, no lo puedo negar, es más delgada. Pero eso no quiere decir que estés gorda.

—Pero una 42 es mucho, ¿no?

La madre se pasó las manos por encima de los ojos como si estuviese cansada o como si le hiciesen daño.

—Mira Marta, hace años una 42 o incluso una 44 eran habituales. Las actrices consideradas como las de cuerpo más perfecto pesaban unos 10 ó 15 kilos más que estas modelos de aspecto enfermizo que están ahora de moda. De manera que encuentro que una 42 para una chica como tú no es demasiado.

—Pero unos kilitos menos... Tres o cuatro, por ejemplo.

—Quizá sólo tendrías que suprimir el chocolate o tomarte un bocadillo en el desayuno en vez de tantos donuts...

—¿Y no me podrías llevar a algún sitio para que me pongan a régimen?

—No estamos para gastar en cosas superfluas, Marta.

Marta suspiró. No estaba todo perdido porque todavía no había pronunciado el «y se acabó»

—Los padres de Marga tienen un centro de estética y hacen regímenes para adelgazar. Tú los ayudaste a organizarlo cuando querían abrirlo. ¿Te acuerdas?

La madre dijo que sí y se frotó las sienes. Si le entraba dolor de cabeza, Marta había perdido la partida; se lanzó.

—Quizás podrían hacernos un precio especial.

—No me gusta pedir favores...

—Porfa, mamá, por favor...

—Ya lo pensaré —contestó Rosa, que empezaba a pensar que quizás era mejor que su hija hiciera una dieta controlada por alguien a dejarla hacer locuras por su cuenta—. Ahora vete a dormir.

T. —¿Eres consciente o no de que si continúas bajando de peso tu vida corre peligro?

P. —Ssssí.

T. —Además, quiero que sepas el efecto que la pérdida de peso provoca en tu cerebro. ¿Lo sabes?

P. —No.

T. —Por culpa de lo mal que te alimentas, estás perdiendo rendimiento intelectual. Tú sabrás, pues, si quieres ser cada día un

poco más burra.

No. No quería ser burra.

Se acordó de una conversación con Ricky una tarde que paseaban a orillas del mar.

—Ricky, ¿crees que estoy gorda? —Entonces no había comenzado todavía a hacer régimen.

Ricky la miró sorprendido.

—Mujer, gorda, gorda...

—Pero cuando te fijaste en mí, ¿no te diste cuenta de que, digamos, me sobraban algunos kilos?

—No me pareciste Winona Ryder, pero...

Marta se quedó quieta, helada. Él se dio cuenta.

—Me fijé en tus ojos, que brillaban como si estuviesen encendidos.

Marta sonrió; había empezado a deshelarse.

—Y me fijé en que tenías un pelo precioso. Y, después, me gustó cómo hablabas y lo que decías...

Ricky se calló un instante y, después, la miró a los ojos con una seriedad nueva para decirle:

—En realidad, me gusta lo que tienes en el coco.

Marta se derritió por completo y se quedó meditando aquellas palabras, mientras él le pasaba el brazo por la cintura. Y arrastrando los pies por la arena que, muy fina, se les metía en los zapatos, se acercaron donde morían las olas. El sol había bajado hasta acostarse mansamente sobre la línea del horizonte y teñía el cielo de mandarina, mientras sus últimos rayos jugaban con el agua y le arrancaba efímeros reflejos. El olor del mar les impregnaba el olfato.

Marta se pasó la lengua por los labios para arrastrar la sal.

Entonces se quitaron zapatos y calcetines, se remangaron los pantalones y empezaron a caminar descalzos, dejando que la arena húmeda se les pegase a los pies. Los dedos, ennegrecidos, de vez en cuando relucían cuando el sol daba en un fragmento de mica. Las olas se acercaban sin fuerza y los lamían para retirarse de prisa. Y ellos, a pesar del frío de aquel atardecer de marzo, chapoteaban como niños.

Después, cuando se cansaron de jugar con el agua y siempre agarrados por la cintura, se sentaron al lado de una barcaza que

descansaba boca abajo en la playa. Recostaron la espalda en el lomo de la embarcación y acercaron sus cabezas hasta tocarse. Se miraban tan de cerca que Marta veía la cara de él como si sólo tuviese un ojo, en el cual brillaba una mirada nueva.

Ricky sin dejar esa mirada acabada de estrenar, se sacó la mano izquierda (la derecha continuaba enroscada en la cintura de Marta) del bolsillo de la cazadora, colocó la palma ante la boca y le echó el aliento para calentarla.

Marta, magnetizada, sin dejar de asomársele a los ojos. Entonces notó la mano de él por debajo de la chaqueta, intentando encontrar alguna abertura en el jersey. Ella lo ayudó: lo guio hasta la botonadura, desabrochó un botón pero, como no fue bastante, desabrochó otro. Enseguida Marta sintió el contacto y se estremeció (un poco por la emoción y otro poco por el frío). Se quedó inmóvil queriendo saber la cantidad de espacio que ocupaba aquella mano sobre su cuerpo y qué efecto le producía. La mano estaba quieta también, como si quisiera saber de qué manera había que orientarse en aquella región antes de avanzar.

Se pusieron a probar otra vez las lunas de chocolate.

El sol había caído por la raya del horizonte y la última luz mandarina goteaba por el cielo. Se desplegaba una noche azul marino. Las gaviotas se alejaban planeando, entre chillidos acerados, para reposar en los mástiles de los barcos del puerto.

Pero Marta no notó que la llegada de la noche les echaba por encima un cubo de frío y de humedad y de neblina: la mano que tenía bajo el jersey había comenzado a explorarla. Se movía lentamente y, con cada nuevo movimiento, Marta temblaba (ahora ya sabía que no era por la temperatura). La mano había tropezado con un obstáculo: se detuvo justo al borde del sujetador y tocó, con dificultad, una manzana. La mano se volvió audaz y rápida: sin miramientos empujó hacia arriba el sujetador desplazándolo hasta que dos manzanas quedaron libres. La mano se curvó sobre una de las manzanas, conteniéndola. Acarició suavemente aquella manzana. La abandonó para irse a la otra.

Marta suspiró, miró al horizonte y sólo vio sombras (tampoco tenía mucho interés en ver, sólo quería sentir), porque ya el manto azul marino lo cubría todo.

Volvieron a comer chocolatinas, mientras la mano continuaba cogiendo ahora una manzana, ahora la otra.

La mano de Marta se coló por debajo de la camiseta de él. Ricky dio un respingo (no de emoción sino de frío). Ricky desenroscó el brazo de la cintura de la chica para ayudar a la mano de ella a encontrar un camino: la fue arrastrando hacia abajo hasta que se tropezaron con el botón de los vaqueros. La mano de ella se quedó inmóvil.

Ricky contuvo la respiración para quitar presión a la cintura y la mano de ella pudo desabrochar el botón. Muy len-ta-men-te la mano abría el camino de la cremallera: crac, un tramo; crac, otro; crac, el último. La mano se había quedado quieta al final del surco abierto. La mano de Ricky la volvió a conducir al comienzo del camino. Muy len-ta-men-te la mano, ayudada por la de él, se movió por dentro de los pantalones hasta encontrarse con una erección. Ricky se estremeció (ahora no de frío).

Justo cuando la mano de Marta había comenzado a retirar el algodón que la separaba de su sexo, un cachorro jugueteón salió de detrás de la barca y se lanzó sobre los zapatos de los chicos, los olió y empezó a menear la cola.

—¡Fuera de aquí, chucho! —gritó Ricky.

Mientras, las manos quietas donde estaban. Esperaban que el chucho se marchase para continuar las exploraciones.

El perro mordió uno de los zapatos y arrancó a correr llevándose entre los dientes.

—Trae el zapato, cacho mamón. ¡Devuélvelo! —gritó Ricky.

El mamón no demostraba ninguna intención de obedecer a Ricky. Más aún, alejado un trecho con el zapato entre las patas delanteras, parecía esperar a que el chico se acercara para jugar con él.

—*Niebla, Niebla* —gritó una voz de mujer desde detrás de la barca—. ¿Qué haces?

Niebla meneó la cola a toda velocidad como si quisiese barrer la playa.

Ahora sí, las manos abandonaron el territorio inexplorado.

Marta y Ricky se miraron decepcionados y empezaron a ponerse bien la ropa.

Apareció la mujer:

—*Niebla*, ¿qué has cogido?

—Un zapato nuestro —dijo Marta, que ya se había puesto de pie y se sacudía la arena.

—*Niebla*, ¡aquí! —gritaba la mujer sin moverse y señalando sus pies con su dedo índice estirado.

Niebla, como si oyese llover, prefería continuar barriendo la playa.

Ricky se había puesto también de pie y se sacudía la arena.

—*Niebla*. Aquí. Dámelo.

Por fin *Niebla* decidió obedecerla. Se acercó lentamente y dejó el zapato delante de los pies de la mujer. Después se echó, mirándola con aire de huy-perdona-no-lo-quería-hacer.

—Tomad —les alargó el zapato de Ricky—, siento que mi perro os haya molestado.

—No se preocupe, ya nos íbamos.

O algo así farfullaron los dos.

T. —Quiero que me expliques qué has hecho para adelgazar aún más.

...

T. —También me ayudaría mucho saber qué ha estado haciendo Inés, porque aún no se encuentra fuera de peligro.

...

T. —Marta, me estoy empezando a enfadar de verdad. Quiero saber qué trampas has hecho y quién te ha ayudado. Y que conste que la última cuestión te la puedes ahorrar; no me cuesta mucho imaginar que cualquiera lo ha podido hacer, empezando por Inés, claro. Como os tapáis unas a otras....

P. —No pretenderás que nos traicionemos, ¿no?

T. —Pero ¿qué entiendes tú por traición? La peor traición es que os ayudéis unas a otras a caer por esta pendiente por la que rodáis como bobas. Reacciona, Marta, tienes que querer ponerte bien.

P. —Si es eso lo que quiero...

¡Ojalá no hubiera comenzado nunca un régimen!

Su madre la había llevado a una dietista, no al centro de estética de los padres de Marga, sino a un sitio «más serio», había

dicho.

—Vamos a que te vea una médica de la mutua.

La médica había empezado la visita preguntándole un montón de cosas que ella no habría sabido contestar si no hubiese sido por su madre: enfermedades importantes de la infancia, operaciones, primera regla...

—A los once años —eso lo recordaba bien, porque la primera de su clase.

—Es que la menarquía o primera regla está en relación con diversas cuestiones, entre otras el peso. Quizá tú eras la que tenías el cuerpo más desarrollado de toda la clase.

«Sí», pensó Marta, la más alta en aquella época, la primera en tener pecho, la primera en echar culo...

Después la pesó (54 kilos), midió su altura (1,63) y lo anotó todo en una ficha que rellenaba con una letra indescifrable, como si fueran cagaditas de mosca.

Marta se sentía como un pollo en una feria. La cogían por las patas, le daban la vuelta y miraban si estaba bien nutrida o no.

Entonces quiso saber cómo comía (¿mucho?, ¿poco?, ¿picaba entre horas?) y en qué condiciones (¿en casa?, ¿en el instituto?, ¿frecuentaba los *fast-food*?).

Su madre tuvo que intervenir unas cuantas veces porque Marta parecía haber olvidado algunos de sus malos hábitos: mucho chocolate, muchos donuts, coca-cola a litros y hamburguesas cada dos por tres.

Finalmente, la dietista le comentó que tenía que perder unos kilitos, tres o cuatro como máximo y le puso un régimen que a la chica le pareció un tratado de matemáticas. Había que prestar atención a las horas de las comidas y no podía salirse de aquel horario; había también que pesar la comida y no podía salirse de aquel horario; había también que pesar la comida y tampoco podía excederse de los gramos indicados; además, había que tener en cuenta el valor calórico de los alimentos e ir sumando las calorías que ingería a lo largo del día para no sobrepasar las 1500.

Como hasta ese momento Marta no había oído hablar de valores calóricos, le parecía imposible contar calorías.

—Ten. Esto te ayudará —le alargó una fotocopia con dos listas: la de los alimentos aconsejados para el régimen y la de los prohibidos. Cada uno llevaba al lado las calorías que representaba por cada 100 gramos.

¡Aterrorador! Las comidas que más le gustaban y la hacían disfrutar estaban en la lista de lo Prohibido y las que menos le gustaban en la de Permitido.

Las dos salieron de allí con caras largas. Marta, porque nunca se habría imaginado que adelgazar equivaliese a saber matemáticas y a renunciar a tantas cosas que le hacían la boca agua y su madre...

—¿Qué te pasa, mamá?

—No lo sé... —suspiró como si no acabase de encontrar lo que la molestaba y añadió—: Me ha parecido excesiva.

—Pero le vamos a hacer caso, ¿no? —dijo Marta, que necesitaba un empujoncito para ponerse en marcha.

—Sí, sí —contestó la madre, con la voz un poco más segura—. Supongo que sabe lo que hace. Es una profesional.

Los gemelos se dieron una panzada de reír cuando vieron que su hermana utilizaba la balanza de la cocina para pesarlo todo; 60 gramos de arroz, 200 de pescado, 120 de pollo...

—¿Te has vuelto majara?

—¿Piensas que estás jugando a las cocinitas?

—¿Queréis callar, microbios?

El padre lo miraba sin verlo.

Bes lo veía pero hacía como si no mirase (Marta no le había dicho nada de la visita a la médica)

Y ella iba anotando con muchísima precisión, como si realmente fuera un examen de matemáticas, lo que comía, y los pesos y las calorías.

Al terminar la primera semana de régimen se pesó porque tenía órdenes de hacerlo, pero no porque estuviese convencida de que el régimen hubiese surtido efecto. Lo dudaba; nadie le había dicho: «¡Oh, Marta!, cómo has adelgazado», y eso que en el instituto ya sabían que seguía una dieta especial; no era ningún secreto, porque Marta había renunciado a ir con sus compañeros a la cafetería y se quedaba en clase comiendo lo que se había traído preparado de

casa en *tuperware*. Tampoco notaba que los pantalones le quedasen más holgados. De manera que cuando se subió a la báscula del baño pensaba que iba a encontrarse un desastre. ¡Y no!

—¡Ostras, he perdido un kilo y medio!

Ahora era ella la que bailaba una danza de victoria ante los gemelos, que habían entrado al baño y la miraban con los ojos como platos.

—¿Has perdido peso? ¿Cómo lo has conseguido?

—Pues comiendo menos, borricos. ¿Es que no habéis visto que estoy haciendo régimen? ¿No habéis visto que ya no me atiborro como vosotros...?

La madre dijo que estaba muy bien (veía que Marta tenía mucha fuerza de voluntad y que era muy perseverante), pero que quizás un kilo y medio en una semana era demasiado.

—Siempre he oído decir que debe adelgazarse poco a poco. Puede que dentro de diez días vuelva a pedirle hora a la doctora y veremos qué piensa ella.

La doctora, sin embargo, no pudo opinar porque la consultoría en la que trabajaba su madre el trabajo se amontonó y Rosa se vio metida en un remolino de trabajo-trabajo-y-más-trabajo que resultó providencial para Marta, porque ella SÍ que tenía prisa por adelgazar. Es más, a partir de aquella semana, consideró que un kilo y medio era poco, e introdujo —sin comentarlo con nadie— algunas variaciones en la dieta.

T. —Bien, espero que lo pienses y que otro día me expliques cómo lo has hecho para adelgazar.

...

T. —En cualquier caso, tendrás que completar la dieta del hospital con los sobres de la farmacia hasta que recuperes peso. ¿Lo entiendes?

....

T. —Mira, Marta, si además de la jugadita de adelgazar te obstinas en estar callada, la sesión habrá llegado a un punto muerto de difícil solución.

....

T. —¿Y bien?

...

T. —De acuerdo, como no quieres colaborar, por hoy lo dejamos aquí.

Marta se levantó lentamente de la silla y, sin mirar a Juan, se dirigió a la puerta para salir. No tenía ganas de hablar, ni con él ni con nadie.

Capítulo 6

¡OSTRAS! ¡Qué manera de roncar, la tía! Parece mentira que una chica tan delicada consiga producir unos ronquidos tan potentes como los de un descargador de muelle. Porque mira que fina y mona sí lo es. Como si hubiese salido de una pintura de Boticelli, con esos pelos largos, ensortijados y dorados, los ojos en forma de almendra y de color miel, una piel suave, de terciopelo. No como la mía, que de tan reseca parece de cocodrilo. Pero los ronquidos... ¡Uf, qué ronquidos! Hacen tanto ruido que es como si al lado de mi cama hubiese una máquina perforadora de éstas que hacen obras en la calle. Las paredes tiemblan...

Se llama Susana, tiene veintiún años y es bulímica. Ésta es la máxima información que he podido sacarle. Dice que no tiene ganas de hablar (la entiendo porque a mí me ha pasado lo mismo), que cuando esté de humor ya me explicará más cosas.

Cuesta creer que sea bulímica porque es lo que los chicos llamarían una tía buena: no le sobra ni falta nada. No es un esqueleto, como las anoréxicas, como Inés o Antonia. Tampoco una bola de grasa como las bulímicas, como Mónica, por ejemplo. Entonces, si eres bulímica pero no se nota que lo eres, ¿hay algún problema? Pues parece que sí porque está muy agobiada. Además, si no estuviera muy mal, no estaría en el hospital. Nadie la obligó a ingresar: fue ella la que lo pidió porque dice que no podía más. Entonces, sí que debe de ser un problema ser bulímica aunque estés buenísima y no se te note nada. Se lo tengo que preguntar...

¡Uf! Ha dejado de roncar, su respiración cambia de ritmo. Se mueve. Quizás está despierta...

—Susana —le susurro para ver si me oye.

—Mmmm.

—¿Estás despierta?

—Sí. ¿Tú tampoco duermes?

No le explico que sus ronquidos me lo han impedido.

—No puedo dormir.

—¿Qué hora es?

—No lo sé. ¿Quieres que lo mire?

Ha encendido la luz que hay en la cabecera de su cama y la cara le queda ligeramente iluminada. En cambio, el resto de la habitación, incluida yo, estamos en el mundo de las sombras.

—Las seis —dice.

—¿Quieres intentar volver a dormir? —le pregunto.

—Me parece que ya no voy a poder.

Nos quedamos acostadas, cada una en nuestra cama de cara hacia la otra. Me mira, pero sólo debe de ver contornos muy difuminados. Los pelos revueltos le enmarcan el rostro. Resulta bonito.

Parece que se encuentra mejor porque me sonrío. Y ojalá que no lo hubiese hecho. La Boticelli se ha ido a hacer gárgaras. ¡Ags! ¡Qué asco! Tiene los dientes más espantosos que haya visto nunca hasta ahora: pequeños, como si se los hubiesen limado, oscuros, de color gris, torcidos, tanto que alguno parece a punto de caer. Chica, más vale que estés con la boca cerrada. ¡Das miedo!

—Debo de haberte parecido una ostra, ¿no?

Me encojo de hombros (no sé si se da cuenta del movimiento) porque en este sitio ya no me sorprende nada de lo que hace ninguna interna, incluida yo.

—No me apetecía charlar. Mi enfermedad me tiene consumida. A veces me pregunto si conseguiré sobrevivir a la bulimia.

Continúo sin entender lo que le pasa, cómo es que cree que puede morir, si se la ve tan normal, pero no me apetece interrumpirla; quizás ahora que se ha lanzado se decidirá a explicármelo. Pero me fuerza a intervenir preguntándome:

—¿Tú sabes qué es la bulimia?

—Yo creía que quería decir ser una tragona. Quiero decir que creía que las bulímicas tenían obsesión por comer, como Mónica, que no para de tragar hasta que la encierran en el hospital.

—Sí, más o menos ésa es la manera de explicar la bulimia: comer de una manera voraz.

—Entonces, ¿por qué tú...?

No me deja terminar.

—Yo no soy como Mónica. Mi problema es todavía más grave que el suyo. Ella es lo que se llama una comedora compulsiva:

come demasiado y a todas horas para calmar la ansiedad; se refugia en la comida. Yo, en cambio, cuando me doy cuenta de que me he pasado, o bien vomito, o bien hago un ayuno total que dura un día o más, según lo que pueda resistir, hasta que me muero de hambre o de ansiedad y vuelvo a darme otra panzada.

—¿Por eso no has engordado como ella?

Suspira. Un bucle rizado, iluminado, se alza suavemente y vuelve a caer.

—No, no he engordado, pero el hecho de que vomite hace que mi enfermedad sea más difícil de curar. Además, el miedo a perder el control y ponerme obesa como Mónica me martiriza. ¿Sabes? Puedo tener diferencias de peso de hasta cuatro kilos dentro de una misma semana. O sea, el martes peso 48 y el jueves 52. Tú no tienes este problema ¿no?

—No, no lo tengo. Desde que comencé el régimen no he parado de perder peso. En cambio, sí que tenemos una cosa en común: yo también me provocaba vómitos.

—Sí, de acuerdo, pero ¿cada cuánto?

Me quedo pensando. No sé qué decir.

—Sólo alguna vez, cuando me sentía muy llena.

De hecho, recuerdo, lo empecé a hacer hacia el final, cuando se rompió la historia con Ricky y cuando en casa estaban ya todos de los nervios por mi culpa y yo tenía más miedo cada día que pasaba.

—Pues yo, en cambio, vomito después de cada cosa que como. Algún día hasta cinco veces.

La miro incrédula. Tantas veces... ¡Qué horror! Qué mal gusto de boca debe de tener siempre... Como si mis ideas tuviesen piernas y al aparecer por la zona de luz de la habitación ella las pudiese ver, me explica:

—¿Te has fijado en mis dientes?

Me da vergüenza decirle que sí y que, por favor, vuelva a encerrarlos tras los labios, que me van a dar arcadas. Hago un gesto que tanto puede decir que sí como que no.

—Se me han puesto así de vomitar. Y no pienses que acaba todo con tener dientes de vieja. Además se me mueven todos y ya se me han caído dos molares.

Pobre Boticelli, no me la imagino con una dentadura postiza. ¡Una vieja de veintiún años!

—Y eso de la bulimia, ¿cómo empieza?

—Puede empezar de diferentes maneras. A mí me vino (de hecho pasa con frecuencia, ¿sabes?) después de la anorexia.

—¿Eras anoréxica? —casi no lo puedo creer. ¿Cómo puede ser que puedas pasar de odiar la comida al extremo contrario? ¿Me ocurrirá a mí? ¿Acabaré como ella o como Mónica? Por lo que veo, también puedo acabar así.

—Era anoréxica, sí. Es una historia muy larga. ¿La quieres oír?

Por supuesto que quiero. No me la perdería por nada del mundo. Me coloco bien la almohada y me abrigo bien; me pongo cómoda para que nada me distraiga. Ella, con la luz de la cabecera como si se tratase del foco de un teatro, parece la primera actriz. Yo, en la penumbra, soy el público.

Me explica que a los siete años empezó a practicar gimnasia acuática sincronizada. Que se daba buena maña porque era menuda y ágil, muy flexible y con un gran sentido del ritmo.

—Es un deporte en el que cuentan no sólo tus movimientos sino también la capacidad de compenetrarte con el resto del equipo. Todos tienen que moverse al mismo tiempo.

Sí, sé a qué se refiere. Alguna vez en la tele he visto una muestra de gimnasia acuática sincronizada y siempre he pensado lo mismo: parecen figuras de caleidoscopio. ¡Zas!, los cristalitos moviéndose todos simétricamente hacia extremos opuestos. ¡Zas!, los cristalitos que se acercan y forman triángulos. ¡Zas!, los cristalitos que se superponen y forman un hexágono. ¡Tan diferente del balonmano!... También allí cuenta la sincronización con el equipo, pero de otra manera. Es un deporte menos fino, vaya. Claro que a la Boticelli le va más esto.

—¿Me escuchas? —me reclama. Se ha dado cuenta de que me he perdido en mis pensamientos. Cuando tiene la seguridad de que he vuelto, continúa—: Enseguida se vio que yo era muy buena. Fui pasando por diferentes equipos hasta que, cuando tenía diez años, me seleccionaron para el equipo nacional.

Y aquí empezaron los problemas, dice. Porque la entrenadora del centro de alto rendimiento, una americana hecha de fibra-y-

acero y con una mala leche de aquí te espero, las tenía sometidas a una presión difícil de soportar.

—Hiciésemos lo que hiciésemos nunca tenía bastante. Siempre más y más.

Lo dice con una cara que me imagino a la americana de fibracero con un látigo, y ellas como leones en una jaula y la fibracero: «Salta, venga, más alto».

Horarios estrictos («Comer cuando toca y dormir sus horas», decía la fibracero). Comidas más bien magras («¿Qué queréis?, ¿estar como focas y no poder menear el culo?» gritaba la fibracero) y dedicación casi exclusiva al deporte («¿Cómo queréis llegar a ser las primeras del mundo si estáis pendientes de los novios y los estudios y otras mandangas?», se cabreaba la fibracero).

—Todo lo contrario de la teoría de las patas de mi madre —me aclara Susana.

Pero no me aclaro porque no sé en qué consiste la teoría de las patas de su madre.

—Pues que en la vida, para ser feliz y estar equilibrada hay que tener muchas patas.

O sea, según la madre de Susana, hay que apoyarse en muchas patas (como si fuésemos arañas): la pata-familia, la pata-amigos, la pata-estudios, la pata-diversiones... Cuantas más patas, mejor. Y ocuparse de todas un poco. Y cuando una pata se rompe, hace daño, claro, pero no te caes porque las otras te sostienen.

Pero la fibracero no quería entrenar arañas sino flamencos: una sola pata, una sola dedicación, una sola obsesión. «Es la única manera de triunfar, de llegar a la meta y ocupar el primer lugar», las presionaba la fibracero.

Susana se convirtió en un flamenco: todo para que su equipo consiguiese la medalla de oro en los juegos olímpicos. Y el flamenco ya a duras penas estudiaba porque no tenía tiempo, y no salía con chicos porque las historias de sentimientos podían perjudicar los resultados deportivos, y no comía porque si pesaba demasiado no podría ser un cristalito del caleidoscopio y... al final, se le rompió la patita y se quedó escacharrada en medio de la vida.

—Tenía quince años y estaba anoréxica. Lo pasaba tan mal que les dije a mis padres que no quería continuar.

Sus padres, sabios —preferían las arañas a los flamencos—, la ayudaron a abandonar el equipo.

La fibracero se puso como una moto porque un flamenco —con la pata vendada— se alejaba y las dejaba colgadas poco antes de los campeonatos mundiales.

Pero el flamenco no hizo caso de las amenazas de la fibracero. Estaba harta.

—Lo que no sabía es lo que me esperaba todavía.

Por culpa de la anorexia desarrollada durante aquellos años, empezó a comer compulsivamente («recuérdalo, Marta —me digo —, eso te puede pasar a ti también»). Al hacer menos horas de deporte (la fibracero las obligaba a hacer seis o siete al día), empezó a engordar, le vino la regla —hasta entonces no la había tenido— y aún engordó más (normal, claro; cosa de las hormonas femeninas).

—Entonces, un día, después de comer mucho, como me sentía culpable, intenté vomitar. Y fue tan fácil que decidí que aquélla era una buena solución: podía comer mucho, siempre que después vomitase.

Otra solución, dice, era utilizar laxantes. Pero el cuerpo se acaba acostumbrando a los laxantes y a las vomitonas, y dejan de ser efectivos. Y para que continúen funcionando, hay que tomar cada vez más laxantes y provocarte más vómitos...

—También practicaba el ayuno. Me pasaba uno o dos días sin comer nada, hasta que no podía aguantar (las ganas de comer me hacían la puñeta) y a cebarme como una cerda.

Le podía cortar el ayuno cualquier emoción un poco fuerte. Se enfadaba con alguien: ¡atracón! Se entristecía: ¡atracón! Tenía miedo: ¡atracón!

—Y tú no te imaginas qué significa atracarse...

La miro con ojos como platos porque a medida que me lo explica se ha ido incorporando en la cama, como si hablarme de esta pesadilla le hiciese revivir todo el miedo, toda la angustia, la tristeza.

—... atracarse quiere decir comer cualquier cosa sin poder parar, en cualquier orden, como si fueses un animal, escondiéndote de todos porque no quieres que nadie lo sepa...

Devoraba la barra de pan que había sobrado, y el kilo de helado de chocolate que había en la nevera, y un cuarto de kilo de queso, y un paquete de galletas, y una lata de sopa fría sin calentar e, incluso, había llegado a zamparme un paquete de guisantes congelados...

—... hasta que tienes la impresión de que el estómago está a punto de estallar.

Al final había acabado por salirle una úlcera en el estómago y piedras en el riñón.

Y mientras comía, le parecía que se le calmaba la rabia y la tristeza, pero cuando acababa se sentía culpable y asqueada de sí misma. Y entonces tenía que vomitar o decidía volver a ayunar hasta que todo saltaba otra vez por los aires y volvía a atracarse.

—Pronto mamá se dio cuenta de que faltaban cosas de comida en casa.

Entonces empezaron las mentiras para justificarlas desapariciones: ¿la barra de pan?, la tiré, porque se había mojado; ¿la lata de sopa?, te equivocas, mamá, no había ninguna lata de ésas; ¿el queso?, lo utilicé para los bocatas del instituto...

—Pero era imposible disimular tanto.

Por eso decidió no tocar la comida de casa, porque no quería que la familia se diese cuenta de su problema. Comenzó a acumular comida en su habitación: como una loca, como si fuesen a sufrir un asedio y tuviese que amontonar muchas provisiones. Y, como no tenía dinero para comprar tanta comida, empezó a robarla en las tiendas.

—Me horrorizaba pensar que algún día me pescarían, y en la cara que pondrían mis padres cuando se enterasen.

Por suerte (o por desgracia), nunca me pillaron. Y pasaron los años. Se había convertido en un flamenco con una sola pata: la comida. Porque a los amigos y a la familia los rehuía como podía para evitar comer con ellos. Pero cuando no podía esquivarlos, comía con ellos con toda normalidad.

—Nadie sabía lo que me estaba pasando.

Y cada vez se sentía más sola, más aislada, sin saber cómo podía resolver su problema. Y cada vez más deprimida.

El flamenco encontró un chico que le gustaba. Y al chico le gustaba el flamenco.

—Pero no quise saber nada, ¿sabes? Le hubiera tenido que dar un beso y él se hubiera dado cuenta del olor a vómito de mi boca.

Sé de qué me habla.

Estaba tan hundida que creía que era mejor morir. No sabía qué hacer. Una noche, después de un atracón y una vomitona, se puso a navegar por Internet y buscó «bulimia», porque ya sabía que así se llamaba su enfermedad. Se quedó boquiabierto de la cantidad de información que encontró. Lo que más la sacudió fue la multitud de mensajes de chicas de todo el mundo que lanzaban un grito al ciberespacio para que alguien las ayudase: estaban tan desesperadas y solas como ella. Una de las cartas era de una chica que había empezado a ir a terapia y lo recomendaba.

—Decía que sola no puedes salir de esto.

Habló con una amiga, que le dio la dirección del doctor Massot. Y con él acordaron el ingreso y juntos explicaron la situación a los padres.

—No sé cómo voy a hacer desde aquí para continuar la carrera, porque estaba estudiando tercero de periodismo, ¿sabes? —Se para y hace una mueca—. ¡Uf! No sé por qué digo esto. Si hace dos meses que no piso la facultad.

Las dos oímos el repiqueteo de los zuecos de Adela por el pasillo. Entra, levanta la persiana y dice:

—Hoy tenéis que daros prisa en la ducha, porque va a venir un fontanero a revisar las cañerías.

La habitación ha quedado bañada por el sol. Desde la cama puedo ver un trozo de cielo azul, de un azul limpio e intenso, como si le hubiesen pasado una gruesa capa de pintura acrílica. El día es tan espléndido que el primer pensamiento es irme a dar una vuelta; inmediatamente me doy cuenta de que no puedo, que mi enfermedad me obliga a una reclusión forzosa.

Cuando Adela se va, Susana da la conversación por terminada.

—Si quieres saber más cosas de la bulimia, puedes leer mi diario. Está en el cajón de la mesilla de noche. Quién sabe si te podrá ayudar a ponerte bien.

Se levanta y va hacia el armario, más Boticelli que nunca, con su camisón color marfil, vaporoso como las alas de una libélula, con tulipanes bordados en el pecho. Un camisón que le deja la espalda al aire, sólo cubierta hasta la mitad por el pelo como zarcillos de oro. Ahora sé por qué los cuerpos de Mónica y la Boticelli tienen medidas tan diferentes. Pero la ansiedad que las envenena por dentro es muy parecida. Como también se parece a la mía. Todas somos flamencos con una sola pata: EL PESO.

Me doy cuenta, mientras me ducho («de prisa, Marta, que viene el fontanero») de que ha llegado el momento de ponerme más patas, aunque sólo sean postizas, aunque no las sienta como mías. Quizá si me esfuerzo empezará la metamorfosis-araña.

Y lo decido. Primera pata: Claudia. Es mi mejor amiga y no le he dicho ni pío. No le he explicado que me han tenido que ingresar en la sala de psiquiatría; no he querido reconocer que ella tenía razón, que yo estaba anoréxica.

Justo cuando tomo la decisión de escribirle —justo cuando acabo de vestirme y el fontanero pide permiso para entrar—, siento que la echo mucho de menos y que quizás esto significa que no será sólo una pata artificial, sino una pata de araña de verdad.

Después de desayunar, entro en la sala de sesiones todavía con el mal gusto de boca del sobre de farmacia que Juan me hace tomar. Olga se ha asegurado de que no deje ni una gota. Están dispuestos a engordarme, tanto si quiero como si no. ¡Ags! ¡Qué asco! Son mucho mejores los cruasanes...

Patricia nos espera ya de pie, delante de la pizarra donde ha dibujado un esquema que lleva como título AUTOIMAGEN.

Nos sentamos todas alrededor de la mesa y ella empieza a exponernos el tema, que no es nuevo. Hay que insistir en él porque —dice, y estoy de acuerdo— todas tenemos la autoimagen muy deteriorada y tenemos que recomponerla.

Porque la autoimagen, dice, o sea, la imagen que tenemos de nuestro cuerpo, es como un rompecabezas, formado por piezas distintas.

Una pieza es el propio cuerpo, considerado objetivamente. Obje-ti-va-men-te, recalca, o sea, los datos observables y cuantificables: edad, sexo, peso, altura...

Intento pensar en mi cuerpo sin hacer trampas, como si tuviese que describirlo a alguien que nunca lo hubiera visto. Y repaso: 1,63 de altura, 39 kilos de peso, ojos marronchocolate, pelo oscuro y liso... Eso quiere decir *objetivo*.

Patricia prosigue con la explicación de cómo se forma la imagen corporal: cuando pensamos en nosotras mismas, seleccionamos determinadas partes de nuestro cuerpo. Según la hagamos positiva (ojos bonitos) o negativa (caderas muy anchas), nos creamos una imagen satisfactoria o no. Dice, sin embargo, que esta imagen puede estar distorsionada, es decir, que no vemos el cuerpo tal como es en realidad sino mucho más gordo de lo que es, cosa muy frecuente entre mujeres, y más entre las que padecemos trastornos de alimentación.

«Intentalo», me digo. Yo considero que estoy gorda. De acuerdo. ¿Pero cuáles son mis medidas? 1,63 y 39 kilos, Y sí, según las tablas de peso, para una altura de 1,63 tendría que pesar entre 51 y 54 —¡unos doce kilos más!—, eso significa que no estoy gorda sino que tengo una percepción distorsionada. Me veo como un tonel, pero no lo estoy, que es lo que se esfuerza en hacerme entender Juan.

Vuelvo al hilo de Patricia, que explica cómo, a las anteriores cuestiones, le añadimos pensamientos del tipo «estoy demasiado gorda, de manera que voy a hacer el ridículo si me pongo biquini», o «como tengo los muslos tan gordos ningún chico querrá bailar conmigo».

Y no tengo más remedio que aplicarme el cuento. Esto debe de ser lo que me pasó la tarde en que Ricky y yo nos quedamos solos en casa. Todo se fue al garete por culpa del pensamiento que me obsesionaba: «Ricky sentirá asco de mi cuerpo si me ve desnuda».

Patricia continúa con su exposición y nos explica que estos pensamientos negativos desencadenan emociones también negativas. Nos ponemos tristes o nos enfadamos o nos entra ansiedad.

Miro las caras de las internas, concentradas en lo que explica Patricia. A todas nos resulta muy familiar, aunque seguro que nunca nos habíamos atrevido a pensarlo. Del pensamiento a la emoción y de la emoción al comportamiento: decidimos no ir más a la playa

para que no nos vean con biquini y nadie se dé cuenta de que «estamos gordas».

Esa es exactamente la burrada que hice aquella tarde. Decidí que no quería saber nada de Ricky ni de las chocalinas para que la mano no pudiese continuar palpándome el cuerpo y se diese cuenta de mis dimensiones (bueno, de lo que yo juzgaba como mis inmensas dimensiones), antes que la mano me quitase la ropa y él me viese desnuda.

Patricia ha hecho una pausa. El sol entra de lleno y nos baña a todas con una luz dorada.

—¿Y sabéis de qué manera habéis ido formando la autoimagen? —pregunta Patricia.

Nadie contesta, pero todas la miramos y la escuchamos con atención; lo que dice se entiende muy bien. Pero claro, una cosa es entenderlo y otra muy diferente aceptarlo. Y la condición para ponerse bien es aceptarlo, además de entenderlo.

Patricia continúa explicando que la autoimagen se forma a partir de factores biológicos, o sea, características propias de nuestro sexo, raza y herencia (chicas, que tengáis las caderas anchas es NORMAL, ¡es una característica femenina!), a partir de factores psicológicos, o sea, por la manera como nos vemos en general (si crees que eres simpática o lista o divertida, si eres optimista y ves el lado bueno de las cosas; si no eres demasiado perfeccionista y estás dispuesta a gustarte; si acostumbras a ser alegre y activa, te formas una autoimagen positiva, pero si no..., ¡y, si no!) y a partir de factores socioculturales (la presión de la sociedad que, especialmente a las mujeres, nos exige ser guapas y delgadas).

—¿Os imagináis cómo estarían los hombres si les amargasen la vida, por ejemplo, con la calvicie tanto como nos la amargan a nosotras con el peso? Si los convenciéramos de que un hombre calvo ya no tiene nada que hacer, ni con las mujeres, ni socialmente, ni profesionalmente. ¡Ah! Muchos estarían como cabras, os lo aseguro.

Además, insiste Patricia, están las experiencias personales, que también influyen muchísimo. Por ejemplo, dice, si una persona insegura recibe un comentario negativo sobre su cuerpo, eso puede

influirle en que se guste o no. Y si el comentario viene del sexo contrario, más todavía.

—¿Alguien nos quiere contar alguna experiencia relacionada con lo que acabo de decir? —pregunta Patricia, que no va a dar por acabada la sesión hasta que no nos saque algo del buche.

Levanto la mano, porque lo que pasó aquella noche de viernes con Alquitrán Caliente y el vestido negro es un buen ejemplo de cómo un comentario negativo puede condicionar tu autoimagen.

La madre-y-se-acabó y el padre-merengue habían estado repasando la cartelera porque les apetecía salir solos aquella noche. No podía recordar una ocasión como aquella por lo menos en los dos últimos años, la época más porexpán de papá. Si iban al teatro, al cine o a cenar fuera de casa era porque algunos de los escasos amigos con los que se relacionaban los habían forzado. O bien debido a que los gemelos se ponían pelmazos porque no quería que el Leonera estuviese más al día que ellos en cuestiones cinematográficas y los arrastraban. Si no, se quedaban en casa, ya que mamá, que llevaba la voz cantante, estaba cada vez más pillada por los papeles de la consultoría que invadían la mesa del comedor y le robaban horas de sueño; además, seguramente, creía que no valía la pena intentarlo porque tampoco tenía ganas de estrellarse contra el muro de porexpán tras el que se bunquerizaba papá para ordenar la colección de sellos. Pero ahora, con la transmutación de porexpán a merengue, la colección se había quedado muerta de risa en una balda de la librería y cada vez más cubierta de revistas, papeles y carpetas que mamá le iba poniendo (¿deliberadamente?) encima.

Se habían puesto de acuerdo sobre qué película ir a ver. No les resultaba difícil porque mamá había dicho que le apetecían dos; papá no había manifestado su opinión, sencillamente decidido a secundar la elección que hiciese ella, de manera que la única dificultad para Rosa era esa: estaba dividida entre dos anhelos, pero finalmente, aconsejada por Marta, había optado por una de las dos películas.

—Te quedas con los gemelos hasta que llegue Bes, ¿eh Marta?
—pidió-exigió Rosa.

—Claro.

Les explico que yo había quedado con Ricky para ir a un concierto de Alquitrán Caliente. En aquella época todavía no me había entrado la neura de que estaba gorda. Todavía era feliz.

Cuando mis padres se marcharon, fui a cambiarme. Tenía el armario abierto y toda la ropa extendida. Los gemelos habían entrado a hacerme compañía. Se habían echado, boca abajo, sobre la cama para no perderse ni un segundo del espectáculo.

—Tatarará... —había anunciado Roberto.

—... la función va a comenzar —acabó Alberto.

Se pusieron a hacer el payaso desde el instante en que abrí el armario y decidía qué me iba a poner para ir al concierto.

Me probé el peto con el polo de rayas. Me miré en la luna del armario. Por delante, por detrás. ¡Uf! Demasiado progre, quizá.

Me lo quité y lo tiré por encima de la cabeza de uno de los gemelos, que aplaudían como si aquello fuese un circo.

Me ceñí unas mallas de licra en las piernas y me pasé una camiseta por el cuello. ¡No! Seguro que pasaría frío.

Me lo quité y lo lancé a la cara de otro gemelo. Habían vuelto a aplaudir la jugada.

Puse la mano en el armario para coger la faldita negra y la camisa azul. No llegué a ponérmelas. Demasiado cursis, seguro. Sobre todo comparado con el vestuario de Tina y la Snows.

Lo dejé sobre la silla, me senté encima y les pregunté a los gemelos:

—¿Qué me pongo, eh?

Los gemelos se miraron, las cejas de los dos se alzaron al mismo ritmo formando un arco y entonces contestaron:

—El vestido negro.

Sí. ¿Por qué no? Negro de punto, estrecho y corto. Me lo podía poner con los botines negros. Entonces sí que estaría en consonancia con Tina y Snows.

Después de ponerme unas medias negras y tupidas y los botines, me lo puse por el cuello, pasé las mangas y ¡hop!

—¡Qué guay! —aprobó uno de los gemelos.

El otro también lo subrayó con un silbido admirativo.

—¿Estoy guapa? —tenía ganas de oírlo.

—Guapísima.

—Eres la princesa-de-pies-de-viento más guapa del mundo.

Y la más contenta. ¡Me sentía sexy! Estaba segura de que a Ricky le encantaría mi vestido.

Miraba el reloj con impaciencia: a ver si Bes metía la pata y llegaba tarde justamente aquella noche. Pero mis negras predicciones no se cumplieron. Bes entró dispuesta a hacerse cargo de los gemelos y de la cena. No dijo si le gustaba mi vestido o no; parecía abstraída. Un cuarto de hora después, entré en el viejo almacén segura de mí misma, segura de estar despampanante; y dos segundos después, mi seguridad estaba rota, destripada y despellejada. Ya no me consideraba ni despampanante ni sexy.

—¿Te ha dejado el vestido tu hermana pequeña? —preguntó Paco, como siempre a-cá-ma-ra-len-ta.

—¿Mi hermana pequeña? No tengo ninguna hermana pequeña —reconozco que soy un pelín ingenua por no captar, a la primera, el significado de la frase.

—Entonces a lo mejor es que ha encogido, tía —insistió el camaralenta.

Yo, que ya lo había captado un instante antes de la aclaración, noté mis mejillas como dos manzanas al horno y, de paso, una rabia asesina hacia el camaralenta. ¿Por qué no se metían con su aspecto? Miré a Ricky, que seguro que lo había oído todo, pero como si no: estaba enrollando unos cables del equipo.

—Os queda un poco apretado, señora —declamó con una voz grave Snows, que (se le notaba) tenía una vocación teatral frustrada. Quizá deberíais apuntaros a *footing* una temporada.

Yo ya no sabía dónde meterme. Quería desaparecer, quería haberme puesto otra ropa, quería no haber ido al maldito concierto. Mientras, Fred iba tocando el teclado y Ricky, mirando sin decir nada, vengía a enrollar cables.

—Yo creo que estáis exagerando —añadió Tina con un tono amable.

Miré a Ricky, convencida de que sabría interpretar mi mirada-implorando-defensa, pero no se dio por aludido y continuó sin abrir la boca.

Ahora sentía vergüenza por haberme puesto un vestido estrecho o por tener un cuerpo tan orondo, rabia porque aquella

panda de cretinos habían dicho que tenía mala pinta y pena-rabia-incredulidad porque Ricky no había partido una lanza por mí. ¿O era, quizá, que estaba de acuerdo con las opiniones de Paco?

—Y todo únicamente por culpa de la opinión de Paco, ¿te das cuenta? —subraya Patricia.

Las otras intervienen para decir lo que piensan y que qué tontería cambiar de estado de ánimo porque un imbécil haya dicho lo que ha dicho.

Yo pienso que es fácil analizarlo de esta manera cuando no estás implicada en la situación. ¿Pero quién de ellas no ha pasado por una situación parecida?

Continúo mi relato. El claxon del todoterreno de la madre de Fred nos hizo salir a la calle. Por primera vez, el trayecto en plan lata de sardinas no me divirtió para nada. Estaba tan enfadada con Ricky que cada vez que acercaba una pierna, yo retiraba la mía (y eso que lo tenía difícil, porque casi tenía que pasar por encima de las rodillas de Fred).

Fred y Ricky, al mismo tiempo y uno por cada lado, se me acercaron y me preguntaron bajito qué me pasaba. Entre ellos no se oyeron.

—Nada —le contesté a Fred con la voz más amable que pude encontrar.

—Nada —le dije a Ricky con la voz más desagradable posible.

A partir de aquel momento, la pierna de Ricky no intentó más aproximaciones. Y claro, yo me puse de peor humor aún.

A la salida del concierto, Ricky y yo tuvimos la Primera Gran Bronca.

Volvíamos andando a casa. Una mano hizo una incursión hacia la mía que, como si no se hubiese dado cuenta, se cobijó en el bolsillo del vestido. La mano, sin descorazonarse, se metió detrás de la mía, que le dio un golpecito para echarla fuera del cobijo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ricky.

En aquel momento había empezado a chispear y sentí un poco de frío por culpa de la lluvia y mucho frío por culpa del tono de voz de Ricky, que me hizo pensar en el dolor que sientes cuando te clavas una aguja.

—Nada —me había salido como un escupitajo.

—Pues para no tener nada, resultas una auténtica delicia — ahora irónico.

Yo, encrespada, furibunda, con ganas de arrancarle la uña del meñique.

Entonces se puso a reír y me abrazó:

—Venga, no seas pesada, dime qué te pasa.

La risa y el abrazo me desmontaron el blindaje. Se me aflojaron los muelles y me puse a llorar.

—¡Venga! ¿Me lo dices o no me lo dices?

—Pero ¿de verdad no lo sabes? —le pregunté, alucinada. Y como puso cara de no-sé-de-qué-va, se lo expliqué—: Porque no me has defendido cuando todos se han burlado de las medidas de mi vestido.

Ricky deshizo el abrazo, me secó una lágrima que me rodaba por la mejilla y, como si hablase con su hermana pequeña, me dijo:

—Oh, Marta, no seas cría...

(Todavía me enrabeté más: que él tuviese dieciocho años y yo dieciséis, no le daba derecho a tratarme de aquella manera.)

Me lo quité de encima. Cerró los ojos dejando una fina raya de la que salían chispas que no anunciaban nada bueno. Continuó con un tono ácido:

—... eso no era una pelea de parvulario. Era una discusión (de hecho no llegaba ni a discusión) entre amigos. Yo no tenía nada que decir.

Lo estaba mejorando mucho, claro. Yo sentía que una oleada amarga y venenosa me subía por todo el cuerpo. Lo veía todo rojo. Ahora me hubiera gustado arrancarle no la uña del meñique, sino todas las uñas.

—Además, qué podía decir si, para serte franco, tienen razón.

Arrancarle las uñas era poco. Se merecía, por lo menos, que los gemelos lo dejaran en medio del desierto, desnudo, con las manos atadas con cuerdas mojadas y cuando se secasen las cuerdas... ¡Ah! Entonces vería.

—O sea, que crees que estoy gorda —fue como otro escupitajo.

—Yo no he dicho eso. Ya me lo preguntaste una vez y te dije que no me parecías Winona Ryder, pero vaya...

No había ninguna duda: cada vez la pifiaba más. Con todo el cuerpo inundado de veneno y viendo la escena en rojo, como estábamos en la puerta de casa, la abría de un golpe y, sin decirle adiós, entré corriendo. Él no hizo el más mínimo intento de seguirme.

Una vez arriba, no sabía qué podía más, si la rabia contra Ricky o la tristeza por haberme enfadado con él y habernos perdido un rato de chocolatinas; la vergüenza que me habían hecho pasar todos o la inquietud de haber cometido un error garrafal: yo me creía sexy y los demás me veían como una foca. Cogí unas tijeras y corté el vestido a tiras, bajo la mirada de Bes, que con su flema habitual (no perdía nunca los nervios, ¡qué suerte tenía!) se abstuvo de hacer ningún comentario.

Patricia está a punto de intervenir cuando la alarma del reloj le señala el final de la sesión.

En el comedor hago un esfuerzo para comer lo que me ponen en el plato (y la porquería grumosa y reseca del sobre, ¡jags!). Todavía no estoy segura de querer ponerme bien, pero lo intento. Susana come concentrada en lo que hace: ella sí tiene claro que quiere curarse.

Después de comer, cuando he terminado de escribir la carta a Claudia, Adela me pide que salga de la habitación, que quiere hablar conmigo. Me da un telele. ¿Quizás ha descubierto dónde he estado escondiendo la comida hasta ahora?

No, no es eso. Tiene la noticia de mi incursión para visitar a Inés: la Adela de la UVI se lo ha dicho. ¡Colaboracionista!

Cuando creo que está a punto de regañarme, me dice que comprende que quisiera saber cómo estaba mi compañera e, incluso, que tuviese ganas de hablar con ella, pero que habría sido más correcto que le hubiese pedido permiso, y que ella misma me habría acompañado, como piensa hacer ahora.

—¿Quieres que vayamos?

Le digo que sí. Mientras vamos por los pasillos del hospital y nos metemos en el ascensor, pienso que, a lo mejor, Juan tiene razón. Adela es una buena mujer. Soy yo la que la veo como a una bruja por culpa del malhumor que tengo, de la ansiedad y de esta extraña sensación que no me permite sentirme bien en ningún sitio.

Siempre pienso que si en vez de estar donde estoy siguiera en el instituto, me encontraría mejor. Pero enseguida me doy cuenta de que eso no es verdad. En el instituto lo pasaba tan mal que durante el último mes sólo fui dos días (siempre poniendo falsas excusas en casa), y con la familia tampoco estaba bien. La cuestión es que me gustaría salir de mi propia piel, o sea, huir de todo el mundo. Pero sobre todo de mí misma.

Mi Adela y la otra Adela hablan. Me sonrían y me dejan pasar a ver a Inés. Como no es hora de visita, no coincido con sus padres.

—¿Cómo estás, Inés?

—Mejor, mejor —dice con una voz que empieza a ser la suya—. Mañana me dan el alta y ya puedo volver a la planta con vosotras.

Mejor porque ha recuperado fuerzas, claro. Las serpientes de plástico no han dejado de alimentarla durante estos días en la UVI. Pero la pinta, la misma. ¡Horrible!

—¡Qué bien! Así que mañana nos vemos y charlamos. Te presentaré a la nueva: compartimos habitación.

Las Adelas me hacen una señal y le digo adiós.

Cuando llegamos a la planta, Adela me pide que espere un momento antes de ir al taller de la tarde. Entra en la enfermería y sale con tres revistas de moda. Unas cuantas páginas están marcadas con papelillos a amarillos. Me lleva hasta mi habitación, donde podremos estar solas. Nos sentamos en el sofá y abre las revistas.

—Mira —dice únicamente.

Y cada página que me enseña es una fotografía de la Inés de antes de los trastornos de alimentación, antes de la locura de no comer.

Era guapísima. Y no estaba nada gorda. Ver aquellas fotos de una Inés esplendorosa, toda luz, y compararlas con la Inés de ahora, consumida y apagada, me encoge el corazón. Es una auténtica metamorfosis, como la de Eco. Radio Vilagut: Eco, hija del viento, se enamoró de Narciso —la belleza—, pero Narciso la rechazaba, la despreciaba, la desdeñaba porque sólo podía estar enamorado de sí mismo. Eco, desesperada, se metió en un bosque espeso y caminó y caminó y no comía y se metió en una caverna donde se consumió hasta que le quedaron sólo los huesos, y aún

éstos incluso acabaron transformándose en rocas. De ella sólo quedó la voz.

—Si continúa así se va a morir, ¿sabes?

Digo que sí con la cabeza porque sé que tiene razón y porque me doy cuenta de que yo, como Inés, me he enamorado de la belleza equivocada. Y que me puedo dejar la piel en el intento.

Después del taller de fotografía, que cada día me flipa más, me viene a buscar Olga:

—Tienes visita en la segunda salita.

Cuando abro la puerta, dos exhalaciones salen disparadas del sofá y se me cuelgan una a cada lado del cuerpo. Como dos pendientes. Y me llenan las mejillas de besos-regaliz y de besos-fresa y de besos-quicos. Me encanta. Me noto la cara untada como si la hubiese metido en una caja llena de golosinas. Los pendientes pesan; dejo a los gemelos sentados encima de la mesa. Les revuelvo el pelo, ahora muy corto y sin el mechón azul.

Papá y mamá aprovechan para darme un beso.

—¿Cómo estás, hija? —pregunta mamá.

—Mejor —le digo. Y entonces me doy cuenta de que es verdad: me encuentro mejor que hace unos días. Y no sólo porque hayan venido a verme.

La cara de mamá de ilumina. Papá me hace una caricia poco hábil.

—Tenemos que dejarte con tus hermanos, ¿sabes? Juan quiere que vayamos a una sesión con otros padres.

Los gemelos y yo tenemos un rato largo para charlar y reír.

Desde la mesa me miran, serios, dos pares de ojos verdes bajo un pelo dorado cortado al cepillo.

—¿Comes ya? —pregunta Alberto que, casi al mismo tiempo recibe un codazo de Roberto.

—¡Tío! ¿No te acuerdas de que no podemos hablarle de comer?

Alberto se tapa la boca con una mano y pone ojos de me-he-columpiado.

—Es verdad. Nos lo ha dicho mamá...

—No os preocupéis —los tranquilizo—. No le diré a nadie que hemos hablado de eso —sonríen asistiendo—. Sí, procuro comer.

—¿Lo dices de verdad?

—¿O es una mentira como las que les decías a papá y mamá?

—Sí, decías: «No quiero cenar, ya he comido antes». Y era una trola.

—Los engañabas diciendo que habías picado cuando nos habías preparado el bocata de jamón, pero era una bola.

—No, no es bola: estoy comiendo.

—Entonces, ¿por qué estás aún tan delgada?

—Tardaré algún tiempo en ponerme bien.

—No te vas a morir, ¿verdad?

Los dos pares de ojos verdes se han oscurecido.

—Pues claro que no.

Los dos pares de ojos aún no han recuperado la luz.

—De verdad que me voy a poner bien. Ya lo veréis.

(¿Creo de verdad lo que estoy diciendo? No lo sé todavía.)

—Es aburrido estar en casa sin ti, aunque esté Bes.

—*Atila* también te echa de menos. Muchas veces se duerme encima de tu cama.

—Y si *Candy* quiere subir también, lo echa.

—Claro, en el territorio de la princesa-pies-de-viento no queremos forasteros.

Me hacen reír. Les pregunto por la escuela.

—Bien... —poco convencidos.

—¿Sabes Nelly?

—¿Vuestra novia?

—Ya no es nuestra novia.

—Nos la quitó Leonera.

—Ahora sí que estamos enfadados con él.

—Sí, ya no somos amigos.

¡Pobres! Tan jóvenes y ya con las primeras penas de amor.

Cambian de tema:

—Bes dice que te manda muchos recuerdos.

—¿Ah, sí? Pues que conserve sus recuerdos. No los quiero para nada.

Los dos pares de ojos verdes me miran con sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque me robó el novio a mí también. ¿No os acordáis? Si me lo advertisteis vosotros mismos...

Los dos pares de ojos se miran entre ellos.

—Vamos, que ya no la considero mi amiga.

Cambian de tema:

—Claudia llamó ayer y habló con mamá.

—Mamá le explicó que te has ido a pasar una temporada a casa de tía Maite.

—Para ponerte bien.

—Pero parece que no se lo cree y está muy preocupada por ti.

Cojo la carta que le he escrito a Claudia.

—Esto es una carta para ella. Necesito que se la hagáis llegar.

Los dos cepillos dorados se inclinan arriba y abajo. Sí, sí.

—Se la dais a su hermana. ¿No está en vuestra clase?

—No, está en segundo.

—Pero la veis a la hora del patio o en el comedor, ¿no?

—Sí.

—Entonces, dádsela.

Dos cepillos dorados se mueven adelante y atrás.

—Es muy, muy importante. No la perdáis ni os olvidéis. Sois los mensajeros de la princesa-pies-de-viento hecha prisionera por el capitán azul. Tenéis que salvarme.

Dos mensajeros, con cepillos dorados, están dispuestos a vencer cualquier dificultad para que la misión no fracase.

Capítulo 7

CASETE 14. Cara A. Sesión individual.

Terapeuta: Juan M. Paciente: Marta P.

T. —Bien, Marta, ahora ya lo hemos descubierto. Sabemos cómo hacías las trampas.

P. —Lo sé. Me lo cantó Susana ayer por la noche cuando volvía a la habitación después de la visita de mi familia.

T. —Pero ella no tuvo la culpa. Ahora no la acuses de chivarse.

P. —No, ya lo sé. Me dijo que no tenía ni idea de que se iba a montar aquel follón cuando se quejó del olor.

T. —Claro. Adela ya había empezado a notar que de algún sitio salía muy mal olor, pero no sabía de dónde.

P. —¡Ah! Por eso hizo venir a un fontanero...

T. —Sí, pero naturalmente los desagües estaban bien porque el problema venía de los ositos de peluche.

...

T. —Y, claro, Susana, que pasa muchas más horas que Adela en la habitación, no lo pudo aguantar más y se quejó. Entre su nariz y la de Adela se pusieron a rastrear el pestazo hasta llegar a la panza de los ositos...

P. —Donde había metido todo lo que no comía. Es verdad.

T. —Si lo supiesen los gemelos...

P. —¡Jo! No se lo vas a decir, ¿no?

T. —¡Venga ya! ¿Me tomas por imbécil? No, no se lo diré a nadie, pero tú tienes que prometerme que no vas a hacer más tonterías: se han acabado las trampas y las mentiras; vas a volver a comer...

Volver a comer, sí... De hecho ¿cuándo dejó de comer de verdad? Le parecía recordar que coincidió con la época en que su madre iba de cráneo.

En casa el humor se había estabilizado. El padre-merengue estaba motivado y continuaba contento y afectuoso. La madre, con ayuda de Bes, ya no echaba fuego por los ojos y, además, parecía sorprendida pero encantada con aquel hombre-merengue que

todavía lo era más con ella que con los hijos. El Conflicto A no estaba resuelto del todo pero parecía que ya le tenían cogido el tranquillo.

El padre había llegado exultante (eso sí que era un cambio de primera magnitud), blandiendo un sobre blanco delante de las narices y, por la pose que ponía y el tono de voz con que lo explicaba, parecía que acababa de tocarle la lotería, Pero no.

—Mira, Rosa, mira.

Rosa levantó la cabeza y dejó los papeles que estaba revisando en aquel momento sobre la mesa del comedor, últimamente trabajaba más que nunca porque se había producido una baja en la consultoría. No se sabía muy bien por qué la mayor parte de lo que no podían hacer los otros le había caído a ella encima. «Como siempre —le había dicho Pedro—, porque como te sientes responsable de todo y de todos, acabas pillando cualquier trabajo extra.» La madre no había contestado. Andaba de cabeza, la pobre.

—¿Sí? —preguntó frotándose los ojos.

—Necesitas gafas, Rosa. ¿No te das cuenta? —Pedro aprovechó para subirse las suyas con un toque del índice.

—Sí, sí... —se lo quitó de encima porque aquella cuestión ya hacía tiempo que circulaba.

—Me han citado de una de las empresas a las que escribí.

—¡Qué bien! Déjame la carta —le reclamó con una mano, mientras con la otra apartaba el hocico de *Atila* que, subido a la mesa, olisqueaba papeles—. *Atila*, baja ahora mismo.

Atila dio un salto, ofendido, y se alejó por el pasillo con la cola alta. *Candy*, enroscado en el sofá, abrió un ojo y lo miró, indiferente a los estados de ánimo de aquel gato vulgar.

La madre alejó la carta de los ojos para verla mejor y, a medida que la leía, le iba cambiando la expresión de la cara. Estaba estupefacta.

Marta y los gemelos se miraban con aire de expectación. ¿Qué tendría de extraordinario aquella carta?

—Pero... ¿esto qué es? No te buscan como informático.

—No. Ninguna de las empresas a las que he enviado el currículum por si tenía posibilidades de entrar como informático me ha contestado. En cambio, esta sí.

Papá nos lo explicó: lo citaban (eso no quería decir que lo fueran a contratar, pero ya era un paso) para hacerle una prueba. Era una empresa que se dedicaba a reproducir cuadros muy conocidos, pero en lugar de hacerlo por medios mecánicos, lo hacían con técnicas pictóricas de verdad. Para copiar los cuadros tenían bastantes pintores artísticos, pero ahora necesitaban más.

—A ver si al final te va a ser más útil el curso de pintura que el de informática —dijo la madre, que siempre había pensado que las clases de pintura le iban a servir de entretenimiento y para mejorar el humor, pero no para encontrar trabajo.

Lanzó una mirada circular para abarcar el pequeño salón-comedor, que en los últimos tiempos estaba más desordenado que nunca. Además de las carpetas y los papeles de trabajo de la madre, esparcidos en todo momento por la mesa, y del circuito de Montmeló y el campamento indio y el fuerte del capitán azul de los gemelos, estratégicamente (la estrategia consistía en que todos tropezaban con ello una o dos veces por día) situados a un lado del sofá y delante de la tele, ahora también había la mesita baja con el teclado, la pantalla y el ratón (la CPU estaba en el suelo porque no cabía en ningún sitio, y lo mismo pasaba con la impresora, que iba del suelo a la mesa del comedor según tuviese que imprimir o no). Y por si aún faltaba algo, el padre había instalado en un rincón, entre la televisión y el campamento indio, un caballete de pintura, y las acuarelas, los tubos de óleos y los pinceles. Menudeaban las escaramuzas entre los comanches y el pintor, y la causa era siempre la ocupación del territorio del contrario. Para completar aquella jaula de grillos, *Atila* y *Candy* echaban carreras, pegaban saltos y lanzaban marramiuau persiguiendo a dos ratones (dos, para que no se peleasen) mecánicos. Era, realmente, una casa de reposo.

—Qué guay, papá. Serás como Picasso o Velázquez —los gemelos estaban encantados con un padre famoso.

—¡Guay!, se lo vamos a contar a Leonera.

—Que no, enanos, que no. Que papá no va a ser como Picasso —aclaró Marta—. Una cosa es hacer obras de arte y otra, copiarlas.

A los gemelos no les interesaba hacer caso de lo que decía su hermana.

—Tenemos razón, ¿no, papá?

—No, no la tenéis. Pero Marta sí.

—¿Quieres decir que no van a poner tus cuadros en un museo?

—No, solo algunas personas los pondrán en su casa. Además, no estarán firmados. Como los habré copiado, no podré poner mi nombre ni el del pintor original.

—Pues vaya. ¡Qué birria!

—Además, todavía no tengo el trabajo. Lo conseguiré solo si les intereso.

Los gemelos parecían encantados.

—¿Y cuándo los vas a saber?

—¡Huy! Puede ir para largo. De momento, pasado mañana tengo que presentarme allí. Pero, seguramente, querrán ver a más gente y, después, se tomarán un tiempo para decidir... Ya lo veremos.

Antes de aquella entrevista con la empresa-copia-cuadros, Rosa tuvo que irse de viaje.

—Tendré que estar fuera dos semanas. Os arreglaréis sin mí, ¿no?

Marta levantó la cabeza del libro que estaba leyendo y pensó: «Ahora viene *La vida familiar sin mamá-manual de instrucciones*».

Sí, efectivamente, una ristra de indicaciones, recomendaciones, listas pegadas en la nevera (turnos de trabajos, menús previstos, teléfonos más importantes).

—... Que los gemelos se tomen por la noche una cucharada de jarabe antes de ir a la cama.

(¡Ags!)

—... Que os acordéis de bajar la basura.

—... Que no mezcléis la ropa oscura con la clara en la lavadora, que después queda todo de color de perroapaleado.

—¡Y se acabó! —remató Pedro con un sentido del humor inusual en él.

—Mamá, te aseguro que vamos a sobrevivir sin ti —la tranquilizó Marta.

—O.K. que andamos a hacerlo todo —añadió Bes, que continuaba usando unas construcciones macarrónicas.

Las prisas de Marta por perder más peso coincidieron con aquella ausencia.

Primero suprimió el arroz, las patatas y la pasta, que la dietista le permitía cuatro veces por semana, y las rebanadas de pan de todos los días. Después decidió que tomaría café sin azúcar. La báscula iba bajando cada vez más rápido: ¡51!

Después decidió que no era suficiente con suprimir determinados alimentos de los menús que le había puesto la dietista. Puso toda su capacidad de trabajo (que era mucha), todo su amor a los libros (que era casi ilimitado) y toda su curiosidad (que era grande) al servicio de un único objetivo: aprender lo que pudiese sobre dietética. Y se tragó un montón de libros sacados de las estanterías de sus padres, prestados de la biblioteca municipal, comprados en una librería o, incluso, en algún quiosco. Lo leía todo sin calibrar la clase del material que le caía en las manos. A partir de esa investigación decidió que los lípidos, o sea, las grasas, no le convenían, de manera que eliminó las aceitunas y el aceite de las ensaladas, tampoco le interesaban los glúcidos y por eso empezó a comer yogures en vez de frutas; las proteínas le parecía que también le podían engordar, así que se olvidó de que existían la carne, el pollo o los huevos, y solo con esfuerzo se acordaba del pescado.

La báscula continuaba bajando: ¡48,5!

Marta estaba eufórica. ¡Qué fácil era adelgazar!

A los gemelos les parecía que ir al supermercado con Marta había dejado de ser divertido. Se paraba delante de todos los productos para leer las etiquetas: tantas calorías, tanto de grasa, tanto de lípidos... Se interesaba solo por los productos *light*.

—Venga, Marta, ¡vamos a comprar un helado!...

—¡Huy! No, demasiadas calorías.

—Bueno, ¿y estas galletas?

—Tampoco, tampoco. Demasiado azúcar y harina.

Los gemelos se miraban, se ponían un dedo en la sien y lo hacían girar: ¡se ha vuelto loca de remate!

La báscula seguía bajando: ¡46!

Pero Marta ya no estaba tan eufórica. Empezaba a estar triste, cansada y obsesionada por la comida. Tenía pesadillas: soñaba que

comía un paquete entero de galletas de chocolate o un buen panecillo lleno de queso. Se despertaba sudando de angustia, se sentía culpable por haber roto la dieta. Cuando se daba cuenta de que todo había sido un sueño, se tranquilizaba un poco. Pero solo un poco, porque el hambre no la dejaba dormir.

Si comía, se notaba llena y sucia. Por eso empezó a utilizar laxantes. En la farmacia del barrio, cuando compró la tercera caja en poco tiempo, la miraron con mala cara: lo notó. Decidió hacerse con los laxantes en sitios diferentes para que nadie sospechase. A veces, incluso, muy lejos de casa.

Se refugió más en el estudio. Esa había sido siempre una buena solución. Estudiar, estudiar y sacar muy buenas notas. Pero nada más que estudiar y entrenar cada día un poco más, para compensar las calorías que se metía en el cuerpo.

Después, de repente, la báscula se paró. Marta se subía unas cuantas veces al día para comprobar si había habido alguna variación. Pero nada: encallada en 45,5.

Pensó que había llegado la hora de comer aún menos, o sea, de no comer.

Empezaron las mentiras:

—Hoy no voy a comer porque me duele la barriga.

El padre levantaba los hombros y continuaba a su bola.

Bes lo escuchaba sin intervenir, pero levantaba una ceja.

—No me siento con vosotros a la mesa porque ya he comido antes.

El padre, que muy bien.

Los gemelos, ¡trollera!

—No me hagas nada de comer porque no tengo apetito.

El padre, muy bien, no la forcemos.

Bes, escéptica.

Los gemelos, está majara.

Y si finalmente no tenía más remedio que sentarse a la mesa, escarbaba en el plato, y las pastas que hacía iban a parar al cuenco de *Atila* y de *Candy*, que pasaron de ser unos gatos esbeltos a unos gatos lustrosos, a una especie de cerdos con pinta de gatos.

La báscula: 44.

Con los kilos se iba yendo también el buen humor que, tiempo atrás, tenía Marta. Se sentía una mierda. Sí, una mierda. ¿Por qué iba a quererla Ricky o quien fuese si no valía nada? ¿Qué chico podía interesarse por ella? «Soy fea, tengo poca gracia, me cuesta hacer amigos... No puedo gustarle a nadie.»

Cada vez tenía más frío. Era igual que se abrigase con calcetines de lana o con jerséis gordos: el frío se le había metido en el cuerpo y no la quería abandonar. Siempre con la piel de gallina.

Cada día más irritable, más malhumorada y más neura. Incluso con los gemelos ya no era la de antes.

T. —De todas formas, estoy contento. ¿Sabes por qué?

P. —Sí. Porque por fin estoy engordando.

T. —Sí, señora. 40.5, una victoria. Muy bien, Marta. ¿Tú cómo lo ves?

P. —Bien y mal.

T. —¿Me lo explicas?

P. —Bien porque me encuentro un poco mejor y porque así me iré antes. Mal porque tengo mucho miedo...

T. —Miedo, ¿de qué?

P. —Ya lo sabes. De descontrolarme. De engordar mucho.

T. —Nosotros estamos aquí para eso: para enseñarte a comer de una manera normal, sin que te pongas gorda.

P. —Tengo miedo de que cuando esté en casa, sin nadie que me vigile, vuelva a...

...

P. —Tengo miedo de que en casa mi cuerpo me guste tan poco que empiece a vomitar.

Había empezado a vomitar aquella tarde que Ricky y ella se quedaron solos en casa, de acuerdo; pero la familia no se dio cuenta hasta que la madre volvió del viaje.

—¡A ver, todos, contadme lo que ha pasado mientras yo estaba fuera! —pidió aquella noche después de haber repartido besos, pero antes de quitarse la chaqueta y de deshacer las maletas—. A ver...

No continuó: se le abrió la boca y los ojos se le pusieron como pelotas de ping-pong.

—¡Marta! ¿Pero qué te ha pasado, hija?

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el padre, inquieto.

—¿Pero no ves cómo ha adelgazado? ¿Es que no te has dado cuenta?

El padre, al parecer, no. Bes levantaba una ceja y callaba. Los gemelos se daban codazos y cuchicheaban.

—No es nada, mamá. No seas exagerada. He adelgazado un poco pero se acabó.

—Desde luego que se acabó. No quiero que pierdas ni un kilo más. ¿Me has entendido?

A la hora de cenar, Marta no encontró forma de escaquearse. Tuvo que sentarse a la mesa con todos: patatas rellenas de atún, sardinas rebozadas y un plátano.

—Acábatelo todo, Marta.

—Si no puedo más, mamá.

—Pues da igual. Todo ¡y se acabó!

¡Adentro! Después le ardía el estómago, la barriga hinchada como un neumático, no podía andar, se sentía sucia y desgraciada. No podía dormir con toda aquella losa en el estómago.

Se levantó sin hacer ruido. Bes respiraba acompasadamente; dormía. Abrió la puerta muy despacio. Su gato-cerdo entró para saltar, sin ninguna gracia, a su cama. Marta sacó la cabeza por la abertura de la puerta. La casa descansaba; ninguna luz, ningún ruido, ningún testigo para lo que iba a hacer. Entró en el baño, cerró la puerta (malditos padres, que se negaban a ponerle un pestillo), levantó la tapa del váter, se metió los dedos en la boca, hacia la garganta, bien abajo, hasta que una masa grumosa, marrón maloliente, salió con fuerza, como si fuese un surtidor. Las arcadas le contraían la barriga y ahora ya no salía ninguna masa sino un hilillo amarillo, también maloliente. Arrancó un trozo de papel higiénico y aún le colgaban los hilos pringosos de los labios cuando vio a los gemelos, apoyados en la puerta: la habían abierto sin que ella se diese cuenta.

—¿Qué te pasa, Marta?

—Nada. Vomito.

—¿Te encuentras mal?

—Vomito las arañas que tengo en la barriga.

Ojalá no hubiese dicho nada. Quizá podía haberlos camelado para que no se lo chivasen a los padres. Pero ya era tarde; la

respuesta los había disparado:

—Mamá, mamá. Marta debe de tener gusanos en la barriga.

—Está gomitando.

La madre apareció despeinada y legañososa.

—¿Qué te pasa, Marta?

—Nada, mamá, algo que me ha sentado mal.

—No te preocupes, mamá. A veces le pasa, ¿no, Marta? —
intervino Alberto.

—Sí, cuando tú no estabas también gomitaba pero no le pasaba nada —aclaró (como si a aquellas alturas hubiese algo que aclarar) Roberto.

—Venga, todos a dormir. Y tú, Marta, bebe un poco de agua de Vichy.

Al día siguiente, cuando se levantó, Marta encontró a su madre colgada del ordenador. «Vaya —se dijo—, ahora esta se nos ha dejado atrapar por la red.» Pero como se quedó intrigada, cuando estuvo sola en casa (no puedo ir al instituto, todavía no me encuentro bien), buscó en «favoritos» y encontró una nueva dirección añadida por su madre: *anorexia*.

T. —¿Te has decidido a decirle algo a Claudia?

P. —Le he escrito una carta.

T. —¿Y?

P. —De momento nada. Se la di ayer a los gemelos para que se la hiciesen llegar.

T. —¿Tienes ganas de hablar con ella?

Marta recordó su última conversación con Claudia, aunque llamar a eso conversación era sarcástico porque se habían peleado como el perro y el gato.

Todo había empezado con una de aquellas barritas milagrosas que te permitían pasar el día «bien alimentada y sin engordar», según anunciaban las revistas de cotilleos, que parecían ser la única lectura de Bes. Abrías cualquier revista de aquéllas y te tropezabas con un anuncio de barritas. Prácticas y, encima, ¡tenían buen sabor, las puñeteras!

Ella había utilizado aquellas galletas para desesperación de Claudia, que para entonces estaba sobre aviso de sus problemas con la comida.

Fue precisamente un mediodía, después de que algunas compañeras se hubiesen ido a comer, cuando estalló entre ellas una bronca ácida, durante la cual por primera vez se pronunció la palabra tabú: a-no-re-xia.

—¿Vienes? —le dijo Claudia, metiendo los libros en la bolsa—. Vamos al bar a tomar un plato combinado.

—No, no me esperes.

—¿Qué vas a comer?

—Una de esas galletas que sustituyen la comida. Prefiero no perder el tiempo porque quiero repasar el examen de historia.

—¿Una de esas galletas que sustituyen la comida? ¿Y por qué no una manzana? O quizá baste con un vaso de agua —le dijo con sorna.

—No tengo hambre —le contestó tratando de pasar de puntillas por la conversación y salir indemne.

—Claro. Si últimamente nunca tienes hambre, guapa. ¿Qué pretendes? ¿Alimentarte del aire?

Marta habría querido evitar el tema, pero no sabía cómo. Las compañeras habían desaparecido camino del bar y Claudia con los brazos en jarras, delante de la puerta, no parecía dispuesta a dejar que se escabuliese como había hecho tantas veces.

—Ya sé que no me crees, pero como mucho.

—Pues chica, no sé qué es mucho para ti, pero es evidente que para tu cuerpo no lo es. Te estás quedando como un cadáver.

Marta miró alrededor para encontrar una ayuda que no podía venir de ningún sitio. Se sentía acorralada y no sabía cómo defenderse.

—¿Pero tú te has visto el cuerpo? Estás tan delgada que empiezas a dar asco.

Marta bajó la cabeza y continuó muda.

—Además —prosiguió Claudia—, no sé si te has dado cuenta de que últimamente solo hablas de comida. Esto engorda más que esto otro; un plátano tiene más calorías que una manzana; tomaré un cortadito, que así se me pasan las ganas; el chocolate, ni probarlo...

—Bueno, ya sabes que empecé un régimen para adelgazar un poco —se justificó Marta.

—Sí. Y por eso al principio te ayudé: me pareció bien que te quisieses quitar algún kilo. Pero te has vuelto loca que. Cuando no hablas de comer, haces discursos sobre quemar calorías con el deporte; a cada momento me preguntas por tus michelines, tus cartucheras, la barriga; te obsesionas con los cuerpos de las modelos, analizas el de todas nosotras un día sí y otro también.

—¡Está bien! —soltó Marta con rabia—. ¿Y a ti qué te importa?

—Pues claro que me importa. Eres mi amiga, a pesar de que como amiga estás empezando a ser un rollo. Ya no se puede hablar contigo de nada. Y tampoco se puede ir contigo a ningún sitio porque siempre tienes miedo de engordar.

A continuación, se produjo un silencio incómodo hasta que lo cortó Claudia:

—Naturalmente que me importa. No quiero que te vuelvas anoréxica.

La palabra produjo el efecto de un cuchillo que se clavase en una tela y la rasgase. Y este fue el comienzo de un alejamiento que no había dejado de crecer hasta convertirse en un abismo, que, si su carta no le llegaba derecha al corazón, podría ser, quizás, insalvable.

T. —¿Viste ayer por la noche en la tele *River of no return*?

P. —Sí.

T. —¿Y qué te pareció?

P. —Un pelín anticuada y sentimentaloides.

T. —No me refería a eso. ¿Te fijaste en Marilyn cuando lleva los vaqueros y están en la balsa intentando pasar los rápidos del río sin ahogarse?

P. —Mmm.

T. —¿Y qué? ¿Cómo la encontraste? Porque la debías de estar mirando con lupa, ¿no?

P. —Gordísima.

T. —Pues era un *sex-symbol*. Una tía buenísima, vaya.

P. —Pero si era una vaca...

T. —No para los patrones de aquella época.

P. —Pues, vaya, qué suerte haber vivido en la época de Marilyn.

T. —¿Te das cuenta? Las cuestiones estéticas son culturales: lo que gusta en una época no gusta unos años adelante; lo que en algunas zonas geográficas es de buen gusto, en otras es terriblemente ofensivo.

P. —Sí. De acuerdo. Pero yo vivo en este pedazo del mundo, y ahora.

T. —Lo que te quiero decir con esto es que cuando estas cuestiones estéticas no afectan a la salud, no tienen ninguna importancia. Tanto da que te peles al cero como que te pongas trencitas por toda la cabeza. Pero cuando afectan... entonces ya es otra cosa. Por ejemplo: en China antes vendaban los pies a las niñas para que no les creciesen. A los hombres les gustaban las mujeres de pies pequeños. Resultado: cuando las niñas crecían no podían andar porque se les habían deformado, o incluso roto, los huesos. Y tantas otras aberraciones...

P. —Tú lo has dicho: los hombres preferían a las mujeres con los pies pequeños. Como pasa ahora con las delgadas...

T. —Tienes razón. Ellos tienen una parte de responsabilidad en todo este asunto. Pero vosotras también, por dejaros atrapar.

P. —No sé qué decirte.

Y recordó aquella tarde, sola en casa con Ricky. Su madre hacía doce días que se había marchado de viaje. Bes se había ido al cine. El padre se había llevado a los gemelos al campo, a casa de la tía Maite. Ella se había escaqueado inventándose un partido de balonmano el sábado. ¡Y un cuerno, que se iba a sentar ella a la mesa con toda la familia para que la hiciesen tragar como un animal! Con el esfuerzo que le estaba costando perder aquellos kilos...

Ricky llamó para ir al cine, pero cuando supo el plan familiar cambió de opinión: ¡la Tarde y la Casa para ellos dos solos! ¡Auténtico! Choclatinas, manzanas y lo que cayese.

Tanto como había soñado con ello después de aquel atardecer en la playa y, ahora que él estaba a punto de llegar, le parecía que no tenía ganas. Como si perder interés por un tipo de choclatinas le hiciese también perder las ganas de las choclatinas de Ricky.

—¡Genial! —gritó él echándose en el sofá nada más entrar.

—Sí —dijo Marta con poca convicción.

—Ven aquí —le pidió dando un puñetazo en la tapicería del sofá. Se levantó una nubecilla de polvo.

—¿No quieres tomar nada? ¿Una coca-cola?

—No, nada. Te quiero a ti.

Marta fue a sentarse al sofá. Un poco alejada. Bastante rígida. Muy asustada. Oía el ruido del motor de la nevera como un pitido. El ruido del tráfico en la calle, un ruido amortiguado. ¿Quizá también el ascensor deteniéndose en el relleno de casa?... No, eso debía de haberlo imaginado.

Ricky la cogió por el cuello un pelín bruscamente. Marta, ¡plaf!, se encontró una chocolatina en la lengua. No sabía si le apetecía. Bueno, probablemente sí, un poquito. Bastante. Mucho.

Las chocolatinas eran dulces, muy dulces, y le llenaban la boca. Las notaba húmedas, sobre la lengua, contra el paladar. Apenas tenía tiempo para respirar cuando, de nuevo, volvía a tener la boca llena. El gusto a chocolatinas se le extendía por todo el cuerpo y la llenaba de una sensación cálida, como aquel atardecer en la playa.

Había dejado de oír el pitio de la nevera y el rumor de la calle. Ya no se fijaba en ningún murmullo que no fuese el chasquido del chocolate deshaciéndose sobre su lengua o el pum-pum del corazón, que le saltaba por el pecho como si el chocolate le diese cuerda.

Una Mano, la derecha, que ya conocía el camino, se había deslizado por debajo de la camiseta, y con la seguridad que dan los territorios explorados le acariciaba la piel. Cuando notó el contacto de la mano moviéndose encima, se estremeció (de emoción), el corazón se le alborotó; ahora notaba los pum-pum en el cuello, parecían cañonazos.

Los estores filtraban la luz del sol y la tarde era dorada.

—Ven —dijo Ricky y, con un gesto, la sentó en su regazo.

Marta le notó la erección y se estremeció (de emoción y de, de... no-sabía-qué). La mano continuaba acariciándole la piel y arriesgándose por territorios nuevos: la depresión de la clavícula, los pelos de las axilas (se estremeció de cosquillas), el hoyuelo del ombligo... La mano se paró. La mano derecha reptó por la espalda y, ayudada por la izquierda, desabrochó el sujetador: las dos manzanas quedaron libres y las manos cogieron una cada una y las

sostuvieron. Las manos estaban quietas. Ricky tenía los ojos cerrados. Marta respiraba entrecortadamente.

Ricky abrió los ojos negros, grandes, brillantes, como para perderse en ellos, vaya. Sonrió y le preguntó:

—¿Dónde está tu habitación? —y antes de que tuviera tiempo de contestarle, añadió—: Vamos.

Marta se estremeció (de angustia).

Las dos manos soltaron las dos manzanas, debajo de ella, se pusieron planas una en cada lado de aquel melocotón y, haciendo palanca levantaron a la chica.

Aunque era Marta la que conocía el terreno, era Ricky el que iba delante y la arrastraba.

—¿Esta? —dijo señalando la puerta de la habitación de sus padres.

Marta dijo «no» espantada.

—¿Esta?

Marta dijo «sí» con resignación. Porque lo tenía claro: entrarían en su habitación, de acuerdo, si eso era lo que él quería, pero de NINGUNA manera Ricky la vería desnuda. Había adelgazado ya unos cuantos kilos, pero aún no tantos como habría querido. Todavía no parecía Winona Ryder, puede que el vestido negro le quedara todavía demasiado ajustado (de hecho, si hubiese existido le hubiera quedado grande).

Entraron en la habitación. Ricky cerró la puerta. Ella se quedó de pie, temblando y sudando, de vergüenza, de angustia, de miedo.

Ricky se sentó en la cama y la llamó.

Ella se acercó muy len-ta-men-te. Al fin, llegó y se arrellanó a su lado. No decía nada.

La Mano (!) empezó a enrollar la camiseta de Marta hacia arriba.

—¡No! —gritó ella. De un golpe obligó a la mano a retroceder.

Ricky abrió unos ojos como platos.

No, pensó ella. No quería que le viese las tetas gordas, nada que ver con las cerecitas de las modelos; ni la barriga, tan diferente de los vientres lisos de las modelos; ni el culo, como una plaza de toros...

Ricky no entendía nada y ella no le aclaraba nada.

Ricky reaccionó: con una sonrisa le metió una chocolatina en la boca. Mmm. Bueno, chocolatinas, sí. Pero nada más.

Otra vez las chocolatinas le reblandecían el cerebro y le debilitaban la voluntad.

La mano hizo otra incursión, que fue rechazada con más violencia que la primera.

—¡No! —gritó Marta. Y se irguió de un salto.

Los ojos como platos la miraban.

—Pero ¿qué coño te pasa?

—Nada.

—Ya estamos: nada. Entonces, ¿por qué no quieres...?

—Porque no.

—*Porque no*, no es una respuesta.

—Porque... —no le apetecía decirle: porque estoy gorda, porque me da asco mi cuerpo, porque te vas a reír de mí cuando me veas—, porque...

Ricky se estiró en la cama. Los brazos abiertos y las manos bajo la cabeza. Los pelos revueltos. Los ojos mirando al techo. Estuvo así más de diez minutos, mientras Marta erguida en el borde de la cama, se miraba la punta de los zapatos.

Él se incorporó.

—No te entiendo, ¿sabes? —con una voz que parecía papel de lija del número tres.

Ella continuó mirándose la punta de los pies, sin abrir la boca.

—Si no piensas decir nada, por lo menos podríamos merendar. ¿Dónde está la coca-cola que antes me has ofrecido?

Marta, contenta de librarse de la situación pero tampoco demasiado porque (no era tonta) se daba cuenta de su irritación, fue a la cocina. El la siguió sin decir nada. Los ojos le brillaban (y no precisamente de entusiasmo).

A Ricky, la decepción le había abierto el apetito. A Marta, la angustia la hizo comer al mismo ritmo que él: cuatro bikinis (uno y medio marta, él el resto), seis magdalenas (tres cada uno), una tableta entera de chocolate (a saber cuál de ellos había comido más) y dos coca-colas cada uno.

Se habían instalado en el sofá. No hablaban, solo comían y lo llenaban todo de migas. Hasta que Marta dijo:

—Perdóname un momento.

Fue al baño. Se miró la barriga: hinchada. Terriblemente hinchada. Como si se hubiese tragado un buey. ¿Cuántos kilos podía haber engordado en aquel rato? «Estúpida, estúpida», se dijo. Tantos días pasando hambre para echarlo a perder en un momento. Tenía que arreglarlo. ¿Pero cómo?

Y aquellas náuseas. Notaba cómo se le movían las tripas y le hacían ruido, gloc-gloc, como si fuesen tuberías tragando desechos. Y se sentía sucia y asquerosa...

«¿Y si intentase vomitar?», se dijo. Apenas tuvo tiempo de pensarlo una segunda vez porque los dos dedos, como si tuvieran voluntad propia, se le metieron en la garganta. Tiró de la cadena para que el ruido del agua atenuase el chapoteo del vómito.

«¡Qué fácil!», pensó.

Limpió el váter. Se lavó los dientes tres veces. Hizo gárgaras con un colutorio de menta. Se lavó a conciencia (ya había empezado hacía algún tiempo los rituales de contar todo hasta veinte y repetirlo todo tres veces) la cara y las manos. Se peinó. Se puso colonia en el cuello y las sienes. Se sintió capaz de presentarse delante de Ricky (¡pero no de recibir otra chocolatina!).

Cuando salió, Ricky estaba en el sofá, igual que antes, pero acompañado de Bes. Charlaban animadamente.

—¡Ah! ¿Ya has llegado? Has tardado mucho...

—No me encuentro muy bien.

—Bueno, como ya ha llegado Elizabeth y te dejo en buenas manos, me voy.

Bes sonreía (¿maquiavélicamente?) beatíficamente. Ricky se marchó.

Aquella tarde había sido la de la Segunda Gran Bronca.

T. —Marta, tienes que dejar de relacionarlo todo con el aspecto físico. Ya habéis trabajado la autoimagen corporal con Patricia, ¿no?

P. —Mmm.

T. —Y sabes que la autoimagen no se basa solo en el físico; también cuenta la imagen que tienes de tu personalidad...

P. —Sí. Mírame: introvertida, tímida y últimamente una harpía.

Porque era una harpía. Como los seres mitológicos, maléficos y alados que, según la Vilagut, raptaban a los niños y a las ánimas de

los difuntos. Ella no raptaba a los chiquillos, pero los asustaba. Como aquella tarde en casa:

—¡Ya podéis salir ahora mismo de mi habitación!

Los gemelos no podían creer lo que oían. El mechón azul se les disparó.

—¿Pero qué te pasa, hija?

—¿Que qué me pasa? ¿Y aún tenéis el morro de preguntarlo?

Los mechones azules decían que sí (que sí que te lo preguntamos), que no (que no sabemos de qué vas).

—¿Quién le dijo a mamá que yo estaba vomitando, eh? ¿Quién?

Los mechones azules temblaban: nosotros, claro. ¿Es que no teníamos que habérselo dicho?

—Sois unos idiotas, unos críos, no entendéis nada de nada y os metéis donde no os llaman...

Los mechones azules se miraban entre ellos: Jo tú, cada día está más loca, pero ahora, incluso, parece peligrosa.

Un mechón azul dijo:

—Tienes un mal día, ¿eh?

El otro mechón azul añadió:

—Todos los días tiene un mal día, ¿no?

Marta aulló y los mechones azules salieron de la habitación con la quinta puesta.

Unos diez minutos más tarde, cuando Marta ya se arrepentía de haberles montado aquella escandalera y se odiaba (por enésima vez) a sí misma, los mechones azules asomaron la cabeza por la puerta:

—¿Sabes qué, maniática?...

—... tienes tan mal genio...

—... y eres tan insoportable...

—... que no nos extraña nada...

—... que Ricky pase de ti...

—... y se haya enrollado con Bes.

Los mechones azules desaparecieron antes de que les estampase un zapato en la cabeza.

Marta quedó tocada y hundida.

T. —Depende, también, de cómo percibas tus aptitudes...

P. —Ninguna facilidad para hacer amigos, saco muy buenas notas pero solo porque me mato estudiando...

T. —Déjame terminar, Marta. Si ves más aspectos positivos que negativos, tienes una autoestima satisfactoria. Pero si pasa al revés, tienes una autoestima negativa. Ahora mismo quiero que cojas este papel y escribas en él las aptitudes que ves que tienes, las características de tu personalidad que consideres más satisfactorias y los aspectos funcionales y estéticos de tu cuerpo que consideres más positivos. Después, quiero que le pidas a alguna interna, a tu madre y, si puede ser, también a Claudia que escriban su opinión. Te darás cuenta de que los demás ven muchos más aspectos positivos que tú.

Marta leyó la hoja que le daba Juan. Decía:

AUTOIMAGEN

Aptitudes:

Personalidad:

Opinión propia:

Opinión social:

Cuerpo:

Aspecto funcional:

Aspecto estético:

Y se dispuso a rellenarlo.

Capítulo 8

UNO, dos, tres. Uno, dos, tres. Uno, un pie sobre la baldosa blanca; dos, el otro sobre la roja (sin pisar la raya de separación); tres, el primero otra vez sobre la blanca (sin perder el equilibrio, sin pisar la raya)... Si lo consigo, seguro que no voy a engordar, seguro que no me voy a poner como una foca, seguro que voy a recuperar el buen humor.

¡Ostras! Mónica me ha dado un golpe, he perdido el equilibrio y he pisado una raya. ¡Qué rabia! ¿Qué hago? ¿Vuelvo a empezar? ¿Continuó desde donde estaba?...

¡No! Nada de eso. Dejo de hacer tonterías. Así: piso todas las rayas, aunque se me encoja el corazón, ando sin mirar en dónde pongo los pies, aunque me parezca que rompo el hechizo. Todo esto son tonterías. Juan me lo ha repetido un montón de veces: son rituales que hago obsesivamente, como consecuencia de la enfermedad. Lo mismo que lavarme tres veces contando hasta veinte. También era lo que hacía en casa: pesarme todos los días siete u ocho veces y llevar un registro del peso y las calorías y... ¡Uf!

Pero, por lo menos, por una vez desde hace mucho tiempo, he conseguido parar. Está bien, muy bien. Quizás es porque empiezo a engordar y a encontrarme mejor. Es cierto. Pero también tengo mucho miedo de ganar peso, tanto, tanto que, en algún momento, me gustaría volver a hacer trampas para perderlo. Tengo envidia de las internas que hacen trampas. Pero también la tengo de las que están completamente decididas a ponerse bien, como Susana.

He conseguido llegar a la sala de sesiones pisando rayas, baldosas y todo lo que se me ha colgado por delante. ¡Viva!

Entro y veo que Patricia ha puesto en un mural un póster de fondo granate con la fotografía de una muñeca articulada desnuda, como una especie de maniquí de los que utilizan en los escaparates de las tiendas de moda. Solo que, en este caso, el maniquí no es esmirriado, lánguido, con pómulos marcados y aire desganado, sino que es una mujer con michelines en la cintura y a la altura de las lumbares; con muslos gordos como jamones; con unas tetas tipo

melones y un poco caídas; una cara redondita (¡y sonriente!, como si se sintiese orgullosa de ser ella misma), con mofletes y papada. Vaya, exactamente lo contrario de lo que yo quiero ser.

—Esta es Ruby —nos la presenta Patricia.

Nos explica que forma parte de una campaña que ha puesto en marcha una cadena de productos de belleza instalada en muchos países. La muñeca («la antimodelo», pienso) se llama Ruby en recuerdo de Rubens, un pintor flamenco de finales del siglo XVI y principios del XVII que pintaba las mujeres con formas redondeadas y llenas, ¡es decir, femeninas! Esta cadena internacional se ha propuesto reivindicar las curvas y conseguir que las mujeres se acepten como son. Dice el eslogan de esta empresa (Patricia aclara que no se refiere a la población total femenina del mundo, sino solo a las mujeres, sin que se sepa a partir de qué edad empiezan a contar): «Hay tres mil millones de mujeres en el mundo y solo ocho son supermodelo».

Como para tenerlo en cuenta, ¿eh? Porque si tres mil millones de mujeres son redonditas, con curvas, con caderas anchas, con barriguitas redondeadas, con cartucheras, con melones y toda la pesca, ¿a qué se debe que todas queramos ser escurridas y planas como un cristal? ¿Quién nos lo ha metido en la cabeza? ¿Los modistos de alta costura? ¿Los publicistas? ¿Las revistas del corazón? ¿Los chicos, que también se han dejado comer el coco con el nuevo modelo de mujer? Y por culpa de toda esta gente ¿hay que perder la salud e, incluso, la vida?

Después Patricia nos da una clase sobre la composición de los alimentos y por qué es importante comer de todo. Parece que seguimos en el instituto:

—A ver, ¿quién sabe qué son los lípidos? —pregunta.

—Las grasas —decimos algunas.

—Vale, ejemplos de grasas —nos incita Patricia.

—La mantequilla y el aceite —contesta Mónica.

—Y los quesos o los frutos secos.

—¿Y sabéis por qué son importantes las grasas? Pues porque nos aportan energía y fabrican nuestro tejido adiposo.

Muchas ponemos cara de terror: tejido adiposo igual a estar gordas. ¡No, no pasarán!, parece que digamos.

—¿Quién de vosotras tiene siempre frío?

Casi todas levantamos la mano.

—¿Y la piel de cocodrilo, seca y áspera? ¿Y estreñimiento?

Muchas manos alzadas.

Pues ya lo sabemos; si queremos evitar esta retahíla de calamidades, tenemos que incorporar lípidos a la dieta.

—¿Quién me puede dar ejemplos de prótidos, o sea, proteínas?

Todas recitamos: la carne, el pescado, los huevos, las legumbres, los quesos...

—¿Cuánto tiempo hace que no podéis echar una carrera para alcanzar el autobús? ¿Y qué resopláis al subir escaleras?

Tiene razón. ¿Qué podemos decir?

—Los prótidos se encargan de consumir el tejido y de mantenerlo; son los responsables de la musculatura: sin prótidos tenéis anemia, estáis flojas y cansadas, las heridas no se curan bien y, en el caso de las criaturas, se detiene el crecimiento.

Contemplo a Justa: «Ay, ay, ay, que te vas a quedar canija».

—Los hidratos de carbono, los glúcidos, que tanto miedo os dan, son el arroz, las patatas, la pasta, el pan y los dulces. ¿Quién recuerda lo divertido que es bailar? ¿E ir en bicicleta? ¿Y patinar?

Todas la miramos con aire de pena: sí, lo recordamos, pero hace tanto tiempo que nos vemos incapaces de hacerlo... Estamos tan cansadas...

—Los deportistas toman muchos hidratos de carbono para poder hacer frente al esfuerzo físico —continúa Patricia— porque los glúcidos proporcionan energía. También es importante la fibra de la fruta y la verdura (que, además, tienen muchas vitaminas) y las legumbres; sirven para evitar el estreñimiento.

Conclusión: si queremos estar sanas, tenemos que comer de todo.

¿Seré capaz? Recuerdo entonces a los tres mil millones de mujeres normales contra las ocho modelos fuera de toda norma y pienso que tengo que ser capaz. Que ya está bien de dejarme comer el tarro. Pero ¡qué miedo volver a zampar pan y arroz y carne rebozada y...!

Hoy al mediodía intento comer con la máxima normalidad. Y me cuesta, me cuesta... pero lo hago. La comida que nos sirven es

mejor que la de otros días porque celebramos que Dolores puede pasar ya al hospital de día: ha recuperado el peso que necesitaba para no tener que estar encerrada como nosotras. A partir de mañana solo la vamos a ver en las sesiones de la mañana y a la hora de comer y, si continúa engordando —está completamente decidida: no quiere ser anoréxica— pronto le darán el alta. La envidia. Me gustaría querer ponerme bien de una vez. Sin embargo, a menudo aún tengo dudas. Como ahora, después de comer, que me siento inflada como una vela al viento. Y este estreñimiento que tengo..., pero, Adela, ni caso, se niega a darme laxantes. Según Juan, son reacciones normales de mi organismo, que tiene que adaptarse a la alimentación normal; una vez que se acostumbre, ni estaré inflada ni tendré estreñimiento. Cruzo los dedos para que sea bien pronto.

Saliendo del comedor, Susana y yo vamos hacia la habitación. Ella no tiene ganas de charlar; se echa en la cama.

—Lee mi diario —me invita.

Yo quería leer alguno de mis libros porque contrariamente a los que imaginaba no he tenido casi tiempo de hacerlo. No quiero que piense que no me intereso por ella y como, además, me pica la curiosidad, lo cojo y empiezo a ojearlo al azar.

5 de julio

Hoy peso 53 kilos, dos más de lo que me conviene. Seguro que el vestido que me compré para la fiesta de Miriam me queda estrecho. Lo pruebo y, efectivamente, me queda justo. Tengo hasta mañana por la noche para perder dos kilos. Decido que hoy no voy a comer en todo el día. Por la mañana tomo café con leche y un laxante. Al mediodía un zumo de tomate y un laxante. Voy al gimnasio y hago cuatro horas de ejercicio y una sauna. Salgo roja como tomate. Me peso: ¡victoria, 51.5! A las ocho, cuando llego a casa, me tomo dos tazas de caldo vegetal y un laxante y, después, como estoy hecha polvo y muerta de hambre, me voy a la calma enseguida. En total, hoy debo de haber pasado dos horas sentada en el váter.

6 de julio

Me levanto mareada de tanta hambre. Me peso: 50.5. ¡Fantástico! Me pruebo el vestido: me queda bien. Continuaré sin

comer. Me voy a la facultad con un café con leche en el cuerpo, un laxante y un diurético. Durante las clases casi no entiendo lo que dicen los profesores (y voy unas cinco veces a hacer pipí). Tengo tanta hambre que solo pienso en lo que podría comer al mediodía. Pero si como, adiós al vestido. Resisto. Me como dos manzanas y un laxante. Vuelvo al gimnasio: tres horas de ejercicio y una sauna. Salgo de la sauna antes de lo que quisiera: siento que tengo la presión tan baja que me puedo desmayar. Me peso: 49. ¡Magnífico! Como tengo que beber mucho, recupero 700 gramos. ¡Qué mierda! Aun así, el vestido me queda monísimo. Voy a la fiesta y me hago el firme propósito de no comer. Pero es difícil: hay tantas cosas ricas para picar... Y con tanta hambre como tengo. Empiezo por un jugo de tomate. Alguien me ofrece pastas saladas y cojo dos. ¡Mal hecho!, ahora ya no voy a poder parar. Efectivamente, me sitúo al lado de la bandeja de las pastas y las voy comiendo —procurando que nadie se dé cuenta de las estoy tragando todas yo sola— hasta que no queda ninguna. Me han dado tanta sed que bebo dos coca-colas seguidas. Alguien me da un canapé de jamón. Está buenísimo. Como dos más —sin que nadie me vea— porque ahora ya no importa: he caído en la tentación y me da igual. Soy como un río que se desborda. Además, ya ayunaré mañana. Me meto en la cocina para que no me vea nadie y me como todo lo que encuentro y todas las sobras. La fiesta se acaba y no he tenido tiempo ni de bailar, ni de charlar, ni de conocer a ningún chico. El vestido me estalla. Llego a casa y me siento tan desgraciada que me zampo un paquete entero de galletas de chocolate. No me peso porque no me atrevo. Me voy a la cama pero no puedo dormir. Al cabo de media hora, me levanto y me tomo medio paquete más de galletas de chocolate y, después, un trozo de tortilla de patata que les ha sobrado de la cena. Siento la barriga como si estuviera embarazada de nueve meses. Me odio...

7 de julio

Me peso: 54 kilos. ¡Dios mío!, uno más que anteayer. Siento el estómago a punto de explotar. Ojalá fuese anoréxica. Todo esto no me pasaría.

Me repugno. Estoy cayendo en un agujero negro. ¿O es un agujero negro que me absorbe?

Miro a la Boticelli, que se ha dormido, tan Boticelli como siempre. Me cuesta creer que sea la autora de este terrible diario. Continúo pasando páginas. Leo tres más al azar.

8 de octubre

Los vómitos ya no son tan efectivos como al principio. Si quiero que funcionen, tengo que hacerlo tres veces al día. Es repugnante. Los laxantes son también menos efectivos. A veces solo consigo que me salga sangre. Hace unas cuantas noches que tengo la misma pesadilla: empiezo a vomitar y acabo echando las tripas por la boca, y no puedo parar hasta que he vaciado toda.

16 de noviembre

Ojalá los seres humanos no tuviéramos que comer, solo tomar pastillas.

20 de diciembre

Estoy sola, asustada, aislada. No puedo hablar de esto con nadie.

28 de diciembre

¡No quiero pasar la vida en el váter! Quiero hacer otras cosas. ¿Por qué no puedo comer normalmente como los demás?

14 de enero

Me odio, me odio, me odio. Preferiría morir a ser tan desgraciada.

Estoy impresionada. Me doy cuenta de que la bulimia es tan grave como la anorexia. Miro a la Boticelli dormida, tan seráfica ella, pero con un demonio en el cuerpo. Continúo hojeando el diario.

25 de febrero

Esto es el Infierno. Unos días como una cerda y otros me muero de hambre. Tomo diuréticos, laxantes, vomito. ¿Hasta dónde voy a llegar?

8 de marzo

Ahora ya sé que se puede llegar aún más lejos en este infierno. Como en las farmacias del barrio ya me tienen calada y desconfían cuando les pido otra caja de laxantes o diuréticos, he tenido que empezar a explorar las farmacias de barrios muy alejadas. Las excursiones me llevan tanto tiempo que he comenzado a saltarme las clases. Ahora pierdo un tercio de vida en el váter, un tercio consiguiendo los medicamentos y, lo que es nuevo y espantoso, el

otro tercio robando comida. He tenido que empezar a rapiñar comida en el supermercado porque ya no tengo suficiente dinero para comprarla. Me da vergüenza pensar que mamá o alguna otra persona descubra que acumulo latas de atún y de sardinas y paquetes de galletas y tabletas de chocolate en mi habitación. Lo envuelvo todo en la ropa, para que no se note, pero me temo que algún día se van a dar cuenta. Y también me acoquina que me pillen robando. Me imagino la cara que pondrán mis padres si la policía me llevara a casa...

14 de abril

Robo comida en las tiendas, la almaceno en casa, la como a escondidas de todo el mundo. Me odio. Me odio. ME ODIO.

16 de abril

Me paso el día echada en la cama. Estoy deprimida. No quiero vivir más así. Ayuda, por favor.

14 de mayo

A veces preferiría ser alcohólica o drogadicta. Por lo menos, así solo tendría que estar limpia: no drogas, no alcohol. ¿Pero cómo puedo estar yo limpia? No se puede vivir sin comer. La comida forma parte de nuestra vida. ¡Lo odio!

18 de mayo

No aguanto más. Me gustaría matarme pero no quiero morir. ¡¡¡Que alguien lo pare!!!

Estoy impresionada, horrorizada, estupefacta. Susana empezó siendo anoréxica y ha terminado así...

La miro unos instantes mientras duerme. Le deseo que tenga suerte y que salga de esto. Que pueda expulsar este demonio que tiene dentro. Se, por experiencia, que una vez que has empezado es tan difícil parar.

Salgo de la habitación. Quiero ver si, tal como ha dicho Adela, Inés ya está en su habitación.

Entro y no puedo creer lo que veo. Pero estoy segura de que no es una alucinación (estoy loca, pero no tanto): están allí. El alféizar de la ventana, muy amplio como todos los del hospital —porque es un antiguo edificio de gruesos muros en los que las ventanas penetran como grandes bostezos—, está lleno de una masa gris, negra, de plomo, que al moverse refleja un verde tornasol. Hay

decenas (¿centenares?) de palomas arrullando. De vez en cuando, alguna más gorda y lustrosa picotea a otra más débil. La débil se retira y la otra ataca y ataca y despliega las alas hasta que consigue que la víctima huya volando. Vuelve a hacerse la paz durante unos instantes. Los arrullos me llegan amortiguados por el cristal. La masa de palomas, como si fuese un enjambre de moscas sobre una boñiga, continúa vibrando.

Estoy hipnotizada con estas moscas gigantes y porque acabo de entender qué hacía Inés con la comida que desmenuzaba y se metía en el bolsillo.

—¿Qué es esto? ¿Acaso creen que esta ventana es un palomar? —pregunta-exclama la voz de Adela detrás de mí.

Me vuelvo y veo a Inés (con cara de culpa y de pánico) apoyada sobre Adela (con cara de haberlo entendido todo).

—Ya está bien de hacer el tonto, Inés. ¿Me entiendes? Eres tú quien tiene que alimentarse y no las palomas —le dice mientras la ayuda a meterse en la cama. Después, se vuelve hacia mí y me pregunta si quiero hacerle compañía un rato.

Inés, sin serpientes saliéndole por la boca y con mejor color en la cara que unos días antes, me dice que le hago un favor quedándome a charlar con ella. Adela la arropa, me sonrío, se acerca a la ventana, da unos golpes al cristal hasta que espanta a las palomas y nos deja solas.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poco, sí.

—¿Vas a comer a partir de ahora?

Cierra los ojos, como si todavía lo tuviese que pensar, Dios mío, chica, ¿no ves que te estás muriendo? A fuerza de alimentarla artificialmente en la UVI le han devuelto un mínimo de fuerzas, pero no han conseguido que deje de parecer un cadáver.

Mientras, el alféizar se ha vuelto a llenar de palomas. Todavía esperan que alguien las continúe alimentando.

—Voy a comer, ¿sabes? Pero solo para poder salir de aquí pronto y volver a perder peso enseguida.

¡Está como una cabra! No quiero acabar como ella.

Me explica entonces lo que hacía antes de la ceremonia de la báscula para que no se notase la pérdida de peso: bebía agua.

—¿Pero cómo? —le pregunto, boquiabierta. Si los baños están siempre cerrados, precisamente para evitar, entre otras, esta trampa.

Muy fácil, me explica. Cuando se duchaba, almacenaba agua en las bolsas de agua caliente que le dejaban tener en la cama. Ahora se las han requisado.

—Chica, esto de la anorexia es un billete de ida... a ninguna parte —dice con desánimo.

—No creas —intervino Susana, que sin que nos hayamos dado cuenta ha abierto la puerta y no se ha movido de allí esperando que la invitásemos a entrar. Inés le hace una señal: adelante—; puede ser un billete de ida y vuelta, si pasas de la anorexia a la bulimia.

«Un billete de ida y vuelta que puede tener la última parada fuera de este mundo», me digo. Y miro a Susana, que está decidida a bajar del tren y quedarse. ¿Y yo? ¿Qué pienso hacer yo?

—Tienes una llamada —me avisa Susana—. Yo me quedo aquí con Inés. Porque tú eres Inés, ¿no?

Inés dice que sí con la cabeza. Susana se sienta en la butaca y las dejo mirándose sin hablar.

Voy por el pasillo como una zombi. Inés todavía me impresiona y, de rebote, también me doy miedo yo misma. Tengo que querer salir de esta, aunque esto todavía es más un pensamiento que un sentimiento.

Olga me sonrío desde la enfermería.

—Pasa —dice. Y levanta la parte móvil del mostrador para que pueda pasar hasta donde está el teléfono. Se queda al lado trajinando.

—¿Hola? —digo.

—Hola.

El corazón me da un vuelco: ¡es Claudia! De repente necesito explicarle veinte millones de cosas, todas de golpe. No sé por cuál empezar.

—¿Cómo te encuentras?

Se me ha adelantado. Tiene una voz dulce. Me doy cuenta, por primera vez en mucho tiempo con una intensidad tal que casi me duele físicamente, de que la echo de menos. Me doy cuenta de que echo en falta a los compañeros del instituto, y a los profesores, y las

clases, y a mis padres, y a los gemelos (y a Ricky, si a eso vamos). Se me pone un nudo en la garganta.

—Tengo ganas de verte —consigo articular.

Noto que sonrío. Veo su sonrisa luminosa. Entonces, como si los nudos se deshiciesen, empezamos a hablar sin freno, pisándonos las palabras una a la otra.

—¿Por qué no me dijiste que te habían ingresado? No sabes lo mal que me lo has hecho pasar...

—Ya me habría gustado, pero me daba vergüenza. Además, yo no era yo.

(¿Vuelvo a ser yo o todavía no?)

—¿Vergüenza? ¿No ves que todos nos dábamos cuenta de lo que te pasaba?

Y entonces me explica cómo van las cosas por el instituto y me promete que vendrá a traerme los apuntes, para ver si consigo no perder el curso. Me parece un sueño. Es como si recuperase un poco la normalidad. Suerte que no me habla de Ricky: no quiero saber nada de ese capullo.

—Y a Ricky, ¿le has dicho que estás aquí?

(¿Me leerá el pensamiento?)

El corazón me da otro vuelco: esta vez mucho más grande que cuando la he oído a ella.

—¿A Él? Anda, estás loca, niña. Si habíamos terminado.

—¿Y qué? Pero seguís siendo amigos, ¿no?

(¿?!)

—Noooo.

¿Cómo? ¿Cómo podría ser amigo de un gilipollas como él? Entonces le explico lo que pasó aquel fin de semana en que Alquitrán Caliente tuvo que ir a tocar a la fiesta de un pueblo bastante alejado de nuestra ciudad.

El hermano mayor de Fred se había ofrecido a llevarnos con el todoterreno de la madre. El vehículo tenía una densidad de población más alta que Calcuta porque, además de los pasajeros habituales y del equipo de música, se habían apuntado con nosotros la novia (de aquella semana) de Paco y el medio novio de Snows (que tenía que decidir aquel fin de semana si le gustaba como novio del todo o no). Yo esperé para ver cómo se sentaba cada uno, para

saber si Ricky quería estar a mi lado o no. Él dudó un instante y, finalmente, se colocó en el asiento de delante. Lo tuvo que hacer a propósito porque yo allí no cabía. Estaba cabreadísima con él, y ver que me evitaba me puso aún peor. En realidad, mi irritación se extendía como un veneno hacia todos; la gente (incluidos los gemelos) me sacaba de quicio; yo misma no me soportaba y, para acabar de rematarlo, aquel fin de semana quería y no quería ir con Alquitrán Caliente; porque... a ver, ¿qué podía hacer?: ¿comer con todos y vomitar después sin que nadie se diese cuenta? ¿O era mejor fingir que me encontraba mal y no comer nada? Y con Ricky, ¿qué hacía? ¿Le decía: lo sé todo; sé que piensas que estoy como una vaca, sé que te parezco un muermo, sé que has empezado a verte con la mosquita muerta de Bes? ¿O no le decía nada y esperaba a que me lo explicase él? Pues lo llevaba claro si esperaba alguna aclaración de parte de un tío que ni siquiera tenía el detalle de pedirme que me sentase a su lado en el coche. Él tampoco me lo ponía fácil: con los demás, encantador y charlatán; conmigo, distante y arisco. ¿Qué pasaría por la noche, cuandouviésemos que montar las dos tiendas y nosuviésemos que distribuir? ¿Cómo iba a terminar todo si al final (cosa que quería y no quería) me tocaba dormir a su lado? A partir del fracaso de aquella tarde de domingo, no habíamos vuelto a estar solos.

Llegamos al pueblo en cuestión después de un viaje verdaderamente horrible. Al menos para mí, porque los demás se lo estaban pasando pipa. Cantaban a pleno pulmón todo el repertorio de Alquitrán Caliente (yo, aunque hubiese querido —y, de hecho, no lo quería—, no me hubiese podido sumar porque no me sabía ninguna de aquellas canciones). Cuando no cantaban, charlaban por los codos y se inventaban juegos estúpidos, de niños pequeños. Cuando no cantaban ni charlaban, comían. Comían bocatas de queso y bocatas de tortilla y bocatas de jamón, y chocolate y frutos secos. Cuando acabaron de comer, se pusieron a fumar, y el coche se fue llenando de una neblina densa e irrespirable.

Yo estaba hasta el gorro de todo aquello. Ricky ni se dignó una sola vez a decirme algo o, por lo menos, a mirarme. Estaba furiosa. Todo el rato estuve mirando por la ventana intentando no prestar atención a aquel puñado de chorras.

—¿Bocata jamón, nena? —me ofreció Tina.

No sé cómo la miraría (seguramente con rabia), porque me contestó:

—Colegui, que solo te he dicho si querías un bocata, no una dosis de cicuta. Qué enrollada tu parienta, ¿eh, Ricky?

Ricky, sin volver la cabeza, se encogió de hombros.

¡Lo habría matado! ¡Le habría retorcido el cuello! Le habría...

Mientras, Snows y su maromo sobándose, y Paco y su parienta, también.

Yo, con un cacao mental pensando: «Con lo que me ha costado convencer a papá y mamá para que me dejaran venir (que si la carretera, que si solos de noche, que si...) y, una vez conseguido, resulta que hubiera estado mejor quedándome quietecita en casa». ¡Qué mierda!

Plantamos las tiendas en un prado que nos dejó el ayuntamiento. Cerca corría un riachuelo. El ruido del agua me dio ganas de hacer pis. Cuando me alejé para hacerlo, Tina echó una carrerita y se me puso al lado.

—Vamos juntas.

¡Qué divertido! Quizás esperaba que me iba a bajar las bragas delante de ella. Para que se riese de mi trasero. ¡Ahora mismo!

Se agachó y, mientras lo hacía, me preguntó si no tenía ganas.

—No —le mentí—. Solo quería ver el río de cerca.

Estaba incomodísima, pero volví con ella hacia el grupo para no hacer el ridículo.

La noche se nos echó encima sin que nos diésemos cuenta (momento que aproveché —ahora sí— para ir a hacer pis) y, como el aire era fresco, querían arrebujarse enseguida en los sacos de dormir. A mí me tocó entre Tina y Ricky, que seguía sin hablar apenas conmigo: solo algunas frases (¿dichas por cumplir?). Yo estaba más furiosa aún. Me metí en el saco y pensé que aquello olía a establo.

Noté que Ricky se me acercaba pero, como no quería saber nada de él, me volví hacia Tina. Volvió a acercarse. Yo otra vez hacia Tina, que soltó:

—Chica, ¿es que quieres meterte en mi saco?

¡Qué vergüenza! Noté las mejillas al rojo. Me quedé quieta. Por lo menos, pensaba, Ricky podía pedirme disculpas por haberme hecho tan poco caso, por ser tan desagradable, por... Sin bemoles para explicarme que había empezado a salir con Bes.

Una Mano. La Mano. Se metía por dentro de mi saco y me tocaba el cuello. ¡Qué morro! Así, por las buenas, sin resolver las cosas primero. Me puse rígida. La mano, sin saber que yo estaba tensa como una cuerda de pitarra, continuó la exploración más abajo del cuello, camino de las manzanas. ¡Estaba hasta el moño de la mano! La mandé a paseo. Y tan pronto como salió la mano del saco, empecé a lamentarlo, pero ya no sabía qué hacer.

Al día siguiente, el silencio entre Ricky y yo era espeso y negro como el betún. Él había cortado el pan que había ido a comprar el hermano de Fred y untaba los trozos con tomate. Me puse a su lado para pedirle el aceite y la sal y para decirle que lo sentía, pero, antes de que hubiese podido abrir la boca, me soltó:

—Qué simpática estás. Cada día es más divertido estar contigo...

Fue como si me diesen cuerda: di rienda suelta a todo lo tenía dentro. Estaba hecha una furia. No podía parar. Ricky le dio una patada a la lata de tomate que, colocada sobre una piedra, salió volando haciendo una parábola y fue a estrellarse contra unas rocas.

Me detuve en seco. Los demás dejaron de recoger las tiendas para mirarnos y lamentar que se hubiesen quedado sin una parte del desayuno. Yo estaba impresionada: nunca habría creído a Ricky capaz de una acción violenta.

—Si estás tan mal a mi lado, ¿por qué has venido? —me graznó.

—No lo sé. Pero ahora mismo lo arreglo: cojo el tren y me voy a casa.

—Me parece una tontería, pero si es eso lo que quieres...

—Sí, es lo que quiero...

(No era verdad; no tenía ni idea de lo que quería.)

—... Y ¿sabes qué te digo?, que es mejor que lo dejemos.

(Cada vez me liaba más, estaba visto.)

—Creo que tienes razón.

Y cogí el tren y me fui.

Claudia me ha escuchado sin interrumpirme. Ahora interviene:

—Esta es tu versión de los hechos. Si quieres te explico la suya, que es ligeramente diferente.

Dice que Ricky le explicó que yo llevaba unos días muy extraña, que de hecho ya había empezado a estar paliza antes de la famosa tarde en que nos quedamos solos en casa. Que aquella tarde había sido memorable. ¿Me faltaba un tornillo, o qué?

—Reconoce que ya entonces estabas obsesionada con el peso y la comida y todas esas mandangas. Estabas bastante insoportable.

No digo nada. Quizá tiene razón porque yo ya había empezado a detestarme.

Me explica que Ricky confiaba en que aquel fin de semana recuperaría el sentido común. Delante del todoterreno esperó unos instantes para ver dónde me sentaba yo y ponerse a mi lado, pero, como parecía que no tenía intención de colocarme cerca de él, lo dejó correr y se instaló delante. Se había dado cuenta ya de que yo estaba de mala leche.

Cuando todos se pusieron a cantar, él inició dos canciones cuyas letras yo sabía (¿yo?) para que me pudiese unir, pero que yo, nada de nada, no había manera de que me enrollase con los demás. Pensó que quizá dejándome en paz durante el viaje, se me pasaría el malhumor. Y fue al revés: cuando instalamos las tiendas, estaba que mordía. Por la noche, cuando ya estábamos en los sacos, creyó que aquel ambiente de tranquilidad que se respiraba me habría apaciguado. Habíamos estado contemplando las estrellas (¿las estrellas? ¿Qué estrellas? No lo recuerdo) en silencio. A Ricky le parecía que el aire, lleno de olor de resina y de tomillo, despertaba los sentidos; todos. Creyó que era el momento de hacer las paces y lo intentó por la vía del tacto, pero que a mí ya me había entrado la paranoia y que le di un pellizco de monja (¿de veras?), de modo que se batió en retirada.

Que al día siguiente estaba tan cabreado conmigo que, a la primera de cambio, nos enganchamos y que, después de mi reacción desproporcionada (¿seguro?), pensó que yo tenía razón: era mejor dejarlo. Fue la Bronca Final.

—Ricky estaba en lo cierto: estabas imposible. Con todos.

Me cuesta tener que reconocerlo pero creo que tienen razón. Bueno, ahora ya lo sé: la anorexia te pone el cerebro del revés y una ya no es una. Y lo que es peor: todavía no estoy segura de haberme reencontrado.

Claudia se despide y me asegura que vendrá a verme en cuanto pueda.

El taller de fotografía de hoy me pasa por delante como una película borrosa, como si alguien hubiese puesto papel de seda entre mis ojos y las cosas, y los contornos se difuminasen. Solo pienso en Claudia, y en Ricky, y en todo lo que perdido, por culpa de esta ventolera.

Cuando se acaba el taller, Olga me dice que tengo visita en la primera salita. Mis padres me esperan fuera, a lado de la puerta. Mamá, cuando me ve, me coge la cara y me dice:

—Hola, ratita, ¡estás mejor! —No ha tenido que preguntármelo; se debe de notar. Yo también me lo noto, especialmente porque sé que me vuelven a brillar los ojos, por lo menos, de vez en cuando. Entonces me machaca a besos. Cuando me escapo de su abrazo, caigo en brazos del padre-merengue (todavía no me he acostumbrado a sus maneras más dulces).

—Hola, nena.

—Hola.

—Hemos de dejarte enseguida porque tenemos sesión con el grupo de padres.

No puedo evitar que se me note la decepción. ¿Tan poquito rato? Ahora que empiezo a tener ganas de ver a mi gente y de hablar con ellos.

—Sí, cariño, se hace tarde. Pero dentro te esperan los gemelos.

—Ten, mamá. Mírate esto en casa y responde a las preguntas. Espero que lo entiendas, porque con tantas prisas, sin poderte explicar nada... —y le doy el cuestionario de Juan. Yo ya lo he rellenado y quiero comparar mis respuestas con las suyas.

Me vuelven a dar un beso y se van de prisa por el pasillo.

Entro en la salita y contemplo un paisaje poco habitual: los gemelos están sentados en el sofá, muy formales, muy bien peinados (a base de colonia, mamá les ha dejado el cepillo

planchado). Los pies no les llegan al suelo y los dos los mueven con un ritmo idéntico que solo ellos notan. Tienen los brazos cruzados. No dicen nada. Cuando me ven, continúan tetanizados, saltarme al cuello al grito de «la-princesa-pies-de-viento, nuestra amiga», o cualquier otra cosa por el estilo. Pienso que a lo mejor están enfermos. Aunque no tienen aspecto de estado. Puede ser que esto mío les haya afectado y tomo la decisión de ayudarlos como sea.

—A ver ¿os ha comido la lengua *Atila*?

Me miran con extrema seriedad y, al mismo tiempo, me dicen:

—Princesa-pies-de-viento, te tenemos que explicar...

—... una cosa muy grave y...

—... no sabemos cómo empezar.

Me siento en el suelo delante de una maceta de flores rojas que de ahora en adelante se va a llamar hoguera. Cruzo las piernas y los brazos. Los invito a sentarse conmigo, de manera que la hoguera quede en medio de los tres.

—¿Necesitarnos un consejo de guerra? —pregunto, porque veo que les cuesta hablar y si no les ayudo un poco quizá no se atrevan.

—Necesitarnos un consejo —dice Alberto.

—Después tú decidirás si es de guerra o no.

¡Mygod! ¡Sí que atacan fuerte los gemelos! Acerco las manos a la hoguera para calentarme.

—Hablad, confiad en la bondad de corazón de la princesa-pies-de-viento.

Se lanzan una mirada entre ellos como si dudasen de que incluso una princesa con un corazón más grande que una rueda de molino pudiese llegar a hacer justicia. Finalmente se deciden y sueltan al unísono:

—Te dijimos una mentira.

«Vaya —pienso—, una mentira.» Yo decía cantidad a todo el mundo cuando empecé esta historia de la anorexia. Sonrío con indulgencia, puedo perdonar lo que sea:

—Continuad, os escucho.

Se desatascan enseguida:

—Que aquello que te dijimos de que habíamos visto a Ricky saliendo con Bes...

—... no era verdad.

¡No puedo perdonar! ¡Me los como! ¡Los hago Picadillo! ¡Los tiro a la hoguera! ¡Los destierro! Reniego de ellos.

Se debe de notar la furia en los ojos, porque saltan los dos:

—Espera, no te pongas antipática. Déjanos terminar.

—Lo hicimos por venganza (no es muy bonito, ya lo sabemos), pero es que estabas fatal.

—No se podía hablar contigo.

—Ni jugar.

—Siempre estabas de malhumor.

—Eras la princesa-de-morros, ¿te acuerdas?

Sí, me acuerdo. Y no puedo dejar de decirme que estos dos canijos están cargados de razón. Quizá sí que merecía un escarmiento. Además, empiezo a sentir una gran alegría: no es verdad que Ricky hubiera preferido a Bes.

Decido que más vale comérselos a besos y sonrío.

—¡Bieeeeeen! —gritan los comanches, que ya se consideran perdonados.

—¿Fumamos la pipa de la paz?

Les digo que naturalmente. Y nos comemos-fumamos el pitillo de chocolate que han traído por si la ocasión era favorable.

Cuando ellos se han embadurnado la cara y las manos de chocolate, siento un ataque súbito de vergüenza hacia Ricky y Bes. Los he tratado injustamente por un «delito» que supuestamente habían cometido y que (y eso era lo que más me molestaba) no habían tenido narices para confesar, todo ello aderezado con la mala luna que empecé a gastar que me fui metiendo más y más en el agujero de la anorexia.

—Tendré que hablar con Bes —dije en voz alta, siguiendo el hilo de mis pensamientos.

—Pues lo tienes claro —contesta Roberto.

—Sí, porque se ha ido —continúa Alberto.

Me explican que ha tenido que volver a Inglaterra porque su padre se ha puesto muy enfermo.

—A nosotros nos ha regalado a *Candy* (y mamá ha dicho que bueeeeno, que sí).

—Y para ti nos ha dado esto.

Me alargan un sobre con mi nombre.

Capítulo 9

CASETE 17. Cara B. Sesión individual.

Terapeuta: Juan M. Paciente: Marta P.

T. —¿Cómo andamos hoy?

P. —Mejor.

T. —Sí, el peso va aumentando; poco todavía, pero, por lo menos, sube.

P. —Mmmm.

T. —Y el estado de ánimo también, ¿no?

P. —Sí... mejor. Por primera vez esta mañana al despertarme no he sentido la garra dentro de mí.

T. —¡Fantástico! Tus padres tienen la moral mucho más alta porque se dan cuenta de tu mejoría y porque les viene bien oír las experiencias de otros padres.

P. —...

Marta pensó que sería fantástico que todos pudiesen recuperar el buen humor. A lo mejor se estaba resolviendo el Conflicto B. Porque el Conflicto A se había solucionado con éxito hacía ya cierto tiempo.

Dos semanas después de que la madre hubiese vuelto del viaje de trabajo, el padre recibió una llamada de la empresa que contrataba pintores para reproducir cuadros famosos.

Casualmente era viernes por la tarde y ya habían llegado todos a casa. La madre interceptó el teléfono antes de que Marta lo pudiese descolgar. Aquellos días, cada vez que oía el timbre, se le desbocaba el corazón. A lo mejor era Ricky, que quería hacer las paces. Desde el maldito fin de semana del concierto, no habían vuelto a hablarse. Se habían visto unas pocas veces en el instituto: ella, a base de excusas (que ya se le estaban agotando), paulatinamente había dejado de ir a clase y, cuando iba, como los horarios de los dos no coincidían, raramente se encontraban. Cuando se topaba con él en un pasillo, Marta disimulaba y hacía como que no lo había visto. No tenía ganas de hablarle, a pesar de que habría estado dispuesta a hacerlo si él hubiese dado el primer

paso. Él, sin embargo, o no la veía o ponía en práctica la misma táctica que ella: hacerse el longuis.

En casa, cada vez que sonaba el teléfono pensaba «puede ser él» y corría con todas las fuerzas que aún le quedaban en el cuerpo —que ya no eran muchas— para intentar contestar antes que nadie. Pero siempre se llevaba una gran decepción: nunca era él.

Los gemelos la miraban perplejos viéndola correr los cien metros libres por un pasillo tan pequeño. Le habrían querido decir alguna cosa, pero hacía tiempo que habían considerado prudente salir del radio de acción de su hermana; de hecho, desde que había empezado a cambiar como un calcetín vuelto del revés. Ella tampoco se molestaba en explicarles nada, ni en hacerles un poco cómplices de la angustia que la estaba comiendo viva, porque los gemelos la irritaban —por primera vez en la vida— exactamente igual que el resto de la gente que la rodeaba.

Marta, de pie en su habitación, tal como se había quedado al oír que su madre contestaba al teléfono, contuvo la respiración hasta que escuchó:

—¡Pedro! Es para ti.

Marta dejó salir todo el aire y, con aquel suspiro, se le escapó la esperanza de oír la voz de Ricky.

Volvió a derrumbarse en la cama. Su padre pasó de prisa por delante de la puerta, pendiente solo de la llamada. Su madre, en cambio, cuando pasó camino del salón, la miró con una mezcla de preocupación y malhumor. No soportaba la inactividad de Marta y cada vez tenía más claro cuál era su origen.

—¡Me han aceptado! —gritó el padre triunfalmente, deshaciendo el camino—. Me quieren como pintor.

—¡Qué guay, papá! —bramaron los gemelos, olvidándose momentáneamente del castillo-lego que acababan de construir, para iniciar una danza frenética y triunfal en torno al recién contratado, hasta que este, intentando evitar una caída en brazos de los desatados danzantes, puso un pie sobre la almena del castillo y realizó un espectacular aterrizaje en el puente levadizo, que se derrumbó.

Marta entró en el salón a tiempo de ver cómo su padre se precipitaba al foso con una mueca de dolor.

—Papá, cuidado, que nos desmontas el castillo...

El padre no pudo protestar porque únicamente podía quejarse: «Ay, ay, ay, mi pie».

—Niños, cuidado. ¡Que a quien desmontáis es a papá! — exclamó la madre, un tanto alarmada acercándose a rescatar a Pedro del foso.

—Jo, papá, ¡mira cómo has descuajeringado el castillo!

—Mirad vosotros, niños, que un poco más y descuajeringáis a papá.

Efectivamente, Pedro, apoyado en el brazo de su mujer, avanzaba con dificultad ya la pata coja hacia el sofá. Una vez que llegó, se sentó y se frotó el tobillo derecho, gimiendo todavía de dolor.

Marta los miraba con reprobación. «Están todos locos», pensó. No podía entender cómo estaban tan gritones, tan divertidos, cómo podían hacer tantos disparates solo para reírse. Quizás el tío Lalo se equivocaba cuando opinaba que sus padres carecían de «espíritu lúdico», o quizás es que, últimamente, con la transformación del padre-porexpan en padre-merengue, habían aprendido a ser un poco más juguetones con la vida. Justo cuando ella, con un estado de ánimo completamente opuesto al de ellos, había olvidado de qué manera se podía reír de todo.

Su madre la miró desde el sofá, donde ayudaba a Pedro a recuperarse de la torcedura del tobillo.

—¿Lo has oído, Marta?

Dijo que sí con la cabeza. La madre le lanzó una mirada reprobatoria y, de nuevo, preocupada. Los gemelos le sacaron la lengua.

—Tendré que organizar aquí el taller de pintura —decidió el padre, dando un golpecito con el índice a las gafas que, como siempre, le habían bajado hasta la punta de la nariz.

—¿Aquí? —preguntó la madre mientras miraba con incredulidad el salón-comedor, donde parecía imposible poder meter algo más, a no ser que alguien de la familia supiese cómo jibarizar los objetos.

—¿Pues dónde si no? —preguntó él.

La madre puso los ojos en blanco, como si de aquella manera pudiese captar mejor la distribución de espacios y muebles de toda la casa. Todas las habitaciones eran pequeñas y estaban tan llenas... Sí, el salón parecía el único lugar en el que, quitando algo, se podía meter el taller de Pedro.

—Ya lo tengo. Pondremos el ordenador en la habitación de Marta.

—¡Jo, qué cara!

—¿No se puede quedar en la nuestra?

—No, en la de Marta —dijo el padre, que ya se había olvidado del tobillo torcido y se había puesto de pie para empezar a desconectar el aparato.

Los gemelos continuaron protestando todavía un rato hasta que la madre puso orden.

—En la habitación de Marta, y se acabó.

El «y se acabó» funcionó, como siempre.

Marta los dejaba hacer, indiferente a todo. Contemplaba cómo su padre trasladaba el ordenador y lo colocaba encima de su mesa (suya y de Bes, claro). Pensó que cada vez tenía que compartir la habitación con más trastos, incluyendo a Bes en la categoría de trasto.

La mesita baja del ordenador, encajonada entre el caballete de pintura y la televisión, pasó a ser un punto crucial del taller. El padre colocó allí rápidamente un atril para sostener los modelos que tendría que copiar, los tubos de pintura, los trapos, los disolventes y toda la parafernalia que necesitaba. Se le veía feliz.

Los que no parecían tan felices eran los gemelos, que habían observado, impotentes, cómo el campamento indio y el fuerte del capitán azul eran desplazados hasta la entrada del piso, bajo la banqueta.

—¡Jo! —protestaba Roberto—. Aquí no podemos jugar.

—¿Qué te crees, mamá, que vamos a pasar el día debajo de la banqueta? Si no cabemos —y se estiró para demostrarle cómo, con su im-po-nen-te estatura, ni aunque quisiesen podían meterse debajo.

—De acuerdo —admitió—. Pondremos la banqueta a los pies de nuestra cama.

—Pero si no vamos a poder abrir la puerta —se quejó Pedro.

—No protestes tú ahora —reclamó Rosa con un tono ligeramente amenazador—. Con un poco de buena voluntad, podemos entrar sin que haya que abrirla del todo.

—¿Y para qué vamos a utilizar esa banqueta?

—Para... para dejar la ropa por las noches.

—Mmmm —parecía que el padre consideraba acertada la idea.

Los gemelos admitieron que jugar solos en el recibidor era mejor que hacerlo en el salón, donde la madre los hacía callar cada dos por tres porque, si no, no se podía concentrar en los papeles de trabajo. Y, claro, en silencio era imposible disparar y matar al capitán azul. Los *pumpum* silenciosos no tenían ni de broma el efecto de los *pumpum* soltados a pleno pulmón.

No sabían dónde poner el circuito de Montmeló.

—En el baño —sugirió Roberto.

—Hala, animal —le soltó Alberto—. ¿No ves el peligro que corremos si tenemos que hacer las carreras con lluvia?

Sí, tenía razón, admitió Roberto. La humedad del baño no era nada recomendable para derrapar en las curvas a velocidad Crivillé-Doohan.

—Además, no tengo ganas de torcerme los tobillos o romperme una pierna cuando ponga un pie encima de una de vuestras máquinas —concluyó el padre, que aún se acordaba de la almenalego fastidiándole el pie.

—¿En la cocina? —insinuó la madre con muy poca convicción.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —saltaron enseguida los gemelos—. ¿En la cestita de *Atila* o en la de *Candy*?

No, realmente, en la cocina tampoco cabía nada.

—A lo mejor tenemos que desmontarlo.

Crivillé y Doohan protestaron enérgicamente: que quien les montaría el circuito cada vez. El padre y la madre se miraron dándoles la razón. Podían ser un par de pelmazos Roberto y Alberto cuando necesitaban la ayuda de un adulto para montar algún juego complicado. Era mejor lo tuviesen a punto y no incordiasen.

—¿Por qué no lo ponemos debajo de la mesa del comedor?

—Eso, y lo arrastramos cada vez que lo queramos utilizar.

En este punto hubo acuerdo familiar.

Mientras tanto, Marta lo miraba todo sin abrir la boca, incapaz de participar. Le daba todo igual.

Cuando tuvieron reorganizado el espacio, los padres y los gemelos se sintieron satisfechos del resultado.

—Creo que esto se merece una celebración —consideró la madre.

—¿Una celebración? —contestó el padre—. No lo había pensado, pero ahora que lo dices, es una buena idea.

—¿Por qué no salimos a cenar fuera?

«No», pensó Marta. Solo de pensar en una cena familiar en un restaurante, con los ojos de la madre clavados en ella, pendientes de todos los movimientos, le daba un síncope. ¿Qué excusa podía dar para escaquearse? Estaba segura de que nada serviría.

—Marta, venga, ponte la chaqueta que nos vamos —la empujó la madre, que en aquel momento escribía una nota para Bes, para que no los esperase a cenar, cuando volviese de la clase de español.

Marta se resignó.

T. —Te han enseñado a Ruby, ¿no?

P. —Sí. Patricia colgó un póster con la muñeca gordita... o normal, vaya.

T. —¿Y qué te pareció?

P. —El eslogan, genial.

T. —...

P. —Si tres mil millones de mujeres en el mundo no se parecen a las supermodelos, quiere decir...

T. —Debe de querer decir que las mujeres NO son como las modelos de las revistas.

P. —Es increíble cómo nos han comido el tarro.

T. —Y debe de querer decir que tus problemas no vienen dados por tu silueta, sino por los pensamientos negativos que tienes en relación con ella, ¿no crees?

P. —Sí., seguramente.

Marta pensó en la cantidad de veces que un pensamiento negativo, casi siempre relacionado con su físico, había conseguido estropearle una situación que podía haber resultado agradable. Por

ejemplo, la tarde en la que ella y Ricky estuvieron solos en casa. O aquella mañana de sábado con los gemelos.

Los padres habían salido de compras. Marta, aunque era tarde, continuaba remoloneando en la cama. No tenía ganas de hacer nada, solo de estar acostada y escuchar cómo jugaba Bes con los gemelos en el comedor. Oyó que les decía:

—Ahora vosotros jugáis solos por un rato cuando yo va al baño.

Marta pensó que las clases de español no habían conseguido mejorar las construcciones de la inglesa.

Durante unos minutos Marta oyó las voces de sus hermanos que, progresivamente, se fueron apagando como si lo que hacían, sin Bes, no tuviese ya ninguna gracia.

—¿Y si vamos a despertar a la princesa-pies-de-viento? —oyó que proponía uno de ellos.

Y, enseguida, la réplica del otro:

—Querías decir la princesa-de-morros, ¿no?

«¿La princesa-de-morros?» ¿Así era como la llamaban ahora los gemelos? Marta se avergonzó, pero no le extrañaba. Se lo había ganado a pulso, porque, desde que había metido la quinta marcha a su régimen de adelgazamiento, se había convertido en la hermana más huraña del mundo.

—¡Ay, sí! Ya no me acordaba del nuevo nombre. Como antes era tan simpática...

—Antes. Eso era antes de estar tan delgada y de estar siempre de mala gaita.

—¿Y si lo intentamos?

—¡Venga!

Unos piecitos descalzos se movieron rápidamente hacia su habitación. Ella se prometió que iba a estar a la altura de las circunstancias. La princesa-pies-de-viento renacía. La manilla de la puerta se movió. La princesa cerró los ojos e hizo como que dormía. La puerta se abrió y dos cabezas con un mechón azul aparecieron por la abertura.

—Princesa —murmuraron (se notaba que desconfiaban de la princesa casi tanto como del capitán azul) al mismo tiempo los dos comanches—. Nos quieren capturar.

—De ninguna manera —dijo la princesa sacando fuerzas de flaqueza e intentando poner una voz convincente de princesa india de las de antes.

Los comanches dieron gritos de alegría (¡era realmente la princesa-pies-de-viento!) y le saltaron sobre la barriga. La llenaron de besos pringosos de colacao. Ella les devolvió besos con sabor a... nada, decidió finalmente.

Los metió en la cama con ella. Se quedaron estirados y quietos, uno a cada lado, con los ojos bien abiertos.

—¿Sabes qué quieren hacernos?

—Cortarnos las cabelleras.

—¿Ah, sí? —preguntó la princesa—. Yo creía que eran los comanches los que arrancaban las cabelleras a los enemigos.

—No, ahora en serio, Marta.

—Mama quiere llevarnos a la peluquería porque dice que nos ha crecido demasiado el pelo.

—Y nos va a cortar el mechón del tío Lalo.

—Leonera dice que sin el mechón azul ya no seremos comanches, porque nos faltarán las pinturas de guerra.

La princesa-pies-de-viento rumiaba de qué manera podían recuperar el aire de indios una vez que les cortasen el mechón azul.

—Le podemos pedir al tío Lalo que os tiña otra vez un mechón.

—¡Vale, sííí!

—¡Guay! Esta vez le podemos decir que sea rojo.

Marta pensó que si el tío Lalo les hacía caso, se iba a organizar otro follón en casa.

—¿Por qué no te levantas y vienes a jugar con nosotros al comedor?

—Sí, venga. Tú podrías ser la que da la salida de la carrera.

Marta bostezó, se estiró y dijo que de acuerdo.

—Venga, ponte la bata —la apuraron los gemelos, que se habían levantado como cohetes—. Te esperamos en el comedor.

Marta fue hacia el armario, lo abrió para descolgar la bata y se topó con la imagen que reflejaba la luna de la puerta: una chica que llevaba un camisón corto de tirantes. Se quedó embobada. «Caderas anchas y tetas de melón», pensó; se puso de perfil: «barriga salida y un culo como una catedral» (fue una lástima que

no les preguntase la opinión a los gemelos porque le habrían dicho cómo la veían ellos, como era en realidad: una chica tan delgada que parecía un espantapájaros).

Marta se dijo que era una suerte que Ricky no la hubiese visto con aquel camisón, porque no lo habría podido soportar.

«Estoy horrorosa», pensó. Y aquel pensamiento le generó un malhumor tan potente que, cuando los gemelos volvieron a reclamarla, los mandó a freír espárragos:

—¡Dejadme en paz! ¿No sois ya mayorcitos para jugar solos?

Los gemelos abrieron los ojos con sorpresa.

—Vaya, si, ya está de bruja piruja.

—Ostras, si, ha vuelto la princesa-de-morros.

Marta se sintió avergonzada de nuevo, pero fue incapaz de controlar el malhumor.

T. —Ahora que ya admites que estás anoréxica, ahora que ya no lo niegas como cuando tu madre te arrastró hasta aquí...

Entre los gemelos poniendo en guardia a la autoridad competente en lo de las vomitonas (de arañas, de gusanos o de lo que fuese), entre que la autoridad competente se documentó en Internet sobre la anorexia, entre que la autoridad competente empezó a montar guardia para controlar lo que comía y qué dejaba de comer y, sobre todo, como la autoridad competente no era nada tonta, pronto se encontró Marta entre su madre y la pared.

—Marta, ¿te das cuenta de que no es normal que hayas adelgazado tanto?

—Mamá, por favor, no seas exagerada. Solo quería perder algunos kilos para poder ponerme el bikini este verano.

—Pues, hija, me parece que este verano lo que vas a perder es el bikini. Estás horrorosa. Has adelgazado demasiado.

—Oh, venga, no sigas. Necesitaba adelgazar para jugar al balonmano.

—¿Al balonmano? ¿Cuánto tiempo hace que no vas a los entrenamientos?

Tenía razón. Había aducido una lesión para evitar los entrenamientos, porque las dos últimas semanas no se había visto con fuerzas, ni físicas ni morales, para jugar un partido.

—Marta, reconoce que estás anoréxica.

—Hala, mamá, ¡cómo te pasas! Si no estoy enferma...

Aquella noche cuando hacía ya un rato que estaba en la cama (tenía insomnio, para variar) y Bes dormía plácidamente a su lado, pudo oír una bronca como las de los tiempos del Conflicto A entre sus padres, que habían perdido todo el interés por lo que estaban viendo en la televisión.

—Todavía estás enfadada, ¿eh? —había preguntado él.

—Hombre, ¿a ti qué te parece? Tengo motivos, ¿no crees?

La no-respuesta de él le recordó a Marta el padre-porexpán. Se estremeció. Al paso que iban, sus padres no acabarían como Baucis y Filemón. Según la Vilagut, esta era una pareja que se quería mucho. Los dioses, que habían bajado a la Tierra y habían sido mal acogidos por todos menos por Baucis y Filemón, agradecidos, les quisieron conceder un deseo. «Morir al mismo tiempo», pidieron. Los dioses los dejaron llegar a muy, muy viejos y cuando fue el momento les concedieron el anhelo, transformándolos a los dos al mismo tiempo: a Baucis en un tilo y a Filemón en una encina.

—Todavía no entiendo cómo no te has dado cuenta de lo mucho que Marta ha adelgazado.

El tono de su madre se clavaba en la piel, como cuando te cortas con una hoja de papel. Marta se sintió muy incómoda. Ahora, por lo que oía, el motivo de las escaramuzas era ella.

—No..., la verdad. Como había empezado a hacer régimen... Tú misma me lo dijiste —respondió él, bastante porexpán.

—Una cosa es hacer un poco de dieta y otra ponerse enferma. ¿No ves la diferencia?

A Marta se le sumaba su malestar con el de sus padres, y con la seguridad de haber sido descubierta.

La madre añadió, impaciente:

—Mira, me da igual que notes la diferencia o no. Tenemos que llevarla al médico.

—Si..., de acuerdo. Pero ¿a qué médico? ¿Al pediatra?

¿Al pediatra? ¿Al doctor Riera? ¿Como si fuese una niña pequeña, como si fuesen los gemelos? Solo de pensarlo, Marta se ponía enferma. Y se sentía humillada. No sabría qué cara poner delante de aquel buen hombre que se había ocupado de su salud hasta los doce o los trece años.

—No, hombre —replicó su madre—. No necesita un pediatra. Necesita una persona especializada en problemas mentales.

—¿Mentales? —preguntó él un poco perplejo.

—Pues claro, Pedro, cualquier trastorno de alimentación es un problema mental. Ya he llamado al doctor Riera, que me ha dado una dirección.

Marta se indignó. Pues no pensaba ir.

Pero no le dejaron otra opción, porque no la había.

T. —... ahora que ya sabes que tus problemas no derivan de cómo estás en realidad sino de cómo te imaginas que estás, ahora tienes que empezar a luchar contra esos pensamientos negativos.

P. —¿Ahora? Hace tiempo que me lo estás diciendo.

T. —Sí, pero ahora estás en mejores condiciones para ponerlo en práctica.

P. —¿Y tengo que hacer?

T. —Ya lo sabes. Primero, no te atasques en los pensamientos negativos, que son los que repercuten en tu estado de ánimo.

P. —Si eso frena el pensamiento...

T. —Exacto. Segundo, discute contigo misma la validez de estos pensamientos. O sea, desmóntate tus propios argumentos, contraataca, demuéstrate (como lo harías con un amigo para hacerle caer del burro) que no tienes razón.

P. —¿Por ejemplo?

T. —«Como no funcionó mi relación con Ricky, no podré entenderme nunca con ningún chico.» ¿Has pensado eso muchas veces, sí o no?

P. —Mmmm.

T. —Contraargumentos: que no me haya entendido con un chico, no significa que no pueda entenderme con otro; mi historia con Ricky no funcionó porque yo no estaba bien; otras personas me aceptan: mis padres (recuerda las respuestas positivas que dio tu madre al cuestionario de autoimagen y que tanto te sorprendieron; es así como ella te ve), los gemelos, Claudia, el equipo de balonmano...

«Sí, y Bes, ¿eh?» Porque mira que se había llevado mal con Bes. Tuvo que reconocer que, desde el primer momento, se había mostrado bastante distante con la *au pair*. Quizá porque le había

molestado que le invadiese su espacio privado en casa o quizá porque tenían maneras de ser muy diferentes. Y después la cosa se había complicado más todavía y había pasado de la distancia a la hostilidad declarada.

Recordaba que todo había coincidido con el viaje de su madre. Bes, por alguna razón misteriosa, había evolucionado de un humor sereno y poco dado a explosiones de alegría (tampoco a las de mal genio) a un estado de ánimo muy eufórico. A medida que Marta perdía kilos y buen humor, la otra estaba cada vez más contenta. Evidentemente, no guardaba relación un cambio con el otro. Es más, para ser fiel la verdad, Marta tuvo que reconocer que Bes se había preocupado por su manía excesiva de perder peso e, incluso la había puesto en guardia respecto a los peligros que representaba y a como la anorexia podía estar ya metiendo las narices en su vida. Pero Marta la había mandado a paseo. Que se metiese en sus asuntos y la dejase en paz, que ya era bastante mayorcita para saber lo que hacía. Bes no necesitó que se lo dijese dos veces: no volvió a hablar de ello, porque era discreta, porque no le gustaba que le diesen bufidos (y Marta, últimamente, era una especialista) y porque la alegría por lo que estaba viviendo la tenía totalmente absorbida.

Cuando los gemelos le dijeron que Ricky había empezado a salir con Bes, Marta lo entendió todo. ¡Con razón estaba tan contenta, la tía! Con una sonrisa que le cruzaba la cara como una luna en cuarto creciente. Canturreando todo el día mientras trajinaba por la casa. Con una disposición a jugar con los gemelos que iba más allá de lo que le correspondía como *au pair* y mucho más de lo que había hecho hasta entonces. Leyendo poesías de amor sin parar... Ella, que hasta entonces no había demostrado más interés por la letra impresa que las tonterías que contaban las revistas del corazón. ¡Uf!

Con la confesión de los gemelos, todas las piezas encajaban. Estaba rabiosa, sobre todo con Bes (le interesaba más pensar que era ella quien tenía la culpa, que no era él el responsable). Traidora, mala amiga, mosquita muerta... «Qué guapo tu *boy friend*» y, a la primera de cambio, ¡ñac!, le birla el novio. Y encima, no había sido capaz de cantar. Ni el otro tampoco, claro.

Marta la castigaba con su indiferencia, la trataba con una frialdad que ni ella misma habría sospechado que pudiese tener dentro de sí. La inglesa, sin embargo, no parecía muy sensible a los correctivos de Marta; en realidad, estaba en correccional con todos. ¡Le importaba un pimiento!

Para acabar de rematarlo, cuando su madre volvió del viaje, las pilló tres o cuatro veces cuchicheando, hablando como dos amigas. ¿De qué? ¿Qué se explicaban tan misteriosamente que, cuando aparecía ella, se callaban las dos? O sea, que encima de robarle el novio, ¿ahora quería robarle la madre? Justo cuando ella necesitaba más que nunca que le hiciesen caso. En realidad, cuando empezó a encontrarse mejor tuvo que admitir que unas semanas antes había hecho todo tipo de tonterías para ser el centro de atención, para que en casa solo estuviesen pendientes de ella. Había tiranizado a sus padres, según le había explicado Juan. Y le había dicho que aquello era también una consecuencia de la anorexia.

Pero, a ver, cuando las sorprendió en aquella actitud ¿se había preguntado que le estaría explicando Bes a su madre? Seguro, se dijo a sí inmediatamente, que la mema de la inglesa debía de estar poniendo a la madre en antecedentes de las locuras que había hecho para adelgazar. ¡Qué manía, todos, de poner en guardia a la autoridad competente! Doblemente traidora.

Después su madre, en el hospital, le había dicho que no hablaban de los problemas de ella, sino de alguna cuestión referida a la propia Bes. ¿De amores?, había pensado Marta, pero la madre no se lo había querido aclarar. («las confidencias de otra persona no se deben contar nunca»). Además, seguro que la *au pair* no debía de haber citado a Ricky para nada, de eso se habría cuidado mucho, que no era larga ni nada, la tía.

Y Bes había desvelado el misterio en la carta que le había hecho llegar a través de los gemelos.

Le decía que lamentaba mucho haber tenido que marcharse tan precipitadamente a Inglaterra (se imaginaba que los gemelos la habían puesto al corriente del motivo), sin haber podido despedirse, sin haberla visto recuperada (que ya le habían contado que estaba mejor). Que le habría gustado que las cosas hubiesen sido de otra manera porque habría querido poderle confiar lo que le estaba

pasando. Pero que no lo consideró razonable porque ella, Marta, no tenía el ánimo apropiado para las confidencias. De manera que había tenido que esperar a que Rosa volviese del viaje para explicarle que Carlos (¿se acordaba de que le había hablado de él?) la había llamado para proponerle que volvieran a salir juntos. Ella se había puesto contentísima, pero no acababa de decidirse a decir que sí. Tenía miedo de que las diferencias culturales que les habían separado fueran de nuevo un inconveniente. Habló largamente de ello con Rosa. Al final, la repentina enfermedad de su padre resultaba un paréntesis forzado que, creía ella, le resultaría muy útil para reflexionar sobre la conveniencia de volverse a enrollar con Carlos. Que muchos besos y que se pusiese bien del todo.

«Qué flema, la colega», pensó Marta, que no sabía si ella habría sido capaz de tanta prudencia; ella, en el lugar de Bes, se hubiese lanzado como una burra en los brazos del tal Carlos. Y qué suerte que no le hubiese hecho ningún reproche respecto a su anorexia y respecto a que ella le había advertido que le podía ocurrir. «Al final, no era tan mala chica», se dijo Marta.

T. —Y, sobre todo, deja de obsesionarte con tener un «cuerpo ideal». En la vida hay cosas mucho más importantes y mucho más interesantes que esta.

P. —De eso estoy convencida.

T. —Además, la anorexia, como la bulimia (ya sé que Susana te ha explicado su problema y que, por lo tanto, sabes de qué hablo), solo llevan infelicidad a la persona que la padece y a la gente que tiene a su alrededor. De manera que...

Marta se llevó un susto con el timbre del teléfono. ¡Caray! Tenían que avisar a Juan porque hacía rato que debía de haber terminado la sesión.

T. —Es tarde, ¿eh? No me había dado cuenta. Lo tenemos que dejar aquí. Además, tienes visita. Te esperan en la primera salita.

Marta entró en la salita con la cabeza baja, con el pensamiento puesto todavía en todo lo que le acababa de decir Juan. Una penumbra serena se extendía por las baldosas y ningún ruido rompía la paz que se respiraba allí dentro. Levantó la cabeza y se encontró cara a cara con un rostro oliváceo, una cabellera larga y oscura recogida en una coleta y sobre todo, con unos ojos cuya

pupila se había dilatado hasta el límite. La pupila y la boca de aquel rostro expresaban mejor que cualquier palabra el horror que sentían. Y Marta, reflejada en la pupila de Ricky, se vio por primera vez tal como era, como el cadáver en que la había transformado la enfermedad.

Marta no podía creer que Ricky hubiese ido a verla. «¿Es una alucinación?», se preguntó. Pero la alucinación, de carne y hueso, continuaba delante de ella, mirándola con intensidad.

Los ojos de Ricky brillaban y él parpadeó para limpiarlos de lo que le provocaba aquella acuosidad. Cuando los volvió a abrir, Marta se dio cuenta de que su imagen se había borrado, pero todavía se podía leer el espanto en las facciones de él.

—Claudia me avisó... —comenzó para justificar la intromisión.

Sus palabras resbalaron por el silencio de la sala. Marta no podía hablar. Tenía un nudo en la garganta.

—Yo... —continuó Ricky—, no sabía que estabas tan mal. Solo quería decirte que si yo he tenido alguna responsabilidad...

El nudo de Marta se deshizo de golpe y todo lo que durante semanas le había dicho Juan le inundó el pensamiento. Algo, muy dentro de ella, se desató y se dio cuenta de que fuera de su pozo estaba la vida, y de que tenía ganas de notar el calorillo suave del sol sobre su cara, sentir el olor de las castañas asadas y ver las primeras luces anunciando la llegada de la Navidad. Pero, sobre todo, se dio cuenta de que tenía muchas ganas de volver a besar a un chico que le gustase.

—Nadie ha tenido la culpa. Me he metido en esto yo sola.

Ricky alargó la mano para coger la suya. Una sonrisa —la primera en todo aquel rato— le inundó la boca y los ojos.

—¡Eh! Pero seguro que los amigos sirven para algo, ¿no? Cuenta conmigo.

Entonces Marta se dio cuenta de que no solo lo sabía, si no que ahora también lo sentía: quería curarse.

«Saldré de este infierno para no volver nunca jamás», se prometió.



GEMMA LIENAS I MASSOT (Barcelona, 1951). Entre 1969 y 1974 estudia filosofía y letras y, mientras, se casa, tiene a su hijo (1972) y trabaja en un colegio para niños border-lines.

Dos años después de nacer su hija (1975), se separa y da clases como profesora de lengua y literatura.

Entre 1983 y 1998, es directora literaria en dos editoriales. Paralelamente empieza a escribir y a dar clases en la Universidad de Barcelona.

En 1998, deja el mundo de la edición para dedicarse a escribir. Con su compañero, científico de profesión, se traslada a vivir a Estrasburgo, donde fija su residencia por un periodo de 5 años.

Muchas de sus novelas destinadas al público juvenil han tenido una notable aceptación. De su primera novela, *Cul de sac*, ha vendido 25 ediciones (unos 100.000 ejemplares); de *Així és la vida Carlota*, 15 ediciones y de *Dos cavalls*, otras 15. La mayoría de sus novelas están traducidas al castellano y algunas, a otras lenguas (alemán, italiano, vasco, portugués,...).